México, septiembre 2/de

JORGE GRAM

La Guerra Sintética

NOVELA DEL AMBIENTE MEJICANO

"Quisiera ser el Julio
Verne de la liberación
mejicana."
Jorge Gram.

Editorial "REXMEX" San Antonio Texas., U. S. A.

1 9 3 7.

JORGE GRAM
AMSTERDAM
HOLANDA

Amsterdam, 10 de mayo de 1937.

Editorial "REXMEX"
San Antonio, Texas. U. S. A.

Excelentes y estimados amigos:

Agradezco en sumo grado el interés que ustedes se toman por mis publicaciones, que, a decir verdad, editorialmente, han sido un verdadero éxito, cosa que obedece a la misma grandeza de la causa a la cual están dedicadas: la libertad de los católicos de Méjico.

Han tenido el privilegio de suscitar discuciones y controversias, señal inequívoca de la diferencia de matices en las filas católicas, y de la urgencia de un trabajo ímprobo de valiente unificación.

Esto ha sucedido principalmente con la publicación de LA GUERRA SINTETICA, cuyo efecto en las mentes he ido observando con especial cuidado, encontrándolo tal como lo había yo previsto.

Por supuesto que los elogios no se han escaseado, y los dictámenes en contra tienen su cuerda explicación. Coinciden todos en consagrar la importancia de la tesis y la misma ortodoxia de la solución, y a la vez, en testificar la gravísima situación que prevalece en aquel país.

Las gentes de cátedra me han mostrado sus plácemes. Dos sacerdotes, ambos de Latino-América,

muy caracterizados, y últimamente residentes en Universidades de este Continente, vinieron a felicitarme por LA GUERRA SINTETICA. Y me platicaron del Excmo. Nuncio de X.... que les contaba con entusiasmo cómo no había dormido en toda la noche por estar leyendo el dicho libro. Otro sacerdote desde Méjico mismo, me decía que había que leer ese libro de rodillas.... Misioneros, algunos Señores Obispos y mis profesores de otras Universidades me han mandado cartas muy elocuentes.

Se ha dicho que el Excmo. Sr. Delegado Apostólico de Méjico había condenado mi libro de LA GUERRA SINTETICA. ¡No es verdad! Estoy en comunicación con el Excmo. Comité Episcopal Mejicano; tengo en mi archivo la copia oficial del acuerdo relativo a mi libro, y no se menciona en dicho acuerdo ninguna condenación ni ningún Delegado Apostólico. El Excmo. Comité, honrándome de paso con una estimación que le agradezco, se conformó con tomar un acuerdo que la prudencia y el peligro del momento le imponían; e hizo lo que plenamente debía hacerse: quitarse de encima las responsabilidades que le pudiera traer el dicho libro.

En esos días recibí cartas de varios Excmos. Prelados sobre este y otros asuntos: todas me agradaron. Aparte de algunas, claramente laudatorias, debo mencionar las de la propia Diócesi en donde yo residí, cuando estuve en Méjico. El Canciller del Excmo. Prelado, con quien trabé íntima amistad, encabeza su carta con estas palabras:

"Seguro estás contentísimo por el revuelo causado por tu novela LA GUERRA SINTETICA. La leí con doble satisfacción de ser tuya y de estar muy bien

escrita. Te aseguro que me agradó más que la anterior "Héctor" Dios Nuestro Señor te permita seguir escribiendo para gloria de Dios y para bien de este infortunado país".

Yo que conozco a estas personas y el ambiente en que viven, estímo lo que vale su apreciación.

Me dirán ustedes: "¿Y qué pasó con los dictámenes en contra?" Estos se reducen a las cartas de algunos católicos tiernos, que se conforman con decirme "que no les gustó LA GUERRA SINTETICA". ¡Es evidente! Si no pretendí hacer un libro de deleite, sino de ruda increpación. Mi libro nunca será un caramelo, sino un brebaje amargo y cáustico para los que no quieren abrir los ojos ante la contundente realidad.

Soy de ustedes afmo. y agradecido amigo,

JORGE GRAM.

INDICE DE LOS CAPITULOS

LIBRO PRIMERO

LIBRO SEGUNDO

LIBRO TERCERO

LIBRO PRIMERO

CAPITULO I.

EL ASCUA DEL RESCOLDO

El Doctor Magallanes iba a ser el personaje más interesante en la junta clandestina de aquella noche.

Su barba a la francesa, sus espejuelos de carey - aspilleras maliciosas de dos grandes ojos penetrantes- y su entrecejo fruncido a cualquier momento de discusión interesante, rasgos magníficos para cualquier psicólogo, serían esa noche el punto convergente de una docena de inteligentes miradas.

El hombre del silencio compacto iba por fin a hablar. El extraño recién venido que noche a noche, hacía una semana, aparecía en las diversas criptas y catacumbas de los ciudadanos católicos; el de la atención y puntualidad indefectibles, impenetrable como un enigma, adusto como un censor incorruptible, imponente como un profeta descolgado de los muros de la Capilla Sixtina, misterioso como un mago que espera el momento de hacer sentir a los humanos su poder ultraterreno, iba a tener por fin la oportunidad de exponer ante los altos jefes de la Liga Nacional Defensora de la Libertad de Méjico, su secreto plan de la GUERRA SINTETICA.

El Doctor Magallanes pertenecía por completo a la causa.

Su filiación de católico militante estaba perfectamente bien comprobada y acredita-

da en las fichas de los altos organismos confesionales.

Constaba que era todo un conductor de alto coturno.

Habíase educado en Lovaina y borládose ahí en Medicina. Había vuelto después a cursar la Ciencias Políticas y Sociales, en compañía de Barquín y Ruiz y otros cóndores jóvenes. Interrumpiendo de pronto sus brillantes estudios, había vuelto de improviso a Méjico en 1926 con tan extraña ansia y urgencia, que la noche misma de su llegada a la capital, se presentó en las oficinas centrales de la Liga Nacional Defensora de la Libertad saludando a René Capistrán Garza y a sus lugartenientes, con estas palabras lapidarias:

---¡Soy católico! ¡Quiero trabajar con ustedes!

Se le examinó desde entonces, se le

identificó y se le recibió, por supuesto, con los brazos abiertos. Confiósele por lo pronto la Secretaría de Estadística.

Unos cuantos meses después, cuando la defensa religiosa se vió obligada a convertirse en una defensa armada, el Doctor Magallanes pidió a la Liga un puesto en el campo de batalla. Se le extendió entonces un nombramiento para el Estado Mayor de uno de los cuerpos que operaban por el Ajusco.

Fué herido dos veces; cogido prisionero y libertado milagrosamente.

Consumados los arreglos de 1929, que afianzaron el MODUS VIVENDI religioso de Méjico sobre la palabra de humo del malabarista Portes Gil, el Doctor Magallanes renegó del fiasco, como todos los católicos, y, antes que amnistiarse, o sea, entregarse como borrego al matadero, el irreductible luchador se botó decepcionado a los Estados

Unidos. Confirmada más tarde esta decepción durante unos cuantos meses de pretendida reaclimatación en un Méjico insufrible, volviose al destierro, y, a lo desesperado, determinó meterse de fraile tomando el hábito de lego capuchino en la vieja Misión de Santa Inés, en las montañas de California.

Nombrado bibliotecario del convento, encontraba ya su más tranquila delicia en la revisión y estudio de obras sabias antiguas y modernas, cuando hasta ahí fué a estrujarle el alma viva la nueva epilepsia callista de 1934. Y pensado que lo hubo durante algunas semanas, ante Dios y ante su conciencia, dejó reverentemente su hábito de lego en las manos del maestro de novicios, besó los pies al padre guardián, fué a tomar los Ejercicios Espirituales de San Ignacio en el colegio de los jesuitas de Ysleta, y volvió a la ciudad de Méjico por el ca-

mino más corto y más rápido, entrando en ella, serio y taciturno, en los primeros días de diciembre del mismo año de 1934.

Y como la otra vez, la noche misma del día de su llegada, volvió a buscar las oficinas de la Liga Nacional Defensora de la Libertad, para repetir a los jefes supervivientes, las secas irretractables palabras de 1926; "Soy católico. Quiero trabajar con ustedes"

Pero esta vez, el Doctor Magallanes no dió con las oficinas.

Sólo quince días más tarde, por mediación de algunos veteranos de la A. C. J. M. a la cual el también había pertenecido, logró entrevistar a los jefes. Ellos lo reconocieron al punto, en el ritmo breve y secamente heróico de sus palabras de granito.

Invitado inmediatamente a las juntas del Comité Central de la Liga, en la primera oportunidad de coloquio privadísimo con

el Presidente de la misma, el recién llegado bosqueja a éste los planes que traé pensados sobre una mejor ruta que seguir en la lucha de defensa católica. El alto dirigente le oye con el merecido interés y gravedad, emplazándolo para la ponencia minuciosa de su plan, en la junta de pequeño comité del domingo inmediato, el treinta.

Por eso la noche del treinta de diciembre la sesión va a culminar en interés. El momento nacional sobrepasa los límites de lo trágico. Es el día mismo en que los lobeznos garridistas han asesinado a media plaza y a pleno sol, a los católicos que salían de misa en Coyoacán. El cadáver de la catequista Lucecita Camacho está aún sangrante sobre la plancha del hospital. Dentro de ese marco sangriento de la hora, es donde el extraño repatriado va a revelar a los jefes de la defensa católica su plan escalofriante de la GUERRA SINTETICA.

CAPITULO II.

SOMBRAS Y MISTERIO

El Dr. Magallanes ha estado puntual. Según las instrucciones recibidas, a las diez de la noche se ha estacionado silenciosamente frente a la accesoria de la calle del.....

Nadie aparece en los contornos. Espera durante una hora, de pié. Nadie se acerca. Avanza la noche. El doctor mira su reloj. Están para sonar las doce. Los directores de la Liga brillan pues por su ausencia. Eso confirma que el momento es trágico. Magallanes espera aún. Tieso. Inmóvil, como un guardacantón.

Las doce de la noche..... Se oyen pasos. Son pasos menudos, isócronos, punteados. Son de mujer. Magallanes ve acercarse a una. Le parece demasiado elegante y demasiado hermosa para aquella hora y soledad. La mujer se detiene ante la misma puerta, y como él, permanece en silencio.

El doctor Magallanes, discretamente la examina de pies a cabeza. A la tenue luz de la lejana lámpara de la calle, brilla la delicada blancura de un mantón diminuto perdido entre el pelaje de obscuro abrigo, y asomado bajo el disco inclinado de un sombrerillo de última moda. Un pié breve y vivaracho se adivina bajo el ruedo volátil del vestido de seda. El curioso observador siente llegar hasta su rostro un hálito de perfume concupiscente. Y desde el fondo impertuarbable de su espíritu ve dibujarse en torno de aquella mujer un amplio signo interrogativo.

La silueta femenina acusaba la presencia de una mujer galante; pero el largo silencio que guardaba, derrumbaba la ofensiva hipótesis. Aquella mujer, con su silencio, estaba identificándose como miembro invitado por el Comité de la Liga. El santo y seña de esa noche era: "Silencio absoluto en el lugar de espera".

La espera silenciosa al lado de una misteriosa mujer que bien podría ser una heroína católica como podría ser una harpía revolucionaria, revolvió en el cerebro del doctor Magallanes el panorama de la desgracia mejicana. Se estaba en plena hecatombe. El olor de la carnicería trascendía por montañas y pueblos, y le envolvía a él ahí mismo, a pesar del perfume de heno de Pravia que circundaba a la silenciosa mujer. Los hombres del poder proseguían la sangrienta burla contra el pueblo mejicano. El sarcasmo

se leía en todas las farsantadas políticas. Cárdenas, el fantoche; Garrido, el canibal; Calles, el socarrón, seguían embarrándose las barbas con las palabras sacramentales de "La redención del proletariado", mientras este proletariado burlado e irredento después de veinte años de redención, después de veinte años de masticar la misma miseria, hoy se veía metido en el puño de hierro no ya de la ley, sino del capricho inefable de una manada de lobos carniceros. Los campos se cubrían de cadáveres. Los fusiles del ejército de la revolución, no defendían ningunas instituciones, sino que sencillamente mataban a obreros y campesinos. Los estudiantes eran burlados en sus entusiasmos por la libertad de cátedra. Las madres eran heridas en el alma de sus hijos. Un diabolismo exquisito lo invadía todo, lo penetraba todo, destruyendo, carco-

miendo cada nervio y cada víscera de la sociedad mejicana. Los hombres de negocios, sin poder negar sus adulaciones a los hombres del gobierno, se atrevían ya a prevenirlos contra la crisis fatal que se acercaba. De la Iglesia no había ya que hablar. El tiro de gracia lo había recibido ya, cuando los Obispos, despatriados o cautivos, se encerraban en un mutismo de derrota, cuando los sacerdotes se dedicaban a faenas extrañas o se despedían para siempre del país; cuando toda sombra del cristianismo era borrada no ya de la vida política, que eso había sucedido mucho tiempo antes, sino que era borrada de la misma vida popular. En las calles y en las plazas, la farándula garridista, hija legítima del callismo sacrílego, desnudaba imágenes sagradas y las quemaba, como un desafío póstumo a las rancias creencias de un pueblo entero. Los tem-

plos seguían siendo demolidos. En una semana sola se firmaban ochenta y un decretos contra ochenta y una iglesias católicas. Las escuelas oficiales blasfemas sentaban sus reales en los sagrados recintos. El demonio exterminador cruzaba los cementerios de los estados del Golfo, arrancando las cruces de los sepulcros para urgir la apostasía de los muertos.

Semana por semana millares de católicos, desesperados y hambrientos de libertad, eran arrollados por los camiones de los soldados, en las espontáneas y conmovedoras manifestaciones. Los maestros seguían firmando el compromiso de "Combatir el fanatismo católico en los niños y en los hogares de los niños". Y como signo y confirmación del programa nefando, ahí estaban en aquellos momentos, en Coyoacán, los charcos de sangre fresca pidiendo justicia y venganza.

El doctor Magallanes veía la confusión de todo ese panorama, más negro que la noche que lo envolvía, más frío que aquel cierzo invernal que le calaba hasta los huesos.

¿Pero aquella mujer? ¿Virtud o vicio? ¿Angel o demonio? ¿Católica o callista? Porque su tipo airoso y elegante no desmerecía de la línea perfecta de otras mujeres que en la contienda mejicana se habían cubierto de gloria. Porque solas, como aquella mujer, cuántas le habían salvado a él la vida, avisándole del peligro. Bellas y pulidas eran también las mujeres que habían penado en las Islas Marías por su altivez católica. La mujer fuerte existía, en medio de los peligros del espionaje, en las grutas de las montañas cristeras, en las escuelas clandestinas de niños cristianos, en las comisiones secretas de los líderes católicos; sí, la mujer

fuerte existía, a pesar de la desorientación general.

¿Sería una de ellas aquella mujer?

Pero también el feminismo revolucionario había estropeado el alma de la hembra. Pocas eran, pero en ellas el virus había penetrado hasta lo más hondo. Importada del Estado de Tabasco, y frente a la rampante actitud de la madre cristiana que defiende a sus hijos contra la escuela socialista, perfilaba su silueta desgarbada la mecanógrafa garridista, hecha de pies a cabeza toda una eclampsia revolucionaria.

---¿Qué cosa será esta mujer?, volvía a preguntarse ya casi con palabras el doctor Magallanes.

Había sondeado en su vida tántos corazones femeninos, que estaba dispuesto a aceptar así la hipótesis de una heroína macabea como la de una Dálila recalcitrante.

La hora avanzaba más y más. La media noche de diciembre hacía tiritar de piés a cabeza a las dos estatuas nocturnas. El doctor comenzaba a fastidiarse. Cuatro días antes ya había sucedido lo mismo. Después de un plantón de tres horas, la sesión se celebraba en otro lugar a las dos de la mañana. ¿Sucedería ahora lo mismo? ¿Habría que acudir todavía al otro punto de reunión previsto ya de antemano?

Sonó la una en el reloj del Hospital Gral. Inmediatamente el Dr. Magallanes se separó de la puerta hermética, y con las manos bien metidas en los bolsillos del gabán, echó a andar hacia la calle del Dr. Olvera. En la esquina no había guardián ninguno. Antes de volverla, miró de soslayo hacia la puerta abandonada. La mujer también había desaparecido.

---Quizá es en realidad una de las nuestras, pensó.

Prosiguió su camino, investigando en su magín la causa de aquel contratiempo. Temía justificadamente alguna desgracia en la persona de los líderes, últimos vástagos de aquellos jefes gloriosamente fracasados desde el 1926 a esta parte.

---Todo puede ser, se decía a sí mismo. Desde la alarma prematura hasta el asesinato consumado.

No terminaba de formular su pensamiento, cuando de la oscura oquedad de un zaguán brotaron cuatro brazos ágiles y forzudos; cuatro manos, como tenazas, se le clavaron en los suyos, y un personaje, saliendo al frente, le pasó ambas manos por todo el cuerpo, buscándole armas.

El doctor no llevaba ningunas.

---¿Es atraco o es aprehensión?, preguntó el médico con la mayor serenidad.

---Es aprehensión, estilo atraco, contestó el que parecía jefe.

---Dispense usted, caballero, agregó; pero es orden superior, y tenemos que obedecer. Llévenlo muchachos, a donde dijimos.

Los aprehensores vestían traje de civil. Magallanes caminó en medio de ellos.

Un automóvil aguardaba en la esquina de la calzada de la Piedad.

---¡Arriba!

Las cortinillas están echadas. Vueltas y revueltas por callejas desconocidas.

Magallanes desprecia la situación. Apretujado entre dos genízaros, siente compasión por ellos. ¡Pobres mediocres, ruedas inconcientes de la maquinaria infernal!

Uno de ellos al abotonarse el gabán, da un codazo al doctor.

---Dispense usted, le dice comedido.

El doctor sonríe ante aquella ironía del buen trato.

---Todo está dispensado ya, amigo; le contesta con doble sentido.

El vehículo se detiene ante un portón claveteado, semiabierto. El chofer baja, entra y desaparece. El victimado y sus aretes permanecen en silencio.

El Doctor Magallanes no tiene miedo. La aventura le comienza a despertar un extraño buen humor, hijo legítimo de una profunda rabia que se reconoce impotente.

---¿Es esta, pregunta, la primera estación?

Aparece el chofer.

---Que lo lleven al cuartel; que no está la vieja.

El doctor pesó en su interior cada palabra y cada sílaba de aquellas. "Que lo lleven al cuartel; que no está la vieja".

Puesto el coche en movimiento, uno de los guardias pregunta al chofer:

---¿Pues con quien hablaste?

---Con la gata, responde éste.

El doctor sigue reflexionando. Una noche mal turbada por farolillos lagañosos. Un violento traqueteo de automóvil desvencijado, a pesar de los pujos de progresistas que se dan los mandones del Distrito Federal. La suave caricia de la redención proletaria, que lo empaca a él, en aquella hora, entre las placas de dos individuos míseros, en lo personal, pero respaldados por todo el infierno callista, del cual ellos, inconscientes, son últimos tizones mal olientes. ¿Peligro? No había razón ninguna para negarlo, en la hora en que un cualquiera podía matar a un hombre con la sola condición de ofrendar la víctima ante el altar bolchevique de la dinastía callista. Pero lo que más rebullía, como un gusano de escarnio, en sus entrañas, era aquello de ser

conducido en últimos resultados a un cuartel, por orden de la "gata" de una "vieja".

---La "gata" dice que me lleven al cuartel porque no está la "vieja". Una vieja y una gata. El caserón es grande y suntuoso. Se trata, pues, de un ministro o de un general que tiene una vieja, y de una vieja que tiene una gata. De una gata con uñas, de una vieja con uñas, y de un ministro con uñas, las mismas que yo llevo clavadas en mis brazos en estos momentos..... ¡Mayores lindezas contemplarán los supervivientes! Estamos en un callejón tal de demencias, que todas las aberraciones más brutales y los crímenes más exquisitos llegarán a ser moneda corriente.

---¡Cabo de cuarto!

---¿Qué ocurre?

---¡Aquí train a uno!

Recto, mesurado, entró el doctor Maga-

llanes al decrépito cuartel. El cabo, modesto y pobre, lo hizo pasar al cuerpo de guardia. Algunos soldados dormían ahí, envueltos en sus capotes. Al lado de cada soldado se dibujaba la forma de una mujer, esposa o querida, que compartía con ellos el sueño.

---¡Pobres gentes!, observó mentalmente el doctor. Soldados de una revolución que no sabe tratar ni a sus mismos soldados.

Él conocía cuarteles extranjeros, ya de países oficialmente católicos, ya de naciones por lo menos altamente respetuosas de la dignidad humana. Ahí los soldados eran ciudadanos tratados con decencia. Cuarteles como colegios, con largas salas dormitorios, con camitas limpias, sábanas blancas... Sólo la revolución mejicana trataba como marranos a los proletarios armados, que no

tenían otra misión que obedecer oprimiendo y matando, sufriendo y muriendo.

Ya llega un oficial. Tiene cara de gente decente.

---¿Su nombre de usted?

---Doctor Rodolfo Magallanes.

---¿Por orden de quién viene usted?

---Eso es lo que no sé y lo que yo quiero saber, responde serio y tranquilo.

---Por lo pronto, espere aquí.

Pasos lejanos que se pierden. Tardanzas. Aquí, a los piés, un soldado dormido que se retuerce. Una cabellera de mujer asoma entre los flecos desiguales de la manta de ordenanza.

El Doctor busca dónde sentarse; no hay. Dónde reclinarse; nada está limpio. Bajo la luz de los focos que nunca se apagan en los cuarteles de la revolución, (millares de killowatts que paga "Guerra", a

costa del "Pueblo"), el doctor comenzó a pasear en el reducido perímetro de dos metros de largo por medio de ancho, pisando las orillas de las mantas en donde dormían los miserables "juanes" con sus "madrecitas".

Por fin vuelve a entrar el cabo de cuarto acompañado de dos soldados soñolientos y desgalichados.

---Ahí vaya con ellos, le dice.

De nuevo la calle. El relente frío del diciembre metropolitano. Los acólitos cambiaban de uniforme, pero el agarrón era el mismo. En lo alto de la negra noche, el fantasma callista lo llenaba todo. El microcosmos estaba encerrado en el alma del doctor. La escena era cotidiana, ininterrumpida. Desde Sonora hasta el Golfo, en capitales y en villorrios perduraba la hora del poder de las tinieblas: unos fusiles, y en

medio, un ciudadano; un anillo de hidras, y en medio un pueblo.

¿A dónde camina el macabro tríptico? Al misterio. Sus pasos son la noche, sus estrellas los fusiles. La consigna es el enigma. ¿A dónde caminamos?, se preguntan a la misma hora miles y miles de ciudadanos que reproducen fielmente la figura sombría del Doctor Magallanes.

La respuesta es varia, multiforme. Desde hace algunos años, esa respuesta se encuentra incesantemente en el inmundo paredón -lodo y paja-, o en el secreto ostracismo -cenizas y olvido-. Al final de esos pasos misteriosos ha habido fugas sorprendentes o asesinatos silenciosos. La revolución se complace en deglutir la carne de sus víctimas. Calles, el Jefe Máximo, lo comprende todo. Él mismo no cree en la redención de ningún proletariado, ni cree en

la ley, ni siquiera en la Constitución. Él sólo cree en su fortuna y en la vileza de sus achechinques. Sabe que él mismo es una perpetua burla, un escarnio, para ese amasijo de miseria y analfabetismo que se llama pueblo, y al que Calles mismo desprecia y patea. Sabe que la mofa es sangrienta, pero se mofa; porque es el Jefe Máximo, porque es el invulnerable, el ¡dios!

Su nombre cubre la república. La cubre como un sacrilegio. Y en su nombre, en cada calle y en cada plaza, los ciudadanos son sometidos a la mofa de la ciudadanía. Los artículos de la Constitución se enredan en los patas de los que se llamaron CONSTITUCIONALISTAS:

Magallanes se descuelga de sus sombrías reflexiones para observar los detalles de su negra realidad. No lo llevan por en medio del arroyo; tienen la miaja de mira-

miento de conducirlo por la banqueta, codeándose con las tinieblas acentuadas que se acurrucan en las axilas de la calle. No identifica el barrio. Es, eso sí, barrio del Méjico antiguo, con pulquerías ya cerradas, ligeras ventanas abiertas de las que salen girones de música y borrachera. Rastros de vendimias populares; cáscaras nauseabundas que chillan, como alimañas, bajo las plantas. Junto a un zaguán un grupo de papeleros desnudos, dormidos a la intemperie. Son los golfos, víctimas desventuradas del libertismo y la Revolución que han destruido el hogar y las obras de la caridad cristiana. No es raro el espectáculo. ¡Animo, golfillos de cinco años! Dentro de quince, seréis generales, y luego ministros o presidentes de la república. Para la vida regalada es mejor ser un golfo que ser un médico. ¡Audacia, audacia, audacia, y lle-

garéis a ser JEFES MAXIMOS de un hato de serviles, en la punta de la pirámide de diez y seis millones de imbéciles!

Los guardias se paran en seco. Están a la puerta de una cochera, a dos cuadras del cuartel, en un barrio desconocido. ¿Por Tepito? ¿Por San Lázaro? El doctor no lo sabe. Pero todo es lo mismo: todo Méjico es Sonora, todo el país es la cueva del tabasqueño consentido.....

Un soldado abre el pesado candado. Baratija de otras épocas, que suena a cencerro en el pescuezo de la política del día y de la de aquella noche. Un empujón de hombro militar abre el portón. Con trabajo, porque tras él se adivina, como princesa encantada, muelle, voluptuosa, oliente a gasolina, una grandiosa máquina automovilística, relumbrosa, majestuosa, nuevecita.....

Ahilándose por un lado, esquivando un

raspón de las cazoletas bruñidas de las ruedas, arrastrándose la espalda contra la pared, pasa el doctor protegido por ambos flancos por la invicta tropa.

El doctor suerbe aquellas tinieblas impregnadas de aceite, de petróleo, la gran riqueza del país, que no llega a rebasar del estrecho círculo del Partido Nacional Revolucionario.

Con una indiferencia épica, al fulgor de un cerillo que se enciende en la mano costrosa del soldado, da el paso a un nuevo aposentillo interior, como quien da el paso a una tumba.

La puerta del aposentillo gira ya sobre sus goznes. El doctor siente en su pecho el salto de un tigre rabioso:

---Bueno, se conforma con decir: ¿por orden de quién se me mete aquí?

---Pos quién sabe, responde el del ceri-

llo. A mí me dijo el cabo que lo trajera....

Y la puerta se cerró. Sonaron de nuevo los arrastres de los zapatones por el cemento del garage, se oyó el golpazo de la puerta grande, y el doctor Magallanes quedó envuelto en su concha perlera sin una alteración en el ritmo de sus arterias, sin un temblor en sus pulsos, sin un átomo de hielo en su sangre.

Sólo allá en el fondo de su cerebro relampageaba un fulgor meridiano. Los datos macabros del problema de la patria danzoneaban en la pantalla de su alma, alineándose como duendecillos, hasta formar las cifras de la solución......

Su propia condición le preocupaba menos que otras cosas. Aquel jonuco no le intimidaba por sí mismo, sino por traerle a la mente que él no era el único victimado aquella noche que su aprehensión era indicio de

un plan más vasto, que si los jefes de la Liga Nacional Defensora de la Libertad habían corrido la misma suerte, la situación del pueblo católico mejicano aparecía entonces sí, humanamente desesperada.

Pero sobre todos los trastornos de su humillante aventura, lo que más le preocupaba era esto: que si él había entrado ya a su tumba perpetua, la tierra que se tragara sus despojos oscuros iba también a tragarse el ascua encendida que ardía en su cerebro, su inestimable plan de la guerra sintética.

¡Y los pueblos oprimidos seguirían sufriendo a oscuras!

CAPITULO III.

MUJER

Las ojeras de Adelina son abismáticas, y el carbunco de sus ojos es brasa encendida.

Su elasticidad de tigresa se adivina al través de la tenue negligée, enredada a sus pechos, y a sus caderas, y a sus piernas, como serpiente consentida, medrosa, mimosa.

La displicencia y el hastío diseñan arrugas prematuras en su frente, y rictus amenazantes en sus labios inquietos..... Un frío letargo perezoso la atenaza sobre el buta-

cón muelle y profundo, tirantes y descubiertas las piernas, desnudo el busto y abierta la bocaza en bostezos infinitos.....

Qué fastidiosas le parecen esas diez campanadas de la mañana, que en el relojillo de Buda acaban de sonar. ¡Buda ciego y mudo, que no se percata del desasociego que invade el alma de la hembra celosa!

---¡Tres días! exclama, torciendo la boca; y ¡tres noches! termina, suspirando. ¡Tres noches retorciéndome como culebra, mordiendo las sábanas, maldiciendo, pateando en esta soledad glacial!...... ¡Hombres.....! ¡Malditos hombres! ¡Todos son lo mismo!.... Siquiera me dejara en libertad... ¡al diablo con él! Pero es glotón, es exclusivista; lo quiere todo para él, para él solo, de piés a cabeza, de día y de noche; pensamiento y amor, fuego y metralla, sangre y alma, carne y espíritu..... ¿Y de qué se

queja? Todo lo tiene. Lo tiene como no lo ha tenido nadie, como no lo ha tenido ningún otro, ni el generalito Hache, ni el diputadillo Barrios, ni mi señor gobernador Galindo. Lo ha tenido todo, con la perpetuidad de mis seis meses de sumisión, de quietud, de fidelidad de perro, de solicitud de esclava..... Y a fe que no pierdo....! Hastiada, cansada de ruido y de boato, no me sienta mal este contrato permanente, contrato a cuerpo de reina, y con espléndido pago de costas..... A fe que no es malo el estuche, ni es tacaño el sultán, y es más rumboso vivir en el Distrito Federal, que en las famosas selvas tabasqueñas..... Pero este condenado jefecillo de ministerio me tiene ya tres días y tres noches dando vueltas de Oriente a Poniente en esa casa maldita, seca y ardiente como el Desierto de Sahara.... ¿En donde anda? ¿Con quién me la pega?

¿Que nuevos filtros le habrán dado? ¿Porqué no me habla claro para liquidar con él mis cuentas y pedir posada en otra parte? ¡Sobran rumbos....! El P. N. R. tiene mil brazos abiertos.

Frunciendo el hociquillo voluptuoso de mulata en brama, quedóse con la mirada vaga perdida en el ambiente de la estancia.

---¡Sí!.... Y qué bien se la quita, contitinuó, con eso de los "reaccionarios".....

Miraba sin ver, sin ver el Buda negro, regalo de un general amigo problemático de su actual "viejo"; las cucherías del peinador, todas brillantes, relumbrosas, rodeadas de espejillos, de perfumadores, tiradas en desconcierto a dos pulgadas del estuche de raso.

Como reflector vago que gira en torno del panorama, pasaron las miradas de Adelina por todo el campo visual de la alcoba.

Ahí los cortinajes espléndidos, el ropero a medio abrir, asomándose a él, en tumulto, a todo el pelotón de hechizos que la moda y el dinero podían acumular a su alcance.....

Adelina sonrió displiscente, se arrellanó en el sillón, y volvió el cuerpo y el rostro hacia la otra parte. La luz de la ventana le cayó como un chubasco.

¡Linda que era la mujer!

En los cuantos años de carrera, desde su catolicismo de familia media hasta su plena identificación de "querida" de lujo, su belleza y gracia no habían sufrido ajamientos ningunos perceptibles; tampoco habían aumentado, por cierto propiamente hablando. Eso sí, habían acentuado ese aire de provocación técnica, que ya en ella, desde antes, resultaba algo natural. Los ojos aterciopelados, los labios siempre incitantes, el contoneo mecido en falacia pudo-

rosa, hacía a los hombres la sugestión de una voluptuosidad nunca soñada, escondida en una mujer incontaminada, en una virgen desconocedora ella misma de sus propios encantos, manjar codiciado, reservado a los dioses del Olimpo..... ¡Un angel con todo el veneno del tentador oculto tras la cándida presencia!

Los ricitos negros se campanearon sobre la frente morena y suave. Y los ojos siguieron posándose en el espacio. Ahí en la mesilla, en el fumador, se apachurraba un montón de periódicos..... Los ojos de Adelina se tendieron sobre ellos con indiferencia, con frialdad. Enormes rótulos, escapados a la censura, gritaban dilacerantes, las infamias del momento demoniaco. Adelina no se preocupaba por aquellas cosas. ¿Qué impresión le podían hacer a la manceba de un alto revolucionario mejicano, aque-

llos grandes rótulos de los periódicos de la semana? "Bárbaro asesinato cometió ayer otro militar". "Protestan ser ateos los profesores de Yucatán". "Mató a su hijo a palos otro militar". "Escandalosa algarada en la Villa de Guadalupe". "Horrible matanza de católicos en Coyoacán". "Los Camisas Rojas acusados de asesinato colectivo". "Tumultos en el Zócalo por la cuestión religiosa". "Otro motín en la Villa de Guadalupe". "Candente Mitin de los Universitarios". "El General Calles dijo: Nuestro Pueblo es feliz". "Muertos y heridos en Guadalajara". "El pueblo tapatío tiroteado y ametrallado". "Escandaloso motín en Tacubaya anoche". "Arrojó el pueblo a los maestros socialistas". "300 mil estudiantes en huelga". "Señoras amotinadas en Ciudad Juárez".

¿Qué era aquel resumen de la alborada

de 1935 en México, para distraer de sus pensamientos a una mujer caldeada en el fuego de ráfaga revolucionario?

Adelina seguía recordando punto por punto las escenas de los últimos días. Casi sentía vergüenza de sí misma; no de su caída, no de su hundimiento; sentía vergüenza de su actual sensibilidad, de su apechugamiento y enfado ante la ausencia del "patrón", de sus celos de virgen enamorada.... ¡Ella que ni sabía de fidelidad ni esperaba merecerla!

---¡Triple imbécil!, exclamaba contra sí misma. Y ponerme a seguirlo, y ponerme a espiarlo.....

Recordó entonces, paso por paso, sus últimas jornadas. Mambrú (así se llamaba él -nombre de perro-) andaba a zaga de los jefes de la Liga Nacional Defensora de la Libertad. Los nuevos brotes de rebelión

armada de parte de los católicos acusaban alguna dirección general oculta, que lógicamente debía suponerse en los líderes católicos que tenían sus mejores exponentes en el Comité Central de la dicha Liga. Aprehenderlos, examinarlos, suprimirlos para sangriento escarmiento; ese era el cometido de Mambrú, para quedar bien con Garrido y con Cárdenas, y ayudar a éstos a quedar bien con Calles. Todo al márgen de la ley, por supuesto, como era el uso de los tiempos. Apegarse a la ley, era tanto como respetar por lo menos las vidas, y las vidas de esos católicos eran sencillamente un estorbo. A la revolución "desfanatizante" le estorba todo pensador justiciero y cuerdo de base católica. Por aquellos días Mambrú Ochoterena había olido el escondite de las juntas de la Liga, y había instríudo a sus sabuesos, comenzando por los Jefes de Policía para adueñarse de aquellos hombres apetecidos y sacrificar-

los por el camino más corto. La atmósfera caldeada de los últimos días facilitaba los asesinatos extra legales, actos siempre meritorios ante los sultanes de la revolución omnívora. Pero todas esas fantasmagorías de sangre silenciosa no entraban para nada en las cuentas de Adelina, que puesta en el resbaladillo de los celos y de la hiperestecia, y comprobando únicamente la ausencia del macho, resolvió seguirle la pista.

Fisgó sus papeles, anotó las señas, esperó la noche, se envolvió en su chaquetón de piel, y a las doce, mordiéndose los labios secos de rabia y de zozobra, se plantó frente a la casa nido de conjuraciones, para cerciorarse de la clase de actividades a que se dedicaba su planchado "viejo". Ahí encontró a otro fantasma quieto y mudo, a quién ella hizo par en la mudez para no ser reconocida por quién podía ser otro agente con-

fidencial del gobierno. Fastidiada de la inútil espera, alejado del otro testaferro, se retiró también ella, intimidada de su propia audacia. En la esquina de la Avenida de los Niños Héroes, se topó de manos a boca con un ayudante de Mambrú que la reconoció perfectamente, y ella para evitar complicaciones, se sacudió al ayudante con estas sencillas palabras:

---¡Aquí va ahorita uno de los que busca Mambrú!

Oir el otro lo de Mambrú, y acordarse de la posición económica y política que el dicho guardaba, y de los méritos que contraería con el atraco; echó a correr a bofes plenos, tiró rápidamente sus lazos, y unos cuantos minutos después, en la Calle del Dr. Olvera, daba con Magallanes, enviándole sin plan y sin orden ninguna, a donde primero se le ocurrió: a la mansión misma del valido.

Adelina encendida en furia contra el burlador de sus pesquizas continuó la búsqueda por otras pistas igualmente estériles. Y a la madrugada, volvió a su nido de raso, sin saber ni jota de la "orden" dictada por la "gata" en ausencia de ella, "la vieja".

Y entró a la mansión del zaguanzote claveteado, diciendo:

---¡Ah, Mambrú Ochoterena! ¿Cómo te estarás riendo a estas horas de tu tigresita?

Todo esto, y lo que había seguido después, repasaba Adelina arrellanada en su butaca, frente al tacaño sol de los primeros días del año nuevo.

La sabrosa mestiza dió un respingo de cólera, luego alzó los hombros en señal de despecho, y vuelto al campo del ensueño vago e indefinido, tendió el brazo torneado, cogió y encendió un cigarrillo, y se puso a dibujar el panorama de su espíritu con vo-

lutas de humo blanquecino. Sus ojillos de ardilla, emboscados en las ojeras abismáticas, se prendieron otra vez de los periódicos. Los largos dedos de uñas rubí cogieron una de aquellas hojas de escándalo. Y leyó maquinalmente, fríamente, estúpidamente. ¡Claro! ¡Se trataba de boberías cotidianas!

"No han sido encontrados. Los familiares de los señores cuya lista dimos ayer, han seguido recurriendo a las Oficinas de Policía investigando el paradero de dichos señores, que salieron de sus respectivos hogares el pasado domingo treinta, para asuntos de poca duración. Como son reconocidos como católicos connotados, los familiares temen hayan sido víctimas de algún atentado con pretexto de la cuestión religiosa".

Adelina dejó el periódico lentamente, indolentemente, y siguió dibujando el pa-

norama de su espíritu con las volutas de humo del cigarrillo.

Y pensó en Mambrú, y sonrió.....

---Que le pregunten a Mambrú Ochoterena; él sí conoce el paradero de esos señores.....

Y era verdad. Como que Mambrú Ochoterena era de los bandidos más celosos en cortar los piés y las manos a la reacción. Y todo lo hacía rápido. El no se paraba en pintas. Tres días le bastaban para identificar, para sentenciar y para suprimir. Los cuerpos de aquellos católicos destacados tenían ya doce horas de achicharrados en el horno crematorio. ¡Los fanáticos no venerarían sus huesos, como hacían con los de Anacleto González Flores, en Jalisco, y con los del Padre Correa, en Durango! Y los familiares de éstos y de muchos otros seguirían buscando el paradero de los márti-

tires silenciosos, no sólo en la Capital, sino en todo lo ancho y lo largo de la contorsionada República.

De pronto Adelina volvió sobre sí. Una pequeña noticia adicional la hizo reaccionar: "También el Dr. Magallanes ha desaparecido. La Sra. Amelia Furrer que regentea una casa de huéspedes en la Avenida Insurgentes ha dado parte a la policía de la desaparición de un su huésped, el Doctor Magallanes. Dice haberlo visto salir el domingo pasado, anunciando que vendría algo noche, no habiendo vuelto ya en tres días. Un enfermo grave le esperaba en la mañana del lunes, cita a que el doctor no acudió. El Doctor Magallanes, dice la regente, es un hombre serio y piadoso que vino recientemente de Estados Unidos, y, por eso, dice ella, abriga temores de un atentado relacionado con la cuestión religiosa".

Adelina se quedó petrificada. Luego releyó la noticia. Tiñó sus miradas de una expresión nueva, seriamente meditativa. Las volutas de humo se esfumaban desairadas en su presencia.....

Las divagaciones de Adelina tomaban un rumbo nuevo. Se transladaban a caminos lejanos, cuyos bordes estaban sembrados de recuerdos vivos que le estrujaban el alma, arrancándola compasivamente por un momento del ambiente fétido de su actual postración moral.

¡Rodolfo Magallanes!.... ¿Sería posible? ¿Sería posible que aquel nombre volviera a escribirse de nuevo en las páginas de su vida mancillada? Adelina no sabía, no quería disimularlo ni ante sí misma. Aquel nombre significaba algo para ella, venía envuelto en un torbellino de memorias, que dejaban en su alma contemplativa un sedimento dulce y amargo, acariciador y brusco.

Cogió el periódico, y leyó muchas veces aquel nombre.....

Adelina suspiró. ¡Oh sus risueños dieciocho años! ¡Oh sus limpios amores de otros tiempos! ¡Oh su amado...el amado ido; el amado que un día, ceremonioso y digno, se inclinó ante ella, y de ella se despidió, cuando ella daba el primer paso en la pendiente resbaladiza de la infidelidad!

¡Rodolfo Magallanes....! ¡Aquel nombre le sonaba a expiación, la llamaba a remordimiento; le sacudía las fibras adormecidas con la vibración de un reproche, reproche tardío por sus primeras ligerezas de minuto, reproche por su estado de presente perversión, perversión ruidosa, ostentosa, desvergonzada; arrastrada del brazo de un líder revolucionario, perseguidor, entre el torrente sucio de la política bolchevique mejicana!

¡Rodolfo Magallanes!.... ¿Pero sería él? Adelina leyó de nuevo la noticia entera..... "que vino recientemente de Estados Unidos....."

---¡Sí, no cabe duda! ¡Es él!, dijo, sintiendo un hormigueo en todo su cuerpo.

Era, en efecto, el hombre que solo tuvo para ella un "adiós" de hierro, de hierro candente, que le dejó marcadas las entrañas. Era el desilusionado, el fugitivo, el que sacudió las sandalias de su amor y de su patria, para vagar perpetuamente por extrañas tierras.....

Una sospecha le vino a la mente. ¡La lista confidencial de los últimos incinerados! Voló al "secretaire" de su falso marido. Escudriñó, revisó. ¡Qué documentos aquellos para la futura historia de la redención proletaria! "PRESIDENCIA DE LA REPUBLICA. Servicio Confidencial Reservado. 2 de

enero de 1935. Señor Hernán Laborde. Presente. El Señor Arturo H. Villegas entregará a usted semanariamente la catidad de dos mil pesos para ayuda de sus gastos de propaganda. Tenga cuidado de atacar a nuestro Gobierno para desorientar..." "Orden Núm. 25780, fecha 1º de enero de 1935" cargo Banco de Méjico, por dos mil pesos semanales cobrables por Arturo H. Villegas."

¿Qué le importaban a Adelina las buscas de Laborde, el candidato comunista en las pasadas elecciones presidenciales? "¡Incinerados!" Leyó, buscó. Respiró. Magallanes no aparecía ahí todavía.

Volvió a su butacona, se sacudió nerviosa, y llamó:

---¡Circasiana!

---¡No hay Dios!, contestó zalamera la doncella, presentando su menuda figurilla entre el cortinaje.

---¡Óyeme!

---¡Diga usted, camarada!

---¿Hay algún preso en el garage?

---No lo sé, señora camarada; se han ido llevando a todos los que han traído.

---Ve a informarte si queda alguno, y como se llama.

Circasiana tardó en volver una eterna media hora.

---Dice el soldado que es un doctor que está desde el domingo.

Adelina se extremeció.

---¿Y cómo se llama, pues?, preguntó excitada.

---Pues nomás eso me dijo el soldado.

---¿Pues a que te mandé, estúpida?, barbotó encolerizada Adelina. ¡Vete al diablo!

---Ni Dios ni diablo, señora camarada.

---¡Vete! ¡Ya me fastidian tus saluditos de ordenanza! ¡Vete!.

Y la Circaciana salió dejando a Adelina hundida en un mar de perplejidad, de rabia y de incertidumbre.....

CAPITULO IV.

LA URNA SAGRADA

Mientras tanto, en la oscuridad del improvisado calabozo, brillaba una vivísima chispa de luz. Era un punto localizado quizá en la piedra filosofal del cerebro del venerado prisionero.

¡Qué bien se medita a solas en aquel profundo retiro! ¡Qué bien reposa el espíritu en los brazos de Dios, con el orgullo de la fe perseguida e invicta! ¡Qué claros se ven los horizontes entre aquellas cuatro paredes, como cuatro negruras traspasadas por los rayos X de la clarividencia de la muerte!

¡Qué exactas poses tomaron los pensamientos del doctor y qué nobles bríos resurgieron en su alma, al mirarse escogido para aquella urna gloriosa de la celda, al hundirse en aquel sarcófago de resurrección, en aquel capullo de oruga, de donde necesariamente tendría que salir triunfante, victorioso, ya fuera vivo, ya muerto!

¡La muerte! ¡La muerte no es temible cuando se lleva en el alma un ideal que sobrepasa los senderos de la vida; cuando se columbra tras ella la inmortalidad venturosa en el regazo de Dios y la estela de gloria en el recuerdo de los hombres y de la historia de la patria! ¡La muerte! ¡Llegar más pronto a ese cielo por cuya consecución se lucha y se sufre en medio del lodazal político de un gobierno podrido y estúpido.....!

El Doctor Magallanes se irguió en su prisión. La conciencia de su rectitud, la

revisión de su sentir y de su pensar lo agigantó delante de sí mismo; y con grande deleite, saboreando cada sílaba, repetía la causa de su aprehensión, como temeroso de que se la cambiaran por otra:

---¡Porque soy católico, apostólico, romano!.

Y como un aparato hertziano que capta las voces de todas las latitudes y emite en chispas imponderables el propio sentir y pensar, el alma del Doctor Magallanes se sintió en sensible comunicación con todos los que en Méjico padecen persecución por la justicia, con todos los líderes católicos que estudian, que dirigen, que sostienen, que consuelan. Al lago de su alma serena y fecunda llegaron las ondulaciones de las protestas remotas de los católicos del mundo, los que aún no echan la última paletada sobre el catolisismo crepitante de Méjico.

Sintió con asco las prevaricaciones larvadas, las mitrales reverencias al sultán de horca y cuchillo; la teocracia burocrática, registrada y autorizada, que dice misa cuando el bolchevique quiere, y dá los sacramentos según el Ministro de Gobernación manda. A su alma abierta en flor de cáliz de la cripta, entró vibrante y gloriosa la chispa del incendio armado; los disparos benditos de los cristeros, hombres limpios de corazón, que ven a Dios sin sombras en el ideal soberbio de su defensa heróica. Y se sintió fuerte, y se sintió orgulloso, y ratificó su ideal; un católico, apostólico, romano, que quire a todo trance para su pueblo la libertad. Y en un arranque de romanticismo, el Doctor Magallanes se acercó a los muros, y besó fervorosamente aquellas paredes que lo santificaban.

Su pié tropezó con un cajón o con un bote, y sentóse sobre él a meditar.

---Soy una fuerza en reserva. El hombre de carácter no está nulificado nunca. ¡Nunca! Cuando las ramas exteriores se secan, las raíces interiores se robustecen. La batalla mejicana no está perdida mientras haya un solo cerebro que piense en la reconquista. Hidalgo hizo derrumbarse a un gobierno enraizado por tres siglos; Pelayo reemprendió la reconquista contra una invasión de sarracenos, y esa reconquista hubo de triunfar. Madero, desbarató todo un gobierno de Porfirio Díaz, sin amedrentarse por las apoteosis del Centenario. Hitler, Mussolini, imperceptibles hace quince años, hoy se han hecho dueños de pueblos. Si la simple ambición encumbra, ¿por qué no ha de encumbrarnos a nosotros el hambre de justicia? ¡No ceder, no cejar! ¡Poner barricadas con nuestros cuerpos ensangrentados, cuando no podamos ya poner

trincheras para apoyar nuestros fusiles! ¡No ceder, no cejar: esa es la consigna! Atizar, atizar siempre nuestra hambre de libertad religiosa, y no satisfacerla nunca con las bellotas de los puercos....! ¡Soy una fuerza, sí, soy una fuerza! Mi cerebro debe pensar, debe planear. La soledad es estratégica. Revisar, valorizar los pasos dados, corregir los errores, enderezar la marcha; todo eso se puede hacer en la quietud de la prisión, avanzando siempre, siempre adelantando en la ascención escabrosa hacia la religiosa libertad de todo un pueblo. Todos llevamos en nosotros esa tácita consigna. Nadie nos la ha dado por escrito: nos viene directamente del cielo. Solo así se explica nuestra exacta unanimidad. Yo soy una personificación de mi país. Como estoy yo, prisionero, encerrado, privado de mi libertad, de la luz del sol, del aire de los campos,

impedido en mi profesión con daño de menesterosos enfermos que me necesitan; sin comodidades, sin mis bienes, sin sacerdote para morir, sin sacramentos para vivir; como estoy yo, sin recurso ni forma legal ningunas, por un capricho anónimo, de alguien que ni siquiera dá importancia al hecho; así están dieciseis millones de ciudadanos de mi país..... Algunos, nacidos y aclimatados ya a la fetidez de la mazmorra, tascan las tinieblas con indiferencia estúpida; otros se retuercen en la desesperación de la impotencia..... ¡A todos hay que sacudir; a todos hay que libertar!.....



Un ruido de cerrojos cortó los soliloquios del doctor. Sonaron pasos sobre el duro pavimento del garage: zapatones y cadenillas de sable. Una débil migaja de luz

se coló por la rendija. A ella se acercó el doctor, y miró a un militar que acariciaba el automóvil como quien acaricia la yegua favorita.....

—¡General!, exclamó al través de la rendija.

El militar era coronel; pero le agradó oirse llamar general, y atendió al llamado, preguntando al mismo tiempo al centinela:

—¿Quién está ahí?

—Pos un detenido.

—¡A ver, abre!

Abrióse la puerta interior de aquel "sancta sanctorum", y ante los ojos encandilados del coronel se fué silueteando el hombre del gabán con rostro de profeta.

—General, repite Magallanes: ¿qué no pudiera yo saber por qué estoy detenido, y por orden de quién?

—Pues yo no sé, contestó con algo de

compasión el coronel; ni siquiera sabía yo que estaba alguien detenido. ¿Qué es usted sacerdote?

—Soy médico, soy el Doctor Rodolfo Magallanes.

—Pues no sé, doctor; pero voy a informarme. Por lo pronto, le voy a mandar que le barran, porque esto está insoportable. Un poco de paciencia. Por aquí han pasado muchos señores en la misma forma que usted.

—Quiero saber siquiera en manos de quién estoy.

—Por ahora está usted en mis manos; pero yo no puedo hacer con usted más que lo que me manden. Ya pediré instrucciones.

La puerta se cerró. La penumbra se espesó en torno del doctor. Se oye un golpe de motor que arranca. Llaves. ¡Tap, tap! Otro portazo. Alrededor del doctor tinieblas perfectas.

La chispa cerebral vuelve a lucir. En las lobregueces del calabozo quedan vibrando algunas palabras. "Por aquí han pasado muchos señores en la misma forma que usted". "Yo no sé por qué está usted aquí". "Yo no puedo hacer con usted más que lo que me mandan".

Sonrió el prisionero. Sonrió con lástima hacia la pretenciosa Constitución de México. Una vez más le cayeron en chiste los artículos de las famosas garantías individuales. "Nadie puede ser molestado en su persona, papeles, etc." ¡Palabras, palabras y palabras! ¡Perpetua burla al ciudadano! ¡Perenne escarnio al país!.... ¿La Ley? ¿El idolo de la Ley? ¡Calles con los suyos, ante la nación entera, con toda la fachenda de Jefes Máximos, se..... sientan sobre la Ley!

Entre los muros olientes a gasolina resonó una carcajada.....

Si Calles hubiera tenido enfrente a aquel hombre, habría temblado ante aquella carcajada.....

La carcajada significa desprecio. Y quien desprecia, no teme; y quien no teme, puede hacerse temer.

—Yo soy una figura del país entero, volvió a repetirse el doctor. ¿Y debe estar un país entero, condenado a perecer? ¡No!, ¡No, y no!

Sonó de nuevo el cerrojo. Un soldado trae al doctor algo de comer.

—¡Tienes razón, muchacho! ¡Me olvidaba que no había yo comido en dos días!

Al soldado se le soltó la lengua. Y en medio de uno que otro vistazo a la puerta de la calle para no ser sorprendido: se desahogó con el prisionero. Le contó cómo estaban ellos sufriendo y muriendo, y matando y aprisionando, sólo por un capricho de

Calles..... Y entre los cuentos del soldado, como cuchillada de bandido, cayó sobre el alma de Magallanes la tremenda noticia: !Al mismo cuartel habían sido llevados los Jefes Centrales de la Liga Nacional Defensora de la Libertad, y habían sido ya fusilados la noche anterior!

Cuando el soldado se retiró, dobles tinieblas envolvieron al prisionero, y doble soledad se sentó sobre su magullado corazón.....

—Ellos obran lógicamente, continuó el férreo pensar del cautivo. Sin jueces, sin leyes, cogen y matan. Y sólo dejarán de matar cuando la víctima ya no resuelle, cuando su estertor se pierda, cuando caiga exánime, besando las plantas del tirano, con los labios cárdenos, en un rendimiento póstumo..... ¡Gran Dios! ¿Es esto posible? ¿No hay para los pueblos víctimas un recur-

so de liberación? ¿Los has dejado inermes y tullidos ante el tirano? ¿Es el cristianismo en los pueblos una cadena que los ata de piés y manos, para que la ignominia del tirano se cebe en ellos con plena invulnerabilidad?..... ¡Señor, Señor! ¿Has Tú dispuesto que seamos hatos de ovejas yacientes en un perpetuo matadero de almas y de cuerpos?..... ¡No!..... ¡Luego cabe el defendernos! ¡Luego cabe el luchar! ¡Y si la defensa armada decae, hay que resucitarla; y si falla, hay que perfeccionarla! Y si se nos quita el número de combatientes, hay que aumentar la calidad. Y si ellos se han posesionado de la fuerza, nosotros debemos posesionarnos de la maña..... Vamos a cuentas. ¿Cuántos hombres tenemos sobre las armas? Unos ocho mil. ¿Contra quién luchan? Contra el tirano. ¿A quienes disparan? A los pobres "juanes" del ejército.

¿Qué, no valdría más levantar la puntería.....? ¿No valdría más disparar sobre los que son la causa del aluvión de infamias, y así economizar la sangre de tanto mejicano irresponsable?

El Doctor Magallanes no tembló ante semejante planteo. Lo había resuelto muchas veces, en su magín, y lo veía muy práctico, muy racional, muy estratégico, muy mesurado.

—Puestos ya en el terreno de la lucha armada, se decía, hay que economizar sangre y parque. Al mismo adversario hay que economizarle sangre. Piedad para los soldados, con tal que se tenga justicia con los jefes. En el Estado de X, hemos tenido una victoria de armas. Han quedado muertos cuarenta soldados, dos capitanes, un coronel. Los nuestros eran apenas doscientos. Si de esos doscientos hubiéramos

tomado cinco, y hubiéramos asaltado a la una de la madrugada el Casino, habríamos asegurado la Jefatura entera de la Zona de Operaciones Militares, encargada de combatir contra nosotros.

¡Aquello era verdad!

—Toda guerra, proteguía, admite la emboscada. Las sorpresas son de la esencia de las victorias. El sistema del centinela alerta, lo comprueba. En todo plan de batalla, como en toda lucha, el gran recurso es la emboscada. La emboscada significa sorpresa. Los movimientos rápidos, que no dan tiempo al enemigo ni para herir, ni para prepararse, están consagrados por todos los estrategas. Desde los combates de Escipión el Africano, hasta los de Napoleón Bonaparte, el buen capitán busca el descuido del enemigo: descuido en la hora, descuido en el lugar..... Y no hay descuido

más fructuoso para el enemigo, que el descuido de la cabeza misma. La cabeza del soldado, la cabeza del ejército entero..... El soldado romano, el soldado alemán, la protegen con el casco. En las grandes luchas, las grandes cabezas están siempre protegidas. Hindemburg estaba protegido por centenares de avanzadas, y resguardado por el el santo y seña del Estado Mayor. En nuestra lucha actual, los defensores armados tenemos una ventaja que no hemos sabido aprovechar. Los cabezas de la persecución contra la cual combatimos, están descubiertos, están descuidados; la emboscada es fácil contra ellos. El teniente que comanda el sector en donde lucha Trinidad Mora, se vive parapetado tras un potrero de piedras. Pero el General Fulano que comanda al teniente, se parapeta sólo tras el cristal de su automóvil, o tras la botella de cogñac de su

cantina. Y jefes más encumbrados, los jefes natos de la persecución, confiados en nuestros melindres estratégicos, se contonean en sus yeguas primorosas en las soledades de Chapultepec, mientras mueren bajo su alto mando, los humildes soldados del ejército..... ¡Levantar la puntería!: esa debe ser la divisa. Cuando los soldados de Cristo Rey estén a mi alcance, ese será mi constante grito. Y si muero, ya se los repetiré desde la eternidad. Y si el jefe de esa persecución contra la que peleamos a mano armada es un ministro, ¿por qué hemos de dar más garantías a un alto ministro cuando las negamos a un simple oficial? Y si sobre el ministro, está un pesonaje superior, jefe de esa persecución contra la cual luchamos, ¿quién puede negar que en buena lid pueden nuestros soldados preparar su emboscada en el lugar más propio para

asestar su golpe armado sobre la cabeza suprema misma de la opresión contra la cual luchamos?

El ángel de la guarda contemplaba imperturbable la marcha rectilínea de aquellas reflexiones. Y no hacía aspavientos ni melindres. Porque recordaba que otro ángel bueno, para libertar al Pueblo Escogido, de los ultrajes asirios, por orden de Dios, mató precisamente "a todos los hombres fuertes y belicosos y al mismo general de los ejércitos Senaquerib", sin andarse encarnizando con la pobre gente de tropa.

—¡Ah! exclamó contundente el sublime prisionero. ¡Cuántas cosas quedan por hacer! ¡Qué formidable adelanto tenemos que hacer los católicos con ocasión de esta persecución mejicana! ¡Qué grande revisión y reestudio tenemos que suscitar en el campo de la moral tradicional cristiana!

¡Cómo van a temernos los enemigos del nombre cristiano, cuando echen de ver que hemos vuelto a normar nuestros actos por la doctrina límpida, justiciera, redentora del cristianismo enfocado sobre la moralidad social!

En la boca del lobo de la mazmorra palpitó el aire al compás de un profundo suspiro. En el cerebro de Magallanes ardía la nueva tea: la tea de la futura efervescencia de los luchadores católicos.....

Con aquella tea Magallanes iluminaría los nuevos avances, entre escombros de templos y entre sepulcros de mártires.

—¡No!, exclamó con resuelta convicción. ¡No está aún perdida la causa¡ ¡Un siglo de retroceso no basta aún para matar el último rescoldo del catolicismo intrépido!

CAPITULO V.

JAULA DE ORO

—Lo vamos a cambiar de aposento. Estará hospedado como gente decente.

Así habló el coronel aquella noche a la puerta de la celda del doctor.

—¡Véngase!

El doctor se caló un poco más el sombrero que no se había quitado en cuatro días, metió las manos en los bolsillos del gabán, se afianzó los inútiles espejuelos, y siguió al coronel, acompañado del centinela.

Otra vez la calle pestífera y sospechosa. Vuelta de esquina. Un gran portón,

de trazas aristócratas. Magallanes creyó reconocer aquella puerta. Parecía que ante ella se había detenido el automóvil de la aprehensión.....

Entraron. Amplia escalera. Vestíbulo prócer. Un "hall" penumbroso. Luego una sala, a todo lujo; y después, una alcoba amplia, muelle, perfumada, jactanciosa.

—¿Qué le parece el cambio?, preguntó el coronel.

—¡Jaula de oro! ¡No está mal!

—Ahora puede descansar con toda comodidad. Tú, muchacho, añadió dirigiendose al guardia, haces tu vigilancia desde este otro cuarto. Que el señor haga lo que quiera, con tal que no salga.

Era la noche del jueves 3 de enero de 1935.

Magallanes ya solo, no quebrado por la sorpresa, ni ilusionado por el cambio. co-

menzó por hacer una breve exploración de su nuevo hospedaje. No sintió agradecimiento, porque no era hacerle a él favor ninguno, el privarle, en una u otra forma, de su inalienable libertad. Otro que no fuera él, se habría deshecho en alabanzas para con los bandidos que le tiran un hueso, después de robarle la carne y el alma. El doctor, sesudo y discreto, instruído en la observación de los vaivenes de Méjico, no perdió con esta palmadita ni el agrio control de sus nervios, ni, sobre todo, la lógica terrible con que venía tramando los planes de la efectiva revancha católica.

Hay que confesar que el blando lecho le tentó. El no sabía cuánto tiempo había permanecido de pié, o cuántos días había pasado dando breves pasos como fiera enjaulada. Sus piernas flaqueaban. Su reoj había cesado de marchar. Y en el za-

quizamí de fierros de automóvil, enseñoreado por la oscuridad, no tuvo el consuelo ni de contar los días viendo salir el sol como un saludo de esperanza. Estaba realmente cansado, rendido físicamente, soñoliento y débil por la forzada abstinencia. El calorcito de la alcoba le acarició. Continuó la breve exploración: muebles finos, espejos, candelabros, cuadros, vertidor, fumador, estante. Buscó y encontró los botones de la electricidad. Oprimió uno, y la dulce penumbra le envolvió. Rasgando entonces como un fantasma, la delicia de aquella media luz, se tumbó en la cama, con zapatos, con gabán, con sombrero y con todo.....

Un rayo de sol, como una lluvia de saetas, le bañó el rostro cuando despertó. Su organismo estaba confortado. El sueño había sido saludable. Se levantó.

¿Quién había entrado en su alcoba? ¿Qué mano interesada o solícita había dis-

puesto sobre aquella mesa el bien presentado desayuno?

Magallanes tenía hambre. De eso se dió cuenta hasta entonces. Y de pié, sin saboreos indignos, apuró dos o tres tazas de café dulce y caliente, tomó un sorbo de agua, de rica agua helada, se limpió los labios con su propio pañuelo despreciando la ayuda de la nívea servilleta que se reclinaba en la fuentecilla de panes intactos.....

Magallanes reanudó su exploración. Al extremo opuesto de la puerta del centinela, otra puerta conducía a un decente gabinete de aseo. La prisión, en esas condiciones, ya podría prolongarse indefinidamente, si él buscara tan sólo su comodidad personal.

De pronto en la antecámara se escucharon voces extrañas.... El timbre femenino, la cadencia insinuante, musical.... Aquella voz debía ser de una mujer linda. El doctor había oído alguna vez una voz parecida,

algo como gorgeo, como campanita de cristal..... Su macizo y bien forjado corazón dió un vuelco, que él reprimió como con zarpa, con un gesto de su voluntad prepotente. La alfombra ahogaba los pasos; pero el oído, hipersensible, los medía pequeños, menuditos, isócronos, rítmicos, acercándose confianzuda y decididamente hacia él.....

Magallanes esperó, con el alma abierta a la novedad, con el ojo hambriento de belleza.

Y cuando aquella mujer, en traje de casa, apareció bajo el cortinaje de la alcoba; cuando el doctor la miró, al resplandor de un chorro de luz que se derrumbaba a los piés de ella, dos corazones se paralizaron al choque del momento inesperado. El sintió que se le helaba la sangre. Ella sintió que las rodillas le flaqueaban.

¡Aquella mujer era Adelina!

CAPITULO VI.

LA SEGUR AL TRONCO

—¡Rodolfo, Rodolfo....! ¡He sufrido mucho! En medio de mi vida de ciclón, tu recuerdo es lo único que no he perdido nunca; por eso te he hecho traer a mi casa.

—¡Yo no estoy en tu casa; estoy en mi prisión!

—¡Rodolfo!.... ¡basta! ¡Me has demostrado plenamente que eres un hombre de hierro! ¡Ten compasión de mí! ¡Lo único que te pido es que me perdones! ¡Mira: soy la misma! ¡Para tí, la misma; aunque me veas con la frente ajada y el alma hecha

trizas! ¡Reconoce a tu amada.....! ¡Recónócela.....!

—¡No! ¡Tú no eres la amada!, pronunció Magallanes con convicción amarga; ¡tú sólo eres la "querida" de Ochoterena!

Después, levantando el pesado cortinaje del recuerdo, añadió con majestuoso dolor:

—¡Adelina.....! Tu nombre no me recuerda nada indigno. Yo te amé..... ¡dulce y bendito amor! Te amé con la sencillez de un niño, te amé con la nobleza entera de un hombre. Amé en tí la fidelidad, el candor, la inocencia; amé tus ojos negros y tus labios trémulos; tus manos castas y tu frente cristalina.... Te amé con toda mi alma, con todas mis potencias y sentidos. Fueron tuyos mis días y mis noches, y mi vida entera se anegó en la presencia contínua de tu imagen..... Un día me engañaste. El límpido espejo de mi dicha futura se rompió.

Quisiste libertarte de mis brazos, quisiste explorar amores mezquinos, y te abrí la puerta..... Y cuando saliste..... Adelina, cuando saliste pisoteando como un guiñapo mi corazón, el amor en mi pecho cerró tranquilamente sus celosías..... Tu nicho está vacío. Nadie, ¡óyelo bien! nadie lo ha ocupado. Nadie lo ocupará..... nadie. ¡Ni tú misma!

—De modo que ¿me rechazas?

—No te rechazo hoy; te rechazé hace cinco años. Y mi palabra no vuelve nunca atrás,.... ¡Nunca!

Aquel "nunca" de hierro destempló en Adelina todas las fibras del alma.

¡Rodolfo....! ¡Óyeme! ¡Hablemos ahora de tí! ¡Te quieren matar! ¿Lo sabes? Hace doce horas ibas a salir a la muerte. Tus amigos han muerto ya. Ochoterena ha mandado que los asesinen..... Yo no quie-

ro que tú mueras; porque yo sería la culpable de tu muerte. Porque yo te he entregado.....

Serio, imperturbable, Magallanes clavó sobre Adelina una mirada interrogadora.

—.....Pero lo hice sin saber que eras tú. Estabas en pié, la noche del domingo. Yo era la que esperaba a tu lado. No te reconocí, Nunca pensé que estuvieras en Méjico. Si te hubiera reconocido, quizá te hubiera hablado ahí, como te hablo aquí ahora.... ¿Y esto no me lo agradeces?

—Te agradezco que me hayas denunciado! ¡Y más te agradeceré cuando me hayan matado!

—¡Hombre cruel! ¡Hombre de piedra! Sábete, pues, que he venido a pedirte perdón, y que suceda lo que suceda, ya no pesará sobre mí el remordimiento de mi infidelidad.....

Dijo, y rompió a llorar, echada de bruces sobre el mullido sofá, mordiendo y rompiendo el bordado pañuelito.

Magallanes la contemplaba mudo, indiferente, con atención meramente profesional, como quien contempla la crisis de un paciente.

Adelina por una rendija de sus lágrimas y por un agujero del pañuelo se percató de la quieta serenidad del hombre, de su ofensiva indiferencia, y herida de despecho, se levantó con altanería, dió una patadilla en el suelo, añadió una vuelta de remolino, y salió de la alcoba.....

Rodolfo Magallanes sonrió. Era tarde para conmoverse. Volvió a sus paseos de fiera enjaulada, y reflexionó sobre la caída de aquella pobre mujer. ¡Una víctima más de la infamia revolucionaria!

¡Pobre Adelina! En tres brincos cayó

desde la Juventud Católica Femenina Mejicana, hasta la vulgar mancebia de un prócer garridista.

¡Pobrecilla! ¡Linda novia de Rodolfo Magallanes! También ella firmó las cédulas de "Eucaristía, Apostolado, Heroísmo". También se revolvió en semanas sociales y en bendiciones de banderas, aunque llevando a todas partes su femenino espíritu mundano, su inocentona vanidad y la peligrosa conciencia de sus encantos y atractivos...... Encendiendo una vela a Dios y otra al diablo, supo cohonestar bailes casinescos con triduos de penitencias; disfraces de Carnabal con mantillas de Cuaresma; recepciones en casa del obispo con "picnics" del Partido Nacional Revolucionario..... Rodolfo se había disgustado con ella, y amenazándola con rompimiento del noviazgo. Ella, convencida del amor de Rodolfo, no creyó en la amenaza y continuó la burla.....

Por aquellos días, la flor y nata del garridismo tabasqueño hizo una incursión en aquella ciudad. Católicos bobos y comerciantes de la conveniencia, organizaron una serie de festejos en honor de los pelados huéspedes. Adelina no faltó a ningún baile. Y naturalmente, a río revuelto, salió honestamente prendado de ella un achechinque de Garrido. Se habló con gran escándalo de las furtivas paseadas de Adelina, la novia de Rodolfo Magallanes, en el carro flamante del babilonio. Fué cuando Magallanes se inclinó ceremoniosamente, y se despidió para siempre de ella. Adelina transbordó al nuevo bajel. No pudiendo aún renegar de su piedad, se atrevió a manifestarlo así al tabasqueño. Este le concedió razón, y hecho todo un perfecto caballero, fué a pedir la mano de Adelina a sus padres, y prometió casarse por la Iglesia, y

se caso, y se confesó y comulgó, arreglado todo en dos por tres, con dispensa de banas, con gran tremolina, con grande edificación de muchos; y se llevó a Adelina para El Suchiate, llena de joyas, y de dinero, y de felicidad, y de ilusiones.

Pero.....en llegando a tierras del Sureste, en plena ciudad de Villa Hermosa, le dijo más o menos estas palabras:

—Mira chata: yo me casé contigo, porque de otra manera tú no te vendrías conmigo. Pero has de saber que yo aquí tengo a mi mujer y a mis hijos. Y por eso, chatita, te quedas en esta mansión, y yo vendré a verte seguido. Nada te faltará, y cuando te enfades de mí, nomás me dices, para mandarte a tu tierra.

A los cinco o seis meses cansado él de ella, la puso de patitas en la calle, lanzada de la mansión por otra subintroducta. Y ya

ahí, en la calle de la deshonra, no quedó a Adelina otro recurso que el de echarse en los brazos del primer transeunte revolucionario. Pasando por distintos "altos puestos", vino a dar a la postre con otro dedo chiquito de Garrido, el Licenciado Mambrú Ochoterena, asistente intelectual de los Camisas Rojas, y hombre de las confianzas del califa. Así es que cuando a Garrido le cayó el gordo de la lotería, envuelto en un nombramiento de Ministro de Agricultura, Ochoterena y Adelina hubieron de aprovechar la bonanza, y alzar el vuelo con toda la parvada, para con ella asentar asimismo sus reales en la ciudad de los palacios.

Exacerbada la persecución y atirantadas las circunstancias de los católicos, Ochoterena, ya por su vocación de entrometido, ya por el afán de hacer méritos ante los sátrapas, se dedicó todo entero a llenar las de-

ficiencias de la ley, asegurando y dando el "viaje quinto" por la vía más rapida, a los líderes católicos que pudieran ser más tarde una amenaza para las "instituciones". La acción de Ochoterena era de un valor incalculable para el gobierno perseguidor, así es que fueron puestas en sus manos irresponsables, todas las fuerzas civiles y militares de la ciudad de Méjico, convirtiéndolo en una mano oculta, caprichosa, omnipotente, de que podía recibirse el destierro o la libertad, el degüello o el nombramiento de ministro. Y como Adelina era aún su querida, era cosa de tenerse en cuenta el estar en buenas relaciones con la privilegiada mujer.

De esa influencia participada por la pobre mujer fué casualmente víctima el Doctor Magallanes, cuando la noche aquella, esta hembra encontrándose a vuelta de es-

quina con un Jefe de las Comisiones de Seguridad, sevidor necesariamente de Ochoterena, para despistar su celosa búsqueda, trasmitió al si pega, una denuncia a quemaropa.

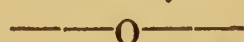
—¡Mire, aquí va uno de los que busca Mambrú!

Así cayó Magallanes, sin que ella supiera que era el mismo Rodolfo cuya huella le ardía en el corazón.

Y así fué también cómo, aparentando acuerdos de Ochoterena, hizo transladar al prisionero a su propia mansión de ella, con el exclusivo objeto de ensayar en aquellas mismas trágicas circunstancias, la absurda reconciliación amorosa que le estaba pidiendo el alma.

Magallanes era capaz de sospecharlo todo, y para todo estaba preparado. Más ya que la idea fija de la cuestión católica ab-

sorbía todo su animismo, quedaba relegado a segundo término cualquier otro aspecto de su vida ya social ya privada. Tal estado de espíritu bastaba para abroquelarlo contra Adelina, y para hacer desesperar furiosamente a ésta.



Retirada la mujer de la alcoba, después de la patadilla clásica, el doctor, con más calma que la noche anterior, comienza a observar los pormenores de su confortable calabozo. ¡Cuadros!.... ¡Pshe! ¡Le importaban tan poco a esas horas los cuadros!.... ¡Libros! ¡Un estante pequeño....! ¡Friolera....! ¡Biblioteca Revolucionaria! ¡De la última horneada! Libros pagados por el mismo gobierno revolucionario para corromper al país. Ahí estaba en todo su esplendor tipográfico, el monumental engendro

del extranjero Dell'Hora, el famoso estudio llamado: "LA IGLESIA CATOLICA ANTE LA HISTORIA, LA MORAL Y EL ARTE".

—Magallanes lo hojeó, sonrió con lástima ante las pintarrajeadas caricaturas. ¡Pobre autor! Acababa de ser encontrado su cadáver putefracto, tras una trinchera de esos mismos librotes que no se pudieron vender.

—Libro sofístico, plagio completo de los periódicos italianos del siglo pasado, observó Magallanes. Toda su ciencia consiste en comenzar el Credo por el "Poncio Pilato". ¡Sí! "Poncio Pilato fué crucificado, muerto y sepultado". ¡Esa es la ciencia de Dell' Hora.

Ahí estaba también el libro veracruzano LA IGLESIA Y EL ESTADO, gracioso trabajo histórico, cuyo único defecto era presentar de las cosas un sólo aspecto.

—Para este amigo, dijo Magallanes, el sol no es más que una mancha solar que oscurece el mundo.....

No podían faltar los cobardes libros mentores de la cacareada escuela socialista: PRACTICA DE LA EDUCACION IRRELIGIOSA, por Arzubide; LA ENSEÑANZA ANTIRRELIGIOSA EN MEJICO, por Aguillón Guzmán; SEXUALISMO, RELIGION, ENSEÑANZA, por Pablo Lonngi, como Benjamín de la comparsa, ahí estaba el famoso CATECISMO SOCIALISTA, parodia blasfema del valioso Catecismo de Ripalda.

—¡Miserables!, añadió en soliloquio Magallanes; ¡si no nos hubieran quebrado nuestras plumas....! ¡si no nos hubieran robado nuestras imprentas....! ¡si pudiéramos hablar, si pudiéramos escribir; que pronto se esfumarían todos esos aparatosos sofismas!.. ¡Y eso está leyendo y estudiando nuestra niñez, amén del farrago de periódicos.....! Ese

IZQUIERDAS, monumento de corrupción magisterial, y ese burlesco sacrilegio de periódico publicado por la Secretaría de Agricultura, que lleva el nombre mismo de CRISTO REY.

Magallanes no sabía donde poner los ojos..... Buscaba a los Jefes del aprisco, pero la Iglesia en Méjico, frente aquella invasión triturante, estaba ya muda, impotente, derrotada, mirando entre suspiros que una generación entera estaba siendo arrebatada por el lobo carnicero.....

—?Cómo cegar este torrente destructor del alma de la patria? se preguntaba irritado Magallanes. ¡Ah, cristeros gloriosos! ¡Sólo vosotros sois la esperanza, sólo vuestra actitud es la digna! Sólo vosotros os presentaréis erguidos ante el tribunal de Dios y de la Historia....! Echó aun lado los periódicos y continuó: La famosa educación

socialista..... ¡degüello herodiano de los inocentes!

Los padres y las madres de familia están agarrotados por el pánico; los sacerdotes están aherrojados de piés y manos por su prudencia desdichada y por la ley..... ¿Nadie debe preocuparse ya por salvar a nuestros hermanos? ¿No hay ya quien pueda hacerlo?.... ¡Sí!, se respondió con resolución: ¡Todavía estamos nosotros! ¡Los atrabancados de ayer, los chiflados de hoy, los irreductibles, los radicales blancos, los cristeros de las montañas, los amigos de la Liga Nacional Defensora de la Libertad! ¡Todavía estamos aquí! ¡Y si han muerto los jefes, todavía estoy yo! Porque tengo la convicción de que el pueblo mejicano será feliz mientras guarde su catolicismo, y sé que la pérdida de su fe lo arrastará a la más espantosa de todas las hecatombes.....

La independencia que conquistó Hidalgo, fué agradecida; la libertad porque luchó Madero, era ambicionada. ¡Hoy necesitamos la independencia y libertad, con más más hambre y agonía! ¡Media docena de audaces nos hacen trizas! Quince millones de mejicanos esperan un caudillo que les diga sin vacilaciones ¡por aquí!

Todos estos pensamientos, como lava de volcán, se agitaban en borbollones heróicos en el cerebro y en el labio de aquel hombre. Había acercado una silla, y apoyaba los codos sobre la mesa, y la frente sobre las manos, asomado a la pira de ideas inicuas sobre las cuales se tendería y se tendía ya la víctima contemporánea.....

De su maravillosa gestación, de su parálisis amenazante, lo sacó de pronto, el golpe suave de una mano que se posó sobre su hombro.....

Reaccionó vibrante, elástico, con la agilidad de un resorte que se suelta.

Adelina —era ella— se asustó.

—¿Qué quieres, mujer?, preguntóle irritado, violento.

—Nada, contestó Adelina. Venía a ver si estabas calmado; pero veo que es lo contrario. ¡No quiero ya decirte nada!

El doctor se había puesto de pié, y daba algunos pasos como enajenado..... Adelina lo contemplaba, como quién contempla una enhiesta cumbre inaccesible.... Y mansamente, humildemente, fué a sentarse como una esclava sobre un taburete pequeño, reclinándose indolentemente sobre el borde del felpudo sofá, muelle y perezoso.

¡Qué linda, qué atractiva se veía la terrible mujer! ¡Y cómo había ideado la apostura más cautivadora frente a un hombre invulnerable....! Como palomilla torcaz in-

clinaba su cabecita, contemplando vaga y melancólicamente los flecos del cinto que jugaba entre sus dedos..... El óvalo de su rostro, luminosamente dolorido, se desmayaba dulcemente sobre la negra crencha, que a su vez acariciaba el hombro espléndidamente desnudo. Porque la sagacidad femenina había sido llamada a tomar parte principal en aquella jornada de reconquista amorosa; porque aquella mujer se daba perfecta cuenta de que la pose era soberbiamente tentadora, y en aquella coyuntura, hipócritamente provocativa..... Por eso sus ojillos de carbunco tendían arteramente la súplica de brillo silencioso.

El Doctor Magallanes tembló de piés a cabeza. No cabía duda. La estampa que aquella mujer presentaba era sencillamente deliciosa. Y sin querer, Magallanes recordó en medio del tumulto de sus ideas de re-

conquista social, los tiempos idos de su plena posesión amorosa. Y dentro del pecho, pecho de hierro, prisión de volcán, evocó secretamente el poema de la mujer amada...

—"¡Te amé....! ¡Fueron tuyos mis días y mis noches! ¡Amé tus ojos y tus labios, y tu ser suave y flexible, amé el ritmo de tus pasos y la cadencia de tu voz! ¡Te amé dormido y te amé despierto....! ¡Más aún que el encanto de tu cuerpo, amé tu corazón íntegro, inocente.... ¡fiel!"

Los ojos interiores del alma se humedecieron. El tierno recuerdo estrujaba todo un enhiesto corazón. Puesto luego en la cruda realidad de la decepción, el alma dictó allá en el interior de Magallanes esta frace descorazonadora:

—"Hoy eres otra..... Eres la lúgubre semejanza mutilada, el remedo lastimoso: eres el cuerpo muerto de una vida de inocencia y de amor".

Adelina había bajado la cabeza. Su silencio humilde, su sencillez de esclava, su dulcedumbre de imploración, estaban arteramente premeditados, dispuestos estratégicamente frente a aquella fortaleza a la cual sólo dos dones podían abordar: la inocencia o la penitencia.

Al oído interior de Adelina llegaba el eco del poema callado de Rodolfo. Adelina podía concluír lógicamente que su simple presencia renovaba en el pecho del doctor toda la explotación de los recuerdos..... ¡Y el alma, bogando en campo de recuerdos, siega siempre los más dulces!

La piedad golpeaba a las puertas del corazón de Rodolfo, con aldabonazos de ariete. Y le obligó a poner un momento los ojos en aquella deliciosa reliquia de la mujer amada y virtuosa..... Y al mirarla, sintió de nuevo la caricia inefable en el espíritu.....

Y pensó..... —¡terrible peligro del pensar, cuando se vive en la pendiente del hacer!—

—"¡Pobrecilla....! ¡También tú eres una víctima, también tú eres un símbolo! Ellos...., ¡siempre ellos! te engañaron, te robaron, te perdieron. Tal es la suerte de la mujer en manos de ellos..... ¡Novia, esposa, madre! ¡Angeles caídos al golpe de la revolución diabólica, para plantar con ellos el harém de los déspotas y el cementerio del amor de los desheredados!"

Sostenido por aquella compasión incipiente, volvió a recrear sus ojos duros y ardientes sobre aquel cuerpecillo de felpa, reclinado cual violeta humilde, sobre el opulento sofá de reps..... Y sus pupilas se encantaron una vez más ante aquella frente abatida, protegida por el ala negra del cabello fragante, y ante el asomo de la mejilla

que él reverentemente acariciara en los tiempos idos, y ante la nuca, y el cuello, y el reverberante marmol de aquel hombro, cruzado con el fragillazo del kimono impalpable, liso, modelador de formas, denunciador de relieves, cincel de opulencias, lápiz de líneas irreprochables en el cielo de la estética y de la euritmia, índice luminoso de un piecesillo ingénuo, saturado de maliciosas sugestiones.....

Un extremecimiento interior sacudió entonces todas las jarcias de aquel majestuoso navío que entraba en tormenta.

—"¿A donde voy?, se preguntó a sí mismo, alarmado. A la piedad necia, a la compasión falaz, al perdón infantil y a la cadena perpetua. ¡Al amor de la harpía y a la prosa de la carne!.... Y esto en la hora misma en que mi frente y mi conciencia representan el símbolo de una gran lucha, y

la fuerza de una causa entera..... ¡Amarte y pecar, oh mujer falsa! ¡Caer y claudicar! ¡En vez de héroe, un mediocre! ¡En vez de cumbre, páramo!''

Y apartó sus ojos y su afición del gusanillo enroscado en que alentaba un ánimo de mujer.

Las mujeres lo intuyen todo. Lo adivinan todo. Traslucen los pensamientos y auscultan las palabras mismas que no se pronuncian. Adelina medía en Rodolfo los pasos del cuerpo y los del espíritu. Presentía sus interferencias, y pulsaba sus flujos y reflujos. Su intuición le anunció que el alma del doctor había marcado el ''alto'' a las afecciones de aquel momento, y con todo el arte femenino que agita el anzuelo para llamar a la presa, rompió el silencio pleno, con estas multifaciales palabras:

—Rodolfo.... ¿no me dices pues nada?

Magallanes, ya restaurado, contestó con una sonrisa que en el alma de la mujer sonó como una bofetada.

Y con la mayor indiferencia del mundo, contestó con una sola palabra:

—¡Nada!

Adelina se encrespó, se levantó como herida por un áspid. Cogió el pañuelo que había dejado sobre el sofá, y salió contoneándose y taconeando, mordiéndose los labios de rabia.

—¡En paz!, dijo Magallanes.

Y se sentó de nuevo, y siguió hojeando los libros de blasfemias.....

CAPITULO VII.

¡ E L L O S !

—"El proletariado se ha dado cuenta de que la burla revolucionaria lo lleva a la hecatombe. El obrero y el campesino perciben el barullo político, se tragan su vergüenza, tienden sus manos para coger sus famosas redenciones proletarias, y sólo palpan la perpetua miseria: el sudor infructuoso, el escalofrío de la huelga, escueto el solar, el páramo enteco, las grises lontananzas muertas en el senó de la eterna pobreza agrícola, rociado todo con incesante escarnio de un saludo como a rey de burlas....

¡Pobre indio triste! Sufrido y agobiado, trotas bajo el huacal repleto de ignominia, tuestas tus carnes bajo el plomo derretido del volcán del despotismo, y sigues tu sendero con la frente inclinada y los piés descalzos..... ¡Qué sabes tú de reconquistas, qué sabes tú de "instituciones"! ¡Sólo sabes de negreros y de látigos y de orfandades!.... Por eso, instintivamente, decepcionado de los gobernantes y de los próceres, te acurrucaste humilde y menesteroso en el rinconcito de la fé cristiana, bajo el hábito protector de los antigüos frailes, únicos defensores tuyos ante el cacique y el encomendero..... La mano venerada del cura y del fraile te señaló al cielo, y te consoló en tu pena secular. Su labio te dictó la ciencia en las primeras cátedras y universidades mejicanas; te enseñó a cultivar el campo de tus mayores, en las famosas escuelas agrícolas

del Obispo Vasco de Quiroga; creó para tí escuelas de ciencias y de artes en que brillaste al par de las lumbreras europeas..... El cura y el fraile venían en nombre de Cristo. Fué el amor a Cristo el que arrancó al fraile Juan de Tecto, de la opulencia de la corte de Carlos V y de la cátedra de la Sorbona de París, para venir a Méjico a besarte ¡oh indio! las plantas y recogerte de la gleba..... ¡Pedro de Gante, Juan de Aora, Motolinía, Las Casas....! ¡Sacerdotes católicos, extranjeros amorosos, que amaron al indio, y le educaron y le civilizaron por Cristo, en Cristo y con Cristo....! Por eso eres cristiano; porque en la sangre llevas el sentir de lo que el cristianismo es para tí..... Tu instinto natural recto y sincero lleva en tus labios la plegaria y la mano consagrada del sacerdote. La historia de tus gestas revienta de cristianismo. Tú

hiciste templos para tu Dios, y hospitales de frailes para tus prójimos..... Y cuando un día el grito de independencia vibró en tus oídos, te lanzaste, ¡oh indio! a la lucha ciega y arrasadora sin comprender más que estas dos cosas; que el caudillo era un cura, y que el grito decía ¡Viva la religión y muera el mal gobierno!.... Tu actual cristianismo se rebulle aún hoy, a pesar de todo, en tus entrañas heróicas. Tu mente viva detesta la blasfemia que te predica Calles el opíparo. Tus manos hormiguean bajo el furor que en tu pecho atizan los déspotas de la hipocresía revolucionaria..... Pero te cosen a tu forzada paciencia fatal, tu exagerada reverencia al cacique, y tu eterna condición de inerme..... ¡Pobre indio....! ¡Proletario bendito! ¡Sangre de Cuauhtemoc, soldado de Hidalgo, héroe con Morelos, el de la fé en la Virgen de Guadalupe, el del

grito de Viva Cristo Rey! ¡Arriba! ¡Todavía puedes vencer, todavía puedes libertarte! Tu iracundia es santa, tu furor es justo. ¡Lucha, alza y guerrea! ¡El déspota no tiene derecho ni a tu respeto ni a tu obediencia, ni a tu lástima! ¡Tú, y tus tierras y tus posesiones, y tus hijos y tu esposa, y tu fé cristiana, valen más que él, y que sus lujos y que sus vidas! ¡En nombre de Dios, en el nombre épico de Cristo Rey, yérguete y avanza arrollador, sin miedo, sin escrúpulos, sin vacilaciones, en busca de tu libertad religiosa, cifra y garantía de todas tus libertades..... porque el cristianismo es y será siempre el eje sostenedor de tu civilización y de tu progreso....! ¡No somos pocos! ¡No estamos desarmados! Hay suficientes brazos y suficientes armas para aventar a los déspotas. ¡Yo tengo el secreto! ¡Triunfaremos! ¡Óyeme....!"

—¡Ajá!.... ¡Mi señor doctor! ¡Conque hay suficientes armas; conque usted tiene el secreto....! ¡Vaya, vaya, me alegro, señor Magallanes; me alegro de que haya caído al "bote" el "señor del secreto"..... Tome usted asiento, señor Magallanes, y vamos a conversar un poco en presencia de estos caballeros..... Y dispense usted que le hayamos interrumpido su arenga.... !ja, ja, ja!, a la cual en verdad no le damos, no damos toda la importancia que usted se imagina... ¡Vamos a ver!

El doctor Magallanes abrió sus ojos adormilados y serenó su frente ceñuda. Como quien desciende de la altura de un ensueño fatigoso, recordó que su férreo soliloquio había roto la prisión de su pecho, y había estallado en voces vivas y plenas. ¡Estaba frente al enemigo! Él era el ciudadadano honrado, pensante, trabajador, cristia-

no; aquellos hombres que irrumpían en su aposento cárcel, eran sencillamente la revolución.

Los contó. Eran cinco. Dos de ellos militares de alta graduación, otro entre militar y civil. Los dos últimos en traje de burgueses. Era largo, pálido, un poco calvo; boca socarrona, movimientos desenvueltos; hablaba fuerte, pisaba recio, como quien está en su casa. Menor importancia tenía el otro catrín: traza de tinterillo, enclenque, desmedrado, con lapiz y carnet en la mano. Todos se sentaron. Los militares callaban. Estaban encogidos, engarrotados como fetiches zapotecas.

Jactancioso, dominante, el calvo inició el interrogatorio:

—Tenga usted la bondad de dar su nombre completo.

Magallanes antes de obedecer, interpuso esta pregunta:

—¿Con quién tengo el honor de hablar?

La pregunta de Magallanes sorprendió al calvo interrogante. Era prenuncio de una discusión que en buena lid sería para él una derrota. Pero sobrecogido ante la respetabilidad moral de la víctima, contestó:

—Soy el Licenciado Mambrú Ochoterena, Detective Particular del Ministro de Agricultura.

Aquel nombre OCHOTERENA sonó en los oídos de Magallanes como OCHO bofetadas, y la sombra de Adelina mancillada, se dibujó como un fondo fantástico tras el procaz interlocutor. Instintivamente, en piadosa evocación, Magallanes puso sus ojos en el taburete donde había desflecado sus encantos la llorosa mujer..... Pero en lugar de la vaporosa visión, solo encontró ahí la patota de uno de los generales.....

El humillado ciudadano tragóse su ra-

bía interior. La novela de sus amores, debía abrir paso a la tragedia de sus ideales. El cúmulo de circunstancias que precedían y acompañaban aquella corte marcial, le decía muy a las claras que estaba a dos pasos del paredón o de la guillotina. Bastaba evidenciar su filiación de católico descontento, para que aquella decoración de alcoba y aquella escena de atento interrogatorio se diluyeran en una detonación y en un baño de sangre.

No pareció, sin embargo, a Magallanes inútil el tomar una actitud distinguida, para caer con arte, como los antiguos gladiadores.

—Yo ruego al señor Ochoterena, dijo pausadamente, se sirva notificarme por orden de quién se me está haciendo este interrogatorio.

—Tiene usted razón, contestó muy fa-

choso Ochoterena. Un hombre culto como usted, tiene derecho a saber qué representación asumo yo, acompañado de estos señores, en el momento presente..... ¡Bien! Pues sépase usted que estamos aquí y le molestamos a usted por encargo y por orden del Ejecutivo Federal.

—¡Gracias!, repuso Magallanes. ¿Puedo hacer una pregunta más antes de ponerme a las órdenes?

—Pregunte usted.

—¡Se va a proceder conmigo, interrogó Magallanes con pausa solemne, se va a proceder conmigo dentro de la ley que el Ejecutivo ha protestado cumplir y hacer cumplir, o se colocan ustedes y me colocan a mí fuera de la ley?

Los tres militares y el tinterillo levantaron sorprendidos la cabeza y volvieron los ojos, hambrientos de una respuesta, hacia

la persona de Ochoterena. Éste temblaba. La frialdad y calma de Magallanes le iba acobardando y poniendo en ridículo. Los soldadones estaban ahí porque él los llevaba, no porque les llegara muy adentro la pasión callista hasta para atormentar ciudadanos inermes sin ventaja ninguna visible para ellos. Si Ochoterena reconocía la anticonstitucionalidad del procedimiento, su figura de preciada legalidad se desinflaba inmediatamente ante los militares, que por cierto no lo tragaban muy bien. Y sin el aparato de los soldadones solitarios, Ochoterena quedaba desarmado.

Tuvo pues, que acudir el calvo a toda su cachaza y mala intención, para salir del atolladero con esta despampanante mentira:

—El Ejecutivo y nosotros no tenemos otra norma de nuestros actos que el estricto apego a la ley.

La angustia farisaica de los militares estaba calmada con la frase cliché; más para afianzar esa calma, urgía tapar cuanto antes la boca de Magallanes, y cerrarle de una buena vez toda entrada a los requilorios legales, y esto sin que los militares lo entendieran.

—Es inútil, señor doctor, dijo pues Ochoterena, que usted agite en su magín artículos constitucionales. Usted va a decir que estamos violando en usted todas las garantías individuales, y que lo ampara a usted éste y aquel artículo..... No crea usted que ignoramos tales artículos. Tanto estos señores como yo, conocemos el texto de esos traídos y llevados artículos, que a cada paso nos citan los fanáticos.

Aquí los soldadones aprobaron con la cabeza, alagados por el reconocimiento de su sabiduría. Ochoterena prosiguió:

—Mire usted.....

Aquí levantó en alto la mano izquierda, con los dedos extendidos y las palmas vueltas hacia sí.

—..... en cada uña llevo escrito el número de un artículo constitucional, de los que usted dice que estamos violando. Son el 14, el 16, el 19 y el 20. ¿No es verdad?

—El 14 no; corrigió Magallanes: todavía no me matan.

—Pues no violamos ni ese ni los restantes. La letra mata y el espíritu vivifica-dijo Jesucristo. Sobre la letra de esos artículos está el espíritu de la Revolución. La Revolución es la plenitud de la ley. Nosotros somos la Revolución; luego somos la ley. Está usted pues dentro de la ley, y nosotros también. No tenga usted escrúpulo ninguno. Sigamos preguntando. ¿Donde nació usted?

—¡En los Altos, Jalisco!, respondió Magallanes irguiéndose.

Los militares se estremecieron.

—¿En donde a vivido usted?

—En Méjico, en los Volcanes, en Estados Unidos y en Europa.

—¿Por qué cita usted los Volcanes?

—Porque en ellos anduve tres años levantado en armas.

—¿Bajo qué bandera?

—Bajo la de Cristo Rey.

—¿Se amnistió usted en 1929?

—No me amnistié.

—¿Por qué?

—Porque ni el Gobierno Revolucionario ni Portes Gil merecieron mi confianza.

¿Usted no confiaba pues en la palabra del Gobierno?

—No confié; por eso me fuí a Estados Unidos.

¿Qué actividades desplegó usted en Esdos Unidos?

—Me metí de fraile franciscano, para tener valor de volver aquí dentro de cincuenta años a civilizar a los méxicas.

—¿Cuándo volvió usted a Méjico?

—Hace como un mes.

—¿En qué se ocupa usted?

—Curo enfermos, y quiero resucitar muertos.

—¿Es usted fraile todavía?

—¡No! Era novicio y me salí.

—¿Y qué le movió a usted a salirse?

—Venir a trabajar al lado de mis amigos.

—¿Quienes son esos sus amigos?

—Los miembros de la Liga Nacional Defensora de la Libertad.

Todos los auditores se acomodaron en sus asientos. El interrogatorio prosiguió con más interés:

—¿Conoce usted a José Tello?, pregun-

tó Ochoterena tomando el nombre de una libreta.

—!Sí, señor!

Todos se aprestaron para oír mejor.

—¿Quién es ese José Tello?, preguntó el calvo ancioso, saboreando ya una respuesta largo tiempo ambicionada.

—José Tello es el Secretario General de la Liga Nacional Defensora de la Libertad, contestó Magallanes defraudando todas las esperanzas del interrogante.

—¿Pero quién es ese secretario?

—Pues es José Tello.

—¿Ha visto usted alguna vez a José Tello?, preguntó Ochoterena atacando de flanco.

—¡No lo he visto; poro lo he oído!

—¿Cómo lo ha oído y no lo la ha visto?

—Por radio, por teléfono.

¿Usted es miembro de la Liga Nacional Defensora de la Libertad?

—¡No, señor!

—¿Ha asistido usted a alguna junta del Comité Central?

—¡Sí, señor!

—¿Quién es el Presidente General?

—El Presidente General es..... el superior de José Tello.

—Ya lo sé; ¿pero quién es?

—¡Es el que manda a toda la Liga!

—¿Pero usted lo ha visto alguna vez?

—No, señor; nunca lo he visto.

—¿No dice usted que ha asistido a las juntas?

—Sí he asistido, pero tras la celosía.

—¿Qué es eso?

—Que unos están de aquel lado de la celosía y otros estamos de este lado. Oímos, pero no vemos.

—¿Había otras personas con usted en la junta?

—Sí, señor.

—¿Quienes eran?

—¡No sé sus nombres!

—¿Pero los conoce usted de vista?

—¡No, señor!

—¿Cómo es que no los ha visto?

—Porque todos estamos ahí con antifaz.

—¿Pero, quién lo invitó a usted a esa junta?

—¿Quién? José Tello.

—¿Conoce usted a algunos cristeros?

—Sí, pero los han matado ya.

—¿Quién los ha matado?

—El Gobierno de ustedes, después de los arreglos.

—¿Qué hacía usted a las 11 de la noche del día 30 de diciembre en la calle del Popo?

—Esperaba una aprehensión o un atraco

—¿Pero, qué hacía usted mientras venía esa aprehensión?

—Estaba meditando en la desgracia mejicana.

—¿A quién esperaba usted ver ahí?

—A mis amigos o a mis enemigos.

—¿Quién le dijo a usted que podía ver ahí a sus amigos?

—¡José Tello!

—¿Y espera usted todavía verlos?

—En el cielo, sí.

—¿Y en la tierra, no?

—¡No!

—¿Por qué?

—Porque ya los han echado al horno crematorio.

—¿Cómo sabe usted eso?

—Porque me lo anunció el corazón, y veo que acertó.

—¿No lo sabía usted, entonces?

—Lo suponía; ahora lo sé.

—¿Quién se lo dijo, pues?

—¡Mambrú Ochoterena!

Ochoterena estaba pálido. Se mordía los labios. Los demás ogros no respiraban.

Magallanes esperaba reposado, sentado en el borde de su sillón. Ochoterena sacó un cigarro. El Doctor Magallanes se lo encendió.

—¡Bien, señores!, continuó el calvo flaco, dirigiéndose a los extraños jurados. Esto basta para definir la filiación de este individuo..... ¡Señor Magallanes, con su permiso!..... Y que descance tranquilo y en paz.

Y el tinterillo, hasta entonces boca de palo, con lúgubre sarcasmo añadió:

—"Resquiescat in pace!"

CAPITULO VIII.

PINCELADA VENECIANA

—¿Se puede?

—¡Adelante!

¡Era rubia! ¡Con los ojos escandalosamente azules! ¡Las mejillas frescachonas! Los labios, aunque corrientes ¡rojos! Una estrella del cine alemán, convertida en criada. La cofia blanca, ceñida a la frente, no le sentaba muy a tono; pero sí anunciaba las funciones que a la persona correspondían.

Magallanes la miró de piés a cabeza, y sonrió complacido. Después de tales días y

tales horas de tremenda fatiga intelectual y moral, aquella aparición brilló como bola de fuego en el cielo negro de su novela.

—¿Quién eres tú, chiquilla?

—Yo, respondió la muchacha, soy Circasiana, la sirvienta de la camarada doña Adelina.

—¿Y de dónde sacaste ese nombre tan bonito?

—¿Cuál, el de la "camarada"?

—¡No; el otro, el tuyo!

—¿Circasiana?

—¡Sí, Circaciana!

—Lo cogí de unas monitas de la Geografía. Decían que una se parecía a mí, y así me dijeron. Pero yo me llamo Remedios.

—¿De donde eres?

—¡Újule! de muy lejos: de Tepehuanes. Más allá de Durango.

—¿Y cómo viniste a dar por acá?

—En un tren militar: a mi madre se la trajo un general, y mi madre me trajo a mí. Después mi madre me largó a mí y me vino a recoger mi padre. Ahora estoy trabajando aquí con la "camarada".

—¿Y esa otra palabra quién te la enseñó?

—Pues el amo. Dijo que así le llamara a Doña Adelina cuando hubiera visitas. Pero a ella no le gusta, no crea..... ¡A veces me sanjuanea....! Y me llama "igualada"... ¡Si viera que genio tiene! Dice que ella no es camarada de una "fregona hija del amor libre"..... Y ¿qué es amor libre?

—Es el matrimonio socialista, hombre y mujer son libres para juntarse y "desjuntarse" a la hora que quieren.

—El otro día hubo aquí un matrimonio de esos, socialista.

—¿En dónde?

—Aquí en la casa. La camarada fué madrina. Quemaron unos santitos en una palangana, y pusieron un retrato del Jefe de mi amo, que dizque el "menistro" de la agricultura, y lo colgaron como si fuera un santo muy grande. Y los novios se besaron, y se besaban todos, y echaron discursos, y se emborracharon, y decían que era un matrimonio socialista..... pues tal vez. Y todos se decían que camarada por aquí, y camarada por allá. Parecían locos; bueno, usted ya ve como son las gentes..... Pero a mí me regaña cuando estamos solas y le digo camarada.

—¿Y tú qué le respondes?

—Yo, nada; nomás me pongo a llorar.

—Pues, ¿cómo le gusta que le digas?

—¡Ah, pues la señora de Ochoterena! Así le dicen las catrinas sus compañeras; pero lo que es entre nosotros, entre la servidumbre, le decimos "la vieja".

Aquí frunció los gruesos labios con despecho, la rubia sirvienta. Magallanes la contemplaba con simpatía.

—¿Y a tí, cómo te llaman entre la servidumbre?

—A mí, pues "la gata".

Magallanes en ocasión tardía identificaba a la vieja y a la gata de la noche de su aprehensión.

—¿De modo que tienes muchos nombres?, continuó en inocente escarceo.

—Pues nomás esos tres: Circasiana, Remedios y la Gata.

—¿Y cuál nombre te gusta más?

—¡Ah, pues Circasiana! La Remedios se fué con mi madre.

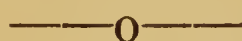
Aquí suspiró Circasiana.

—¡Válgame Dios!, estalló de pronto. Que me estoy tardando y es capaz que me guillotine la "camarada".....

Dió un respingo, cogió una chuchería de sobre un mueble, al salir:

—Después vuelvo, ¿eh?, dijo.

Y desapareció.



—"He aquí, observó Magallanes, una israelita en la cual no hay dolo ni engaño. ¡Pobrecilla! ¡Otra víctima!.... Hija de un buen hombre traicionado y de una mujer engañada..... Hija, mejor dicho, víctima del amor libre, ahora atada al carro del servicio de un aristócrata revolucionario.... El ideal socialista por los cuatro costados, La familia deshojada en pétalos marchitos..... ¡la revolución redimiendo al proletario y a sus hijos! El experimento personal que sufren estos seres: he ahí la reforma socialista que amenaza a Méjico.

La visita de la "gata" refrescó como

oasis el abrasado desierto de Magallanes. Su vocación de médico compasivo y abnegado resurgía ante aquella paciente que con él, sin darse ella cuenta, compartía la desgracia de la época. ¡Aquella muchacha sufría y había sufrido! Magallanes lo adivinaba, y era la expresión de la mácula revolucionaria.

—¿Cómo estudiar este caso concreto?, se preguntaba Magallanes. ¿Cómo conversar con este angelote cándido y sencillo, que es un magnífico arsenal de secretos de vida social?

Espíritu estudioso e investigador, sintió el doctor la delicia de un trabajo ameno y fructuoso para aquellos ratos de forzoso farniente exterior. En la mazmorra encontraba un libro instructivo. En la oscuridad se le ofrecía una luz. Un nuevo ideal le acompañaba y le consolaba: ¡saber!

Por otra parte, después del estrago de la visita del calvo y de los soldados, el espíritu de Magallanes acogía con gratitud cualquiera caricia sedante. Tal caricia había llegado entre los silvestres revuelos de la criadilla.

Era ya de tarde. La mañana entera había sido emborronada por el sangrante interrogatorio. El fantasma de la muerte había quedado aferrado a la vera del prisionero..... Tanto mejor el aleteo de la criatura inocentona, refrescaba el ambiente con un soplo de vida.

El Doctor Magallanes suspiró. Abierta el alma a todas las ternuras a fuerza de tantos y tales martillazos del dolor, su mano bondadosa se tendía sobre el vacío, para posar con cariño sobre una paloma, sobre una corderilla, sobre algo blanco, algo suave, algo dulce, algo bueno..... algo que llenara el

hueco horrible del espíritu y restableciera el equilibrio roto de las potencias afectivas....

El entendimiento había laborado extraordinariamente; pero el corazón anhelaba romper su ocio y su quietud; el corazón tenía hambre, sentía frío.....

Desde aquel momento fué Circasiana la hija adoptiva en el misterio del corazón secretamente paternal..... Y Magallanes sintió nuevas fuerzas, y hasta un poco de afición hacia el fastuoso calabozo ya iluminado por la comunión de las víctimas.

Los breves paseos de un extremo al otro de la alcoba, se colorearon con una nueva ansiedad, suave deliciosa..... La de ver y oír a Circasiana..... ¡Extraño fenómeno de la ternura inexplicable en los recios temperamentos inabordables!

Hasta entonces descubrió Magallanes que allá adentro había pájaros, y sin duda,

había flores.... La innoble mansión tendría sus girones de vergel iluminado por la dorada silueta de la muchacha..... Algunas veces hasta el escondido aposento, Magallanes sentía llegar las voces cristalinas, las voces, tal vez, de Circasiana, y el ruido de sus pasos, que se acercaban, para luego perderse en la lejanía de la desolación..... El ruido de los utensilios de aseo..... ¿Escobas? ¿Jaulas de pájaros? ¿Cubetas con agua? Magallanes no distinguía, no precisaba. Sólo sabía que la ingénua muchacha tardaba mucho en visitarlo.

Por fin:

—¿Se puede, señor?, sonó la voz anciada.

¡Ahí estaba otra vez, como una virgen de la misericordia!

El exterior lo encontró ahora Magallanes menos guapo, más corrientito; pero el

afecto se posaba intacto sobre la sincera humildad de la criatura.

Le traía personalmente el "sandwich" que los días pasados le era acercado por el guardia.

—Siéntate, le dijo Magallanes, paternal, señalandole una silla.

Circasiana se sentó medrosa, encogida, mientras la lengua se le desenvolvía a las mil maravillas.

—Usted es muy distinto, señor, dijo con linda simplicidad.

—¿Distinto de quién?, preguntó el prisionero.

—Del amo, y de los que andan con el amo.

—Pues ¿cómo te tratan?

—¡Así!

Acompañó Circasiana esta palabra con un significativo puntapié al aire. Luego continuó reflexiva:

—Será porque son socialistas.....

—¿De veras lo son?

—Yo no sé. Lo cierto es que a mí no me pagan ni mi salario.

—¿Cuánto te debe?

—La camarada me debe más de un año. Y como "uno" no tiene quien le ayude.....

—¿Y te hacen trabajar mucho?

—De día y de noche.

—¿Y no te has quejado a Conciliación y Arbitraje?

—Eso me dijo mi padre. Y él fué a ver al "líder", pero el "líder" le dijo que con Ochoterena llevamos la de perder.

—Desgraciadamente, es cierto, observó el doctor.

—Usted yo creo que sí es muy bueno, añadió la criadilla.

—¿Por qué lo dices?, preguntó Magallanes con curiosidad.

—Pues porque usted es cristiano.

—¿Y tú no eres?

—¡Cómo no! Nomás que aquí me tienen "agorzomada". Ya me hicieron quemar todos los santitos que yo traía.

—¿Quién te hizo quemarlos?

—La "vieja", ¿no ve que ella anda por las noches echando los discursos del Sábado Rojo?

—¿Ella?, interrogó Magallanes, sintiendo que se le iba la sangre a los piés.

—Sí, pero ni crea. Yo la he visto persignarse una tarde que llovía a cántaros y que caían muchos rayos..... ¡No se les entiende!

—¡Pobrecilla!, suspiró Magallanes en un último gesto de compasión.

—Cuando usted salga, prosiguió confiada Circasiana, búsqueme una colocación. Estos son muy malos.

—¡Sí, ya verás!

—¡Ah, por Dios! ¡Ya me voy! Porque no tarda en buscarme la "camarada"..... ¡Adiós, señor!

—¡Adiós, muchacha!.... ¡Que Dios te bendiga!.....

Y salió la gatita, dejando a Magallanes en nueva más amarga soledad.

CAPITULO IX.

EL ANSIA DEL LEON

Rumiaba el prisionero el sabroso recuerdo de la furtiva visita. Recreábase el piadoso corazón en los sencillos elogios de Circasiana, procurando ahuyentar el recuerdo de una noticia que había herido muy profundamente su alma: la actividad roja de Adelina. ¡No quiso creer; no quiso pensar! Era preferible distraerse con la imagen ingénua de Circasiana.

Las sombras se adentraban en la alcoba. Cortinajes y tapices tomaban tintes de misterio. Era la noche que llegaba.....

De pronto una voz gruesa, fuerte y sonora llegó hasta sus oídos. Magallanes se sacudió y aprestó su atención. La voz partía de algún rincón de las cámaras contiguas, venía mezclada, de pronto con silbidos y estruendo infernal. Fueron cesando estruendo y silbidos, el humano timbre fué clarificándose, hasta quedar resonando sola, pero tosca, torrencial, estentórea, la voz, que se metía a fuerza, como legión de demonios, por los oídos apacibles del augusto prisionero.....

—¡Son ellos!, exclamó él de pronto. ¡Los malditos!

La volcánica verborrea envolvió la persona toda del doctor como en un manto de fuego. El alma grande y serena se plegó de rubor ante sí misma, y los huesos se encogieron espantados de su propia consistencia. Los pulmones funcionaban con fu-

ria como excitados aventadores, y los nervios todos se sacudían como látigos que ahuyentan fantasmas detestables..... La visión del doctor se envolvió en sombras negras. Muebles y tapices se refundieron en un solo cuadro de infierno, vibrante frente a los ojos interiores del espíritu..... Y la voz, pertinaz, como un rugido incesante, seguía oradando las tinieblas interiores como una serpiente gigantesca que busca su presa, que la rodea, que la oprime, que la descoyunta, que mete sus fríos colmillejos sibilantes hasta el fondo del oído aterrorizado, que se escurre, rasposa, asquerosa, buscando entrada para morder la misma tela divina del alma estupefacta.....

Aquella pesadilla era respirada y vivida y sentida. Magallanes dió unos pasos agitados, vilentos. Y se dejó caer en un sillón de sombras, enajenado, enfurecido ante la conciencia de su actual impotencia.

La voz infernal, mientras tanto, lo llenaba todo. Sin trabas, sin lindes, dueña y soberbia, como torrente de volcán, corría y subía, y quemaba y llagaba, hería hasta las mismas distantes bombillas eléctricas que parpadeaban azoradas.....

Sólo Judas el traidor, sólo Lutero el apóstata, masticados y confundidos dentro de la bocaza abismática de Satán, con siglos de escuela de infierno, con resonancias prestadas por el mismo ángel maldito; en el centro lejanísimo del hervor de condenados, culebras del odio, áspides de la desesperación: sólo ellos podían inspirar aquella chorrera nauseabunda de blasfemias inefables.....

Magallanes, el hombre noble, cristiano y recto, se retorcía. Su alma pedía luz, pedía aire, pedía vida, desde el fondo de aquel mar estruendoso de todas las muertes. Y

del fondo del espíritu consumido y atormentado, como resuello de moribundo, lanzaba al cielo esta breve desesperante plegaria:

—¡Basta, Señor!, ¡Basta!

El escupitajo blasfemo de la voz insolente caía con despilfarro jactancioso sobre todo lo venerado, sobre todo lo divino. Los más dulces sentimientos de la piedad siempre respetable eran hechos trizas y arrojados al cieno de la burla soez. Las verdades inconmovibles sobre las que la razón y la fe sostienen el ritmo de los mundos, eran sacudidas con golpes de mazas hercúleas, hasta hacer tambolear los cimientos mismos de la patria. Los nombres más santos, los personajes más augustos sobre la tierra, eran villanamente dilacerados por el colmillo venenoso.

Aquella voz de averno tomaba matices

aún más sombríos. Se inchaba ahora como monstruo viperino, y en un arrastre volteriano, disparaba su baba contra Cristo..... Magallanes se envolvía en una ola de escalofrío. Esperaba de un momento a otro, como en Martinica, como en Sicilia, como en Pompeya y Herculano, la protesta de Dios, entre el fragor horrísono de una hecatombe.....

Pero la hecatombe tardaba; mientras tanto la voz infatigable continuaba bañando a Cristo, de piés a cabeza, con las salivas inmundas..... Todos los improperios de la flagelación, todas las mofas del Calvario, todas las burlas de Juliano el Apóstata, todos los chistes de Voltaire caen vertidos de un solo golpe, como saco de alimañas, contra el rostro pacientísimo de Cristo.....

¡Baldón eterno para "ellos"! ¡Pecado indeleble de los espíritus precitos! La ra-

diodifusora X. F. X. de la menguada Secretaría de Educación Pública, en sus 610 kilociclos, arrojaba sobre Méjico la tormenta de blasfemias de su famosa "hora antifanática".

—"¡Ese Cristo es mi bienhechor, y es mi Padre, y es mi Rey, y es mi Dios!, clamaba Magallanes con lágrimas en los ojos. De Él lo recibo todo y lo espero todo. A Él amo sobre todas las cosas. Millones de hermanos míos lo aman como yo, lo adoran como yo..... Esa voz ofende a Cristo, esa voz ofende a todo un pueblo..... ¡Esa voz augura la catástrofe! ¡Ay de nosotros, ay de Méjico, si el Cristo se va....! ¡Es preciso pues detenerlo, por nuestro bien, por el bien del país! ¡Es preciso, por tanto, ahogar esa voz; que es la voz desvergonzada de la revolución en su apogeo!"

La voz blasfema descansaba ya. Toma-

ba un poco de aliento ante el estupor de los mundos palpitantes. Una música de negros, sacudió en seguida el ambiente, coreó unas blasfemias, y abrió paso a los restantantes números del programa.

Entonces suave y cadenciosa, bien timbrada y fraseada, se escuchó la voz de una mujer..... ¡Gran Dios! ¡La mujer blasfema!

El fango de su femenino sacrilegio iba enderezado contra el espejo purísimo de la femenina santidad: !María!

Entre raros quebrantos del alma, bajo aquella declamación ignominiosa, Magallanes recordaba, por doloroso contraste, el acento femenino de su madre, tan firme y tan cristiana, en cuyo pecho él bebiera el amor a la Virgen Madre de Dios..... Y abatido. desjarretado, buscando en vano en su costado la empuñadura de la espada caba-

lleresca, sintió la necesidad del desagravio magnífico. Cayó de rodillas, y rezó, gallardamente, unciosamente:

—¡Dios te salve, María.... llena eres de gracia!

La mujer revolucionaria seguía increpando a la Mujer Divina. Los pajarillos del Tepeyac, las flores y los lampos de aquella mañana decembrina, en que Juan Diego, el indio descalzo y desnudo, saludó a María, eran convertidos por la nueva voz femenina en murciélagos y en lagartos de nocturnos aquelarres..... Y el nombre de la Virgen de Guadalupe, la que conquistó al indio con caricias de madre, a despecho del violento español; la que guió al aborigen por camino de cielo; la que un día, desde el estandarte de Hidalgo, congregó al pueblo enteramente hambriento de justicia y libertad, ella, la única vida y dulzura y esperanza de Méjico,

era estrujada y arañada por mano plebeya; insultada y baldonada con lengua de hetaíra, por una mujer menguada que hería, con el rictus de su blasfemia, el mismo acero del micrófono horrorizado.

Todavía un nuevo temblor se sumó al temblor de Magallanes, el hombre atormentado. No habían sido aún mordidos y triturados todos los milímetros de todas las fibras de su corazón de alto creyente y de profundo pensador. ¡Ahora echaba de ver que aquella voz femenina era el eco exacto y la reproducción fidelísima de una conocida voz....! La cadencia del verso, estropeamiento burdo de la majestad de la oda, le recordó, entre sombras, entre la balumba de recuerdos, un recital famoso en un teatro de su región..... ¡Aquella misma voz había vibrado ahí, en presencia de Obispos y de creyentes, en una solemne sesión de se-

rena y entusiasta Acción Católica.....! ¡Si era la misma voz! ¡La misma que él oyó en la secreta mansión del espíritu, cuando era una voz buena de un ángel que amaba....! ¡Era, gran Dios, la misma voz que él, ese día acababa de escuchar de labios de una mujer que imploraba ipócritamente su perdón, y que abatía humilde y resignada, su cabecita fragante, acurrucada con infantil sencillez sobre el taburete de la alcoba.....! ¡La mujer sacrílega, la mujer blasfema, era Adelina.....!

¡Ayer ángel, y hoy demonio! ¡Ayer plegaria, y hoy blasfemia! ¡Ayer amor, y odio ahora! ¡Un cielo ayer, frente al ideal bendito de la casta novia y de la esposa fiel; y hoy un infierno ante la realidad de la machona procaz, arrastrada hasta el fanatismo corruptor, por "ellas", ¡siempre ellos! por los hombres malditos de la revolución!

—¡Esto se acaba! ¡Esto se hunde! Herodes ha decretado la degollación de los inocentes. Esta es la finalidad específica de la revolución, cristalizada en el Partido Nacional Revolucionario, quíntaesenciada en la persona de Calles y de los callistas! ¡La escuela socialista, los camisas rojas, el artículo tercero, la cimitarra, el baldón, el estrangulamiento de la Patria! ¡Todo es lo mismo en el grupo de bandidos que asaltan a plena luz, toda la vida económica, política, social y espiritual de un pueblo....! ¿Dónde está, Señor, la piedra de molino para atarla al cuello de ese hombre y de esos hombres? ¿Dónde está el brazo fuerte que los precipite al fondo del mar...? ¡Luz, más luz! ¡Aire puro, aire incontaminado! Libertad, santa y progresista libertad! ¡eso pide la patria entera! Eso piden el campesino desepcionado, el obrero burlado, la madre y el padre

victimados, los humildes burócratas oprimidos, los mismos soldados inmolados por el capricho de unos cuantos..... ¡Justicia, libertad!: ¡eso piden los ciudadanos defraudados en sus esperanzas políticas, eso piden los dieciseis millones de católicos, apiñados en estoicas manifestaciones bajo la pistola del policía callista, o bajo el hacha, hoy profanada, del bombero! ¡Libertad para acercarse a Dios con la amplitud y la facilidad que brindó Jesús por su costado abierto en la cruz, eso es lo que piden esos hombres heróicos que se han lanzado al campo agreste de la defensa armada al grito inconfundible de "Viva Cristo Rey"!

Jadeaba el león cautivo. Se estremecía de piés a cabeza. Su rugido era la verdad. Su furor estaba plenamente justificado. A ese grito unánime de un pueblo católico soberano respondían ellos con la mueca inso-

lente del déspota, con la burla soez del apóstata. Y en sus manos ensangrentadas con los crímenes de veinte años, quedaba la máquina múltiple del parricidio nacional.

—"¡Ah! ¡Nosotros debemos vivir! afirmó Magallanes con espantosa convicción. ¡Méjico tiene que vivir! La nación y el pueblo tienen un derecho que ellos no le dieron, y que no viene de ellos, y que ellos nunca le pueden quitar. ¡La Patria vale más que Calles y que el puñado de sus incondicionales! ¡Hay que detener esa máquina que tritura a la Patria! ¡Hay que cortar el brazo que la mueve! ¡Hay que cegar la vida del que nos mata! ¡Hay que matar al que nos niega la vida!.... ¡Es menester que muera un hombre a fin de salvar a un pueblo entero....!"

Los últimos acordes de un himno grotesco a Cristo Rey, cantado por los camisas

rojas, coreó las últimas frases del férvido soliloquio.

Magallanes continuó, cada vez más pleno, a pesar de la boruca del radio infernal:

—"¡Calles....! ¡Garrido....! Tódos vosotros, altos jefes; vosotros, opresores locales de conciencias, diputadillos corifeos, lidercillos radicales del P. N. R..... aprovechados del fuero y de la impunidad.... ¡ay de vosotros el día que en que ese pueblo tan sumiso, tan piadoso, tan cristiano, se dé cuenta de que puede mataros sin hacer pecado....! ¡Mirad que a nosotros, a los católicos, nos estáis debiendo la vida! ¡Temblad, pigmeos! ¡Temblad ante este prisionero inerme y nulificado....! Si la Iglesia está muda y aherrojada; si la Liga Nacional Defensora de la Libertad, está deshechada, todavía hay fuego en este cerebro, para resucitar a esa Liga, para consolar a esa Igle-

sia, para romper el silencio, para iluminar a los victimados, y para decir a los cristianos resueltos y valientes: "¡Por aquí!...."

Los manes de Cuitlahuac y de Cuauhtemoc; de Hidalgo, de Morelos y de Iturbide,. acudieron presurosos a inclinarse ante aquel prisionero irreductible, de barba hirsuta, de ojos candentes, que, erecto, hecho un fuego de Dios, golpeándolas con su puño, increpaba las tinieblas.....

CAPITULO X.

APOTEGMAS Y FILOSOFIA

Las tiranías más poderosas tienen siempre sus puntos vulnerables.

Sobre la armadura de acero del gigante, la frente de Goliat está al descubierto.

A las fieras no se les reta: se les caza.

¡La puntería es el arte de las artes!

Un cazador con puntería vale por cientos de cañones y aeroplanos.

Lo que no hace un ejército entero lo hacen las piedrecillas de David.

Dejar con vida a una fiera es ser cómplice de la carnicería.

Todos los pueblos premian la matanza de animales ponzoñosos.

Las operaciones quirúrgicas son buenas. Se corta la parte dañada y se extrae. El enfermo se recobra. La parte dañada y dañoso se pudre.

Sólo los ignaros critican al quirurgo.

Un tirano obstinado es como la sal corrompida. Hay que echarla fuera para que los seres racionales la pisoteen.

La buena estrategia dispara sobre la cabeza o sobre el corazón.

Las puntas de los dedos no suelen ser regiones mortales. Se desperdicia el plomo y la sangre. La fiera cojea, pero permanece en pié.

Es dote del buen soldado, en todo encuentro armado, tirar sobre los jefes enemigos.

La cabeza de Holofernes bastó para la liberación de Betulia.

La muerte del cabecilla significa la dispersión de la horda.

La muerte del tirano supremo es la suspensión de mil tiranía derivadas.

"Me parece razonable que una sola muerte salve muchas vidas": así habló Diego Laínez, el padre Cid.

En las guerras contra la tiranía, todos los oprimidos son soldados.

La guerra contra la tirania es la defensa contra el injusto agresor.

La víctima que muerde el brazo, repele la agresión de la mano.

La víctima que derriba al soldado, se defiende contra la agresión del fusil.

La agresión de las manos proviene de la cabeza que comanda.

Mientras los piés y las manos pegan injustamente, la cabeza es agresora en acto.

Es agresor injusto el soldado del tirano.

Pero lo es más el jefe de ese soldado.

Y el jefe máximo de una tiranía, es, consecuentemente, el máximo injusto agresor.

El heróico Toral es un personaje intachable de piés a cabeza.

¡No ofendió a Dios ni ofendió a la Patria!

No lo aconsejó la intrépida Madre Conchita; lo inspiró un pueblo entero.

Su heroísmo no fué un triunfo; pero fué una lección.

Ante esa lección ¿por qué han callado los moralistas?

Porque se "comprometen" encontrándose con la verdad.

La verdad cristiana prefiere la libertad sana de un pueblo a la vida de los opresores.

El pecado de los sacerdotes de Méjico no ha sido el fomentar revoluciones.

Su pecado ha sido atar de piés y manos a los católicos, y tenderlos así a los piés del tirano.

Calles y su comparsa le deben la vida al clero mejicano.

El clero mejicano debe expiar esa falta. Quizá por ella hoy sufre el despojo y el ostracismo.

Hace años que los católicos debían haber estudiado la doctrina sobre el tiranicidio.

Hace años que los sacerdotes debían saber decir cuándo es lícito matar a un tirano.

No caerían así a cada minuto, en el error fatal de prohibir melindrosamente lo que la moral cristiana autoriza.

¡Mentira! ¡Los tiranos de Méjico no pueden escudarse tras el Concilio de Constanza!

!La Iglesia nunca los ha declarado absolutos!

¡Dios nunca los ha constituido intangibles!



Todos estos principios incontrovertibles, incontrastables, evidentes como axiomas matemáticos, quedaron estereotipados en el alma del Doctor Magallanes tras una candente meditación de largas horas.

—¡Eureka!, exclamó resucitando. Mi misión es revelar a los luchadores católicos el secreto de la GUERRA SINTETICA. !A menor fuerza, mayor táctica! ¡Pocas armas, pero certeras! ¡Mínimo de gasto y máximo de eficiencia.

La noche bien entrada lo envolvía todo. Magallanes buscó a tientas el botón de la electricidad, preguntándose mientras tanto:

—¿Por qué los pueblos aclaman unánimes la occisión de un tirano insoportable?

Porque en la conciencia humana está el derecho de defensa contra el hombre que asesina a los pueblos.

Oprimió el botón. En que linda media luz quedó envuelta la figura del atleta del espíritu. La lujosa alcoba socialista se transformaba en una caricia sedante para el alma enferma y fatigada..... Una tenue claridad opalina de fuentes escondidas en lo alto del friso, rozaba la comba suave del cielo estucado, y caía, mansa y apacible, como una voz en secreto, sobre mesas y almohadones, sobre lecho y cortinajes..... El mullido sofá, apoltronado, se tendía en la penumbra, audaz y provocativo..... Lujo oriental, exclusivo en Méjico de los redentores socialistas que redimen robando y matando.....

Magallanes paseaba lenta y meditativamente, sobre la alfombra muelle y acogedo-

ra..... El marcado ceño de su frente, su espíritu, postrado, exhausto ante la ágria desolación de la desgracia mejicana, comenzó a sosegar entrando en la tranquila vereda de nuevas reflexiones más prácticas.....

Quitóse, limpió y dejó sobre la mesilla, los anteojos inútiles. Y entró a solazarse de nuevo en el campo abierto de sus planes formidables.

—"¡Veamos!, exlamaba. Frente a un pueblo entero, unos cuantos audaces preparan, y realizan, y consuman la obra de muerte para todo un país. Es un hecho que nuestra defensa armada está justificada. Los chismorreos sobre la desaprobación pontificia han quedado nulificados. L'OSSERVATORE ROMANO, el 30 de noviembre de 1934, se deshace en elogios sobre las Escenas Históricas Mejicanas, de los Cristeros de Colima, los llama "Cruzados de Cristo

Rey'', y recomienda la lectura de esa obra a toda la Acción Católica de Italia, para que se ''eduque en esta escuela del heroísmo y del martirio''. Más si nuestra acción armada está plenamente justificada ante Dios, ante la Iglesia y ante el mundo católico, es también un hecho que nuestro avance hasta hoy es tardío. Y mientras tanto, la rüina integral se adelanta. Hay pues que activar nuestra defensa. El remedio no es abandonarla; el remedio es vigorizarla. Vigorizarla es perfeccionar su eficiencia. Y para esto el remedio más concreto, legítimo y eficaz, por lo menos en el actual período del escombramiento, es este: tirar a la cabeza de la tiranía, tirar a la cabeza de los tiranos. Este sistema es estratégico, si lo vemos desde el punto de vista militar. Es eficaz, desde el punto de vista práctico. Es hasta piadoso, desde el punto de vista mo-

ral, porque puestos en una guerra moral justísima, es piadoso el perdonar la vida a tantos soldados irresponsables, dando la muerte a quien los lanza a la batalla contra nosotros.... Analicemos exactamente quienes son los jefes propiamente dichos de la persecución que nos azuela, señalemos sus nombres, ponderemos sus hechos, los males que seguirían ocasionando; calculemos la aceleración creciente de sus dañinas actividades; consultemos sus documentos públicos, sus proclamas, la consigna de los puestos de que se jactan, los manifiestos de su partido; clasifiquémoslos como más culpables y más nocivos que los soldados de fusil y defendamos mejor al país, enderezando sobre ellos los fuegos de nuestra defensa..... Si hemos cometido la locura heroica de lanzarnos a una lucha contra treinta mil soldados, concentremos nuestras miras en el reducido

número de comodinos fantoches, y cobardes plutócratas, en cuyas manos criminales y enguantadas están todos nuestros bienes y honras, todas nuestras vidas y personas. Hoy son ya más numerosos que ayer. Es cierto. Han crecido de día en día. Los que ayer eran tentáculos, hoy son ya cabezas. Eso no quita la necesidad ni la eficacia de la acción; antes abona la urgencia del problema. Y ya que nos estamos batiendo con los tentáculos, prefiramos triturar a las cabezas..... La escuela socialista es la hija específica de la Revolución. Es su bandera y nuestra antibandera. La escuela socialista es el más preciso augurio de la horrenda catástrofe que se acerca. Los que hoy nos hieren y nos matan bajo el pretexto de la escuela socialista, los que hoy invaden tan canallescamente la conciencia de nuestros niños y los derechos de nuestros padres, ya

preparan el comunismo integral y las leperadas públicas del amor libre..... La pendiente es ya muy inclinada. Y ellos no encuentran ningún dique. Es pues la escuela socialista el actual indicador del enemigo cogido en sus alturas. Dejemos al soldado ignorante, que es otra víctima, y vayamos al revolucionario que se jacta de machacarnos la máquina multiforme de su enseñanza socialista..... Y cuando descubramos que hay un hombre que dice: "Yo excito a todos los Gobiernos de la República, a todas las autoridades, a todos los elementos revolucionarios, a que vayamos al terreno que sea necesario ir, porque la niñez y la juventud deben pertenecer a la Revolución", reconozcamos en ese hombre, y en sus falderos lugartenientes y ayudantes, a los jefes de la tiranía, a los culpables de la persecución, los causantes de la ruina nacional, los bur-

ladores de nuestros obreros y campesinos, los jefes de nuestros enemigos, y por tanto, los que deben ser suprimidos sin miramientos, llámense jefes máximos, o ministros de estado, o simples achichinques esculeros.... Un terror debe oponerse a otro terror. Nosotros los ciudadanos católicos no tenemos ya nada qué perder, y por eso apelamos con sangre fría, al último legítimo recurso: la GUERRA SINTETICA..... Ellos le llamarán un crimen. ¡No importa! Al enemigo no se le va a consultar sobre la cualidad de las propias armas. Algunos de los no enemigos se azorarán; ¡no importa: sus azoramientos no nos han dado la libertad, ni nos quitarán el brío para arrebatarla! Algunos escrupulosos dirán "¡Es pecado!" Nosotros respondemos: "¡Mentira, mentira, mentira!" Otros temerán el desprestigio ante las naciones extranjeras..... Las naciones

extranjeras no nos han tendido la mano, nos dejan abandonados a nuestra propia desgracia; muy poco nos importan las naciones extranjeras. Cuando esas naciones vean caer, obedeciendo a una causa común y concorde, a los jefes perseguidores, a gobernadores quema-iglesias, a los ministros de camisas rojas, a los que ordenan degüellos y fusilamientos a mansalva, a los corruptores de los niños; cuando vean que el pueblo mejicano ha tenido que recurrir al golpe audaz y privado, y que las víctimas no son simples soldados que no implican problema militar ninguno, sino personajes de campanillas y de condumios internacionales, entonces las duras naciones extranjeras comprenderán que Calles y los callistas les contaban la más burda mentira cuando tapaban nuestra angustia con la

frase descocada de "Méjico es un pueblo feliz".

Magallanes cayó. Su misión estaba perfectamente definida.

CAPITULO XI.

EL "VIAJE QUINTO"

El calvo larguirucho Mambrú Ochoterena no andaba tan descaminado.

En una butaca de la Sala de Banderas, del "Cuartel Hermenegildo Galeana", de la ciudad de Méjico, fumaba cigarro tras cigarro, cruzaba y descruzaba la pierna longitudinal, y dibujaba, nervioso, en su amarillenta cara, una perenne sonrisota que descubría la rueda catarina de sus dientes largos, uniformes y macizos..... Era el intelectual de la pacota, el mentor de los idiotas el consejero rabioso que, sin los racioci-

nios de Magallanes, de tiempo atras llevaba la verdadera GUERRA SINTETICA contra los católicos, acogotando líderes verdaderos y líderes probables con sólo dar su opinión preponderante ante cualquier general de primera línea.

Ahí estaban aquella noche hundidos en silencio estúpido los Jefes de la Zona, pendientes de la baba de Ochoterena, confiando más en las "madrugadas" que éste sugería, que las expediciones militares simpre fracasadas.

En un rincón, en su nicho de vidrio, la pobre bandera mejicana se escurría como pollo mojado, temerosa de caer desmayada ante la sentencia de aquellos matones consuetudinarios.

Desde su retrato, infaltable en todo despacho de comandante, el Presidente Cárdenas, mandadero de Calles y del Partido

Nacional Revolucionario, volteaba los ojos para el otro lado, para disimular las exacciones que en su barba lampiña cometían los que estaban bajo sus órdenes.

A unos cuantos pasos, afuera de la sala, los soldados dormitaban sobre las duras piedras, abrazados con sus respectivas "viejas", mientras recibían órdenes o de matar indefensos católicos, o de ir a que lo mataran los católicos armados.

Allá afuera, en la calle, se aburrían de soledad y de sueño dos o tres lujosos automóviles.

Eran bien pasadas las once de la noche.

—Pues digan ustedes, señores, exclamaba Ochoterena rehílando su discurso, ¿qué hacemos con este señor Magallanes?

—Pues, hombre, respondía un general; no ha dado todavía color de alzado, ni siquiera de líder católico, para apagarlo como los otros.....

Estos "otros" eran el estado mayor de la Liga Nacional Defensora de la Libertad que se habían consumido ya en el horno crematorio de Dolores.

—Pues para mí, observó el Licenciado Ochoterena, cruzando y descruzando una vez más el kilómetro de su pierna, ese hombre es una amenaza más grande que diez mil cristeros armados..... Puede ser que me engañe; pero en estos casos, como decía mi profesor de moral, PARS TUTIOR EST SEQUENDA.

—Tradúzcales el latinajo, licenciado, interrumpió el tinterillo.

—Hombre, hay que optar por laparte más segura.. ¿No vez que yo fuí seminarista?

—Ja, ja, ja..... ¡y acabó en comecuras!

—¡Acabé en comecuras!, repitió Ochoterena. ¿Qué tal irán a salir mis chamacos de la escuela socialista?

—¿Y cuál es aquí lo más seguro?, preguntó otro general cortando digresiones.

—Pues dar al amigo ese su "viaje quinto", respondió el otro pisaverde, luciendo el término de la jerga masónica.

—¡Miren ustedes!, continuó Ochoterena con énfasis: (Los generales se adelantaron hasta quedar con la rabadilla sobre el filo del asiento): les diré a ustedes en confianza: tenemos tan retorcido el pescuezo a los católicos, que ya espero yo de un momento a otro una revancha de desesperados.... Hasta ahora, no cabe duda, siguen siendo los pazguatos de siempre; pero como INTELECTUS "APRETATUS" DISCURRIT.

—Traducción al canto, interrumpió alguien.

—El entendimiento apretado discurre lo que nunca discurrió, tradujo el badulaque civil, que ya había oído muchas veces lo mismo a Ochoterena.

Ochoterena prosiguió:

—Los tenemos, digo tan bien atornillados a los católicos que de un momento a otro se nos enfurecen y ni las manos metemos.... Donde estos mansos cristianos dén por ejemplo (¿No me oye nadie?), dén con la doctrina del tiranicidio, imagínense lo que harían con todos nosotros, sobre todo, con los directores intelectuales de la Revolución..... Y en que trapos de jeringa nos veríamos cuando en toda la periferia de la fanática república cundiera la noticia de que no es pecado liquidarnos por el camino más corto.....

—¿Y por qué han de descubrir eso ahora, si no lo han descubierto antes.....?

—Por lo que le digo: un arranque de desesperación.... Yo me imagino que a estas horas, todos los cristeros, los de las montañas y los de las ciudades, nomás están

cavilando sobre cuál será la manera más práctica de cenarnos. Por estas razones, este amigo Magallanes me parece altamente sospechoso.....

—A ver, a ver, dijo uno de los jefes, limpiándose con un paliacate la baba que se le iba cayendo.

Ochoterena, envanecido por el interés que despertaba continuó:

—Hace dos o tres meses no se me despega una pesadilla y siempre la misma. Se me figura que un cristero se escurre de los Volcanes, se mete a mi casa y me ahoga con mi propia almohada, como ahogaron a Tiberio. Esta pesadilla, se las aplico a todos mis colegas de la revolución..... Hoy viene este amigo. Se ve luego que es un pensador, y de esos calmados. Que es católico, es evidente; que es enemigo nuestro, lo ha manifestado. Pero lo que más me in-

tranquiliza es que es un fraile, es un monje que tiene la ocurrencia de dejar su convento y venirse a meter en donde estamos ahorcando a los frailes. ¿No les parece extraño a ustedes?

—Pero dice que se salió del convento, observó un militar, queriendo provocar la lavia de Ochoterena.

—¡Claro! Se salió, porque no podía entrar a Méjico a bordo del convento.... Pero el espíritu de fraile lo trae con toda seguridad, y ya se le vé a leguas, no se le asusta con nada.

—¿Y esa es toda la amenaza que usted vé en él?

—¡No! No he llegado a lo mero bueno. La historia es maestra de la vida, y, sobre todo, de la vida política. Y con este amigo recuerdo yo a otro monje que hizo un viaje en condiciones idécticas a éste, allá en el siglo XVI.

—¿Qué monje?

—Se llamaba Jocobo Clemente. Era fraile dominico.

—¿Y qué hizo?

—¡Friolera! Se salió del convento para ir a matar en su lecho a Enrique III de Francia que tenía azorrillados a los católicos.

—¡Apale!, dijeron a coro los militares.

—Oyó en clase de teología la explicación de la doctrina sobre el tiranicidio. Y no esperó más, ni consultó más, ni pensó más. ¡Fué y mató al rey!

Un silencio profundo en la sala de banderas. Un secreto terror. Una temerosa ojeada de soslayo por cada uno de los coloquiantes. Sólo la desairada bandera permanecía erguida, untada a su asta, esperando el momento de los revuelos heróicos... La figura de Toral se dibujó con perfiles

sombríos en la fantasía de los asistentes al nocturno conciliábulo.

La coincidencia histórica era exacta: Enrique III de Francia también había engañado a los católicos confiados en promesas, también había traicionado a los líderes, tambien había renovado la persecución.

—Tiene razón el licenciado, dijo uno de los militares.

—¿Le parece entonces, preguntó otro, que a ese amigo conviene "empacarlo"?

—¡Claro que conviene!, respondió Ochoterena, levantándose nerviosamente triunfante de su asiento. ¡El viaje quinto, sí, el viaje quinto!

—¡Pues ya está!, acordó uno de los soldadones.

—¡Pues sí!, corroboraron los otros.

Y todos quedaron callados.

—¡Qué barbaridad!, saltó de pronto

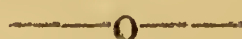
Ochoterena. Son ya las doce y media, y quedé de ir al baile del Casino Español. ¡Conque en eso quedamos!: el viaje quinto. ¿Usted no viene general?

—¿Adónde, al "viaje quinto"?

—¡Ja, ja, ja! No; al baile de los españoles.

—A ver si más tarde.

—¡Bueno! ¡Que la pasen buena....!



El choque de la gasolina que se incendia. El estrépito de un automóvil que arranca.

A lo largo de la calle, alejándose, una lucecilla roja, roja como una mancha de sangre.....

CAPITULO XII.

DALILA

Adelina se incorporó en el lecho, y aprestó el oído. Echó fuera el grácil remo de su pierna envuelta en tibias sedas de pijama perfumada, y dió sobre la alfombra de la alcoba, tres pasos descalcita.

Abrió el "chifforobe" del falso marido. Se estrelló contra el tieso "tuxude" que esperaba el busto de Ochoterena. Hizo un mohín de contrariedad. Repasó lo andado, volvió a tirarse en la cama calientita, y dijo al sueño: ¡adelante!

A los cinco minutos entraba Mambrú.

La contempló: dormida; el brazo desnudo oprimido por la mejilla; el pecho en rítmico vaivén; los párpados caídos; los labios entreabiertos.....

Cogió Ochoterena el traje de etiqueta, y sin pizca de recato, se mudó la vestimenta, dejando en el mullido canapé saco y bragas despatarringados, silueta de borracho en plena vía pública. Se peripuso como su piedad mundana se lo dictara, se abrigó, y salió por donde había entrado.....

Salido que hubo Mambrú Ochoterena, Adelina, la dormida, abrió un ojo, y luego el otro, dobló el pescuecillo y giró la vista en torno. A la tenue luz de la veladora contempló los despojos del danzante: un zapato apuntando al Norte y otro al Sur, la camisa arrastrando un puño por el suelo, dos o tres pares de calcetines a medio camino.....

El rico relojito de Buda señalaba la una de la madrugada.

Adelina se levantó de nuevo, ágil, vibrante. Se acercó a la luna del peinador. En dos manotazos se retocó cejas, crenchas y labios. Ladeó de otro zarpazo el coquetón gorro de dormir. Por un sentimiento de hipócrita pudor echó sobre su busto un tenue salto-de-cama, y salió decidida de la alcoba.....

—El ha oído mi número, se decía, y no quiero que me crea peor de lo que soy..... ¡No, no he caído tan abajo....! ¡que él lo sepa, que él lo sepa! Yo no soy socialista ni camisa roja; soy una desdichada que tengo que "trabajar para comer"..... Que él lo comprenda, que todo consiste en recitar lo que me ponen, que me choca todo eso, que yo los aborrezco a ellos, y a Ochoterena, que sigo en el fondo tan católica como era, que

me perdone, que me perdone él, y la Virgen de Guadalupe.....

Cruzó un pasillo alfombrado y llegó a la antecámara de la prisión. El centinela se la quedó mirando a través de un bostezo.... Ella levantó la cortina, y apareció como visión en la alcoba del noble prisionero.

¡Magallanes estaba ahí! Soberviamente majestuoso, sentado a una mesa, con la fecunda cabeza pensadora envuelta en ambas manos. Meditaba. Planéaba. Fraguaba, con toda la audacia absurda de su evidente impotencia.

Adelina, al mirarlo en aquella no esperada apostura, quedó suspensa, casi contrariada..... La suave penumbra envolvía la escena en un efluvio misterioso: misterio en el cerebro del varón enérgico, misterio en las formas y en el alma de la mujer extática.....

La hora, la soledad, el mobiliario, el ambiente suavemente perfumado por aquel pebetero femenino: todo contribuía a estremecer el cuerpo y el espíritu de quien presenciara la escena.....

Magallanes laboraba. Su idea madre, su obsesión estaba enfocada sin vacilaciones, sin desviaciones sobre aquel punto único: la vida de la patria está en la muerte de los tiranos. Todas sus rebeldías enhiestas, todas sus audacias filosóficas, todas sus teorías militares, todas sus decepciones estratégicas; todos sus pensamientos sociológicos, sus doctrinas económicas, sus conocimientos históricos, su instrucción religiosa, su preparación técnica de médico, sus ímpetus de luchador, sus generosidades de novicio, su abnegación de franciscano; toda la tripulación de su espíritu se concentraba, convergía sobre aquel objetivo, sobre aquel

postulado urgente, inaplazable, indispensable para la salvación decisiva: la libertad de Méjico por la muerte de sus tiranos.

Aguijoneado, poseído por aquel pensamiento conductor, arma decisiva en su numen, para la liberación del puoblo católico de Méjico, Magallanes escarbaba despiadadamente en su cerebro, rehaciendo la historia del mundo con un esfuerzo de memoria colosal, para remachar su pensamiento inexorable con el aplauso de los pueblos remotos.

Desconectado de su condición y momento presentes, hundido ávidamente en el suculento manjar de la ciencia histórica, era ser impermeable al hálito femenino que le buscaba, al perfume enervante que Adelina para él exhalaba, a la amenazante caricia subitánea de los brazos desnudos voluptuosos, al cosquilleo mareante de los rizos fragantes humillados.

¡No la visión suave y turbadora de la mujer siempre peligrosa! Magallanes, en la pantalla de su cerebro, contemplaba algo muy diverso: contemplaba la dureza fisonómica de muy distintos personajes..... Contemplaba la galería convincente de SUS HEROES, el desfile persuasivo de la audacia abnegada y resuelta, encarnada en los hombres que han librado a su patria del peso de los tiranos..... El inmóvil prisionero palpaba en su absorta contemplación, el aplauso unánime de los pueblos y de la historia, rendido por un sentimiento instintivo y connatural, a los hombres triunfantes o fracasados, que así reprimían la tiránica voracidad.

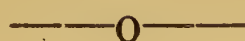
—"¿Por qué razón, preguntábale imponente el interno mentor de su espíritu; por qué razón Quereas fué celebrado como héroe y libertador? Porque logró matar a Cayo el horrendo. ¿Por qué Esteban fué hon-

ra de su pueblo? Por que puso fin a la vida de Domiciano el insufrible. ¿Y el yerno de Marcial, por qué se agiganta ante los romanos? Porque mata a Caracalla el feroz. ¿Y aquellos guardias pretorianos, por qué son aclamados por el pueblo? Porque matan a Heliogábalo..... ¡Ah! ¡Las patrias tienen el instinto de agradecer a quien las libera de los hombres malditos!"

Las sienes de Magallanes palpitaban son furia. Su alma se solazaba con el plebiscito histórico en favor de su ideal. Adelina mientras tanto, sentía temor ante la inmovilidad externa de aquel hombre. Le parecía que estaba muerto.

—"¡Ah!, terminaba para sí el invicto razonador. No soy un loco, no soy un irracional que abortó una idea descabellada. ¡No! Esto mismo que yo pienso, esto ha pensado la humanidad. Estoy amparado

por el sentir común: ¡Mi idea es buena!



Para Adelina la angustiada, la culpable, la impaciente, aquellas reflexiones valían un comino. Por los ojos de lince, abiertos a borbotones, a efecto de la propia turbación interior, sólo se entraba la figura de palo, sedante, inmóvil, fría, seca, petrificada. Ella también reflexionaba y hablaba con su yo interior.

—"¡Maldita Circasiana!.... Dejó puesto el radio, y él lo oyó todo, me oyó a mí.... ¡Es preciso que me perdone! ¡Amarme, no! ¡Pero que no me crea una....! ¡Yo no soy apóstata! ¡Yo no soy blasfema! ¡Fué un compromiso, un aprieto en que me ví!..... ¡Que él sepa, que él lo entienda!.... ¡Me urge no caer tan abajo en su desprecio....!"

Suave, felina, cobijada por la penum-

bra, en la nocturna hora romántica, Adelina dió un paso, y se atrevió a romper el silencio:

—¡Rodolfo!, pronunció con la voz temblorosa, enronquecida.....

Magallanes se extremeció, y se puso en pié de un salto, como una fiera asaeteada. Todas sus excitaciones le mantenían en violencia, en suprema tensión. El recuerdo de la mujer amada, pervertida hasta la blasfemia, tutoreaba sus mismas reflexiones audaces, y se mantenía en la flor de los labios de su espíritu. Agitado por la voz, estallaba:

—¡Mujer! ¡Demoniol ¿Qué quieres?

—Quiero que me oigas, Rodolfo.

—Ya te he oído.... Estás lucida. ¡Sigue tu camino de infierno!

—¡No! No me hables así. ¡Tenme lástima, Rodolfo! ¡Al menos tú, tenme lástima.....!

—¡Habla!, interrumpió Magallanes deferente, autoritativo, clavando la mirada sobre la alfombra.

—¡Rodolfo!, musitó ella, sé que estás horrorizado de mí, y, al parecer, lo merezco; pero, ¡óyeme!: yo nunca dije eso de corazón..... Yo interiormente le pedía perdón a la Virgen de Guadalupe, ella sabe que yo soy muy desgraciada.....

Adelina inclinó la cabeza, dió paso a un sollozo, corrió hacia la cama, se tiró en ella y rompió a llorar amargamente.....

La mujer tiene una arma formidable: sus lágrimas. El hombre más reseco tiene un punto vulnerable: la compasión. Hacer llorar a una mujer es cobardía. Dejar llorar a una mujer es crueldad. La caricia más santa es la que se hace a un ser dolorido. El abrazo más casto es el que se dá a una cabecita llorosa. Flores de caridad son

las manos cuando suavizan las mejillas húmedas. Y santos son los besos sobre las pestañas empapadas..... La compasión del hombre es llave legítima de todas las ternuras.

Las lágrimas femeninas son monedas que compran todas las virilidades. Son saetas que ciegan a los fuertes; son espadas que derrumban a los gigantes.

Firma del amor son las lágrimas: cuando se ama, se sufre; cuando se sufre, se llora.

La mujer sabe todo esto.

Por eso Magdalena lloró mucho a los piés del Maestro; porque amaba mucho.

Y sus lágrimas le merecieron el perdón.

En el recto corazón varonil de Rodolfo Magallanes fumigaron, como incienso, estas consideraciones.

Magallanes tocado, turbado, momentá-

neamente arrancado de su feroz y rudo pensar libertario, de su terrible galería de tiranicidios legitimados y profícuos, cayó mansamente, como cisne que se posa, sobre el plácido lago encantado de su buen corazón... Y dió un paso..... ¡Un paso fatal: hacia Adelina, hacia el abismo!

La maldita mujer estaba fenomenalmente propicia y tentadora. Su cuerpo y su espíritu, con claras voces parecían decir: ¡poséeme! Tronchado el pezcuecillo como tallo de flor marchita; vibrante y elástico, palpitante y tembloroso el modelado cuerpecillo yaciente, ya despojado de la mantilla que cubriera sus hombros.....

Magallanes no veía esto, no sentía eso. Su espíritu superior sacudía como con un aletazo, el aspecto concupiscente de la escena, y revestido, y pertrechado tras un impulso todo caridad y todo compasión, arries-

gaba su inmunidad hasta la caricia no premeditada.....

Y se acercó. Dió otro paso más sobre el plano inclinado, y luego, sentándose en el borde de la cama, se entró ya en la pendiente casi vertical que conduce a la sepultura grotesca de los héroes.....

Adelina aspiró con toda la fruición de sus ansias el olor y el sabor de aquella mano ya tan alejada, que ahora le peinaba los rizos y le tocaba la frente. Sintió el nudo del brazo potente que le rodeaba el busto, oprimiéndolo con una mesura y delicadeza extrañas. Sumergióse en un piélago de felicidad, augurio de triunfo y de posesión, y buscó suave arrimo y acomodo, reclinando su cabecita sobre el pecho de Magallanes, ya medio echado sobre aquel lecho de agonía.....

Ella fué la que le habló. Un tiro a dis-

tancia. Mitad admiración, mitad provocación.

—Rodolfo, ¿por qué te desvelas tanto?

—Porque tengo que pensar mucho.

—¿En qué pensabas, amor? ¿Ya nunca piensas en mí? ¿Ya no me volverás nunca a querer?

Diciendo esto, Adelina alargó el brazo y cogió la cabeza de Magallanes, atrayéndola tierna y enérgicamente hacia sí.

¡Y besó ardientemente las sienes del hombre augusto.....!

El hombre se estremeció de piés a cabeza. Todas las jarcias del espíritu y las de la materia se sacudieron como al golpe de un aquilón. Y en el fondo del turbado pecho de Magallanes, brilló de improviso un relámpago, que iluminó vivísimamente los detalles y relieves de aquella situación.

Y Magallanes, con clarividencia de pro-

feta, al fulgor del relámpago interior, miró en el fondo de aquel abismo los agrios peñascos negros del despeñadero de los dioses....

Aquel beso de prostituta vergonzante, plantado en las sienes pensadoras, operó en él una reacción completa..... ¡Era el beso de Dálila sobre la frente de Sansón: era la segur ciñendo la base de un cedro de Líbano!

Magallanes, al golpe de la gracia de Dios, presintió la derrota vergonzosa, completa, irreparable. Su dignidad de hombre de carácter, su continencia esmeradamente custodiada, sus ideales de empedernido luchador, la libertad misma de su patria: todo rodaba a los abismos.....

—¡Dios mío! pensó en la rapidez de un segundo. ¡Qué fácil es caer, y qué fatal caer en el momento en que quizá voy a morir!

Inmediatamente, fiel a la altivez de su espíritu, retiró la cabeza de Adelina, la posó delicadamente sobre la almohada, y se puso de pié.

Adelina se alarmó. Se incorporó.

—¿Qué tienes?

—¡Nada!, respondió muy entero Magallanes.

Y con una sequedad espantosa, añadió:

—¡Puedes retirarte!

Adelina se sintió herida en la parte más sensible de su amor propio. La suprema vergüenza de su fracasada intentona le quemaba las entrañas, se levantó con rabiosa prisa, y despojada ya de toda delicadeza, lanzó una furibunda mirada sobre Magallanes frío e impertérrito, y le echó al rostro, como un escupitajo esta solemne despedida:

—¡Vete pues al demonio, tú, Y TU CRISTO REY, Y TU VIRGEN DE GUADALUPE.....!

Y salió.

CAPITULO XIII

HACELDAMA

El ciudadano mejicano vive con la vida prestada. Cada minuto que pasa lo agradece como una misericordia.

Cuando en Méjico no hay motín o asonada, o cuartelazo o pronunciamiento, hay atracos, ejecuciones clandestinas, o albazos de "camisas rojas".

El obrero está a merced de huelguistas o esquiroles. El campesino está amenazado por el agrarista, y el agrarista por los líderes agrarios. El sacerdote vive sentenciado a muerte, y el católico, si es de acción, ya se cuenta en ultratumba.

Los mismos revolucionarios del gobierno saben que la vida es corta. En cualquier bifurcación de la marcha revolucionaria, quedan entre los opositores. Patalean, y son fusilados. De candidato presidencial a hombre muerto no hay más distancia que el grueso del paredón. Los mozos de los restoranes son castigados con un balazo, si no sirven bien una copa de champaña. Y hasta los médicos han caído muertos en una sala de operaciones bajo el ímpetu de un general revolucionario. Los escaños del Congreso están perforados por las balas, y manchados con sangre diputeril.....

Pancho Villa, cuando la revolución estaba en pañales, mataba en Torreón al hombre que bebía vino sin su permiso. Ya madura la revolución, Regino González, en Jalisco, fusila a los que llevan niños a bautizarse.

El General Sánchez pasea por las calles

de Zacatecas llevando por los cabellos dos cabezas cortadas de campesinos católicos: es la expresión gráfica de lo que es la vida del pueblo en la infortunada nación.

Las mujeres colgadas en la Calzada de Piedra Lisa, de Colima, dán el dato preciso de la actualidad de la matanza.

Los mismos gobiernistas que retratan el asesinato del Padre Pro, y el del Padre Vera revestido de los ornamentos sacerdotales; ellos mismos retratan un tendido de muertos, setenta y tantos, hechos en una aprehensión colectiva de campesinos fieles.

Sólo los altos jefes de esa revolución medéica permanecen intangibles. Para ellos no ha habido una bala justiciera. Para ellos no ha surgido el ejecutor armado por un pueblo.

Por eso siguen matando; porque continúan viviendo. Mueren sus amigos y sus

enemigos; mueren sus víctimas y mueren sus soldados: sólo ellos viven, regodeándose, en medio del cementerio de la patria.

Perpetuada la historia contemporánea en un baño de sangre, nadie mejor que un católico de acción, o de cerebro, o de lucha, sabe que la muerte le asedia. Y vive inmolado y sacrificado de antemano.

Y cuando está en la prisión, funda todo su optimismo, no en las esperanzas de influencias y de bondades revolucionarias; sino en la convicción de que hay una gloria eterna abierta para las víctimas católicas.

Por eso a Magallanes no le extrañó la nueva visita. Eran las dos de la madrugada. Treinta minutos antes, Adelina lo besaba. Ahora el centinela era quien entraba en la alcoba de alfombra mullida, y le decía:

—¡Qué venga p'acá!

Magallanes obedece.

Del misterio a la incógnita. Luego al abismo.

Otros dos guardias le esperan en la antesala. En el lujoso corredor pavimentado con primorosos mosaicos, los pajarillos duermen en jaulas cubiertas con telas. Los helechos cuelgan protegidos con campanas de cristal. Magallanes comprende que en aquella casona de aristócratas revolucionarios y de próceres plebeyos queda prendido un girón de su propia novela, entre las pijamas azul tierno de Adelina y entre los rizos de oro popular de Circasiana.

Nadie observa su salida. ¡Nadie! Por vestíbulos y zaguanes, la soledad augusta le rodea. La indiferencia de la patria está sentada en las tiendas cerradas y en las fondas abiertas de la calle. Por ahí cerca hay baile. Se oye la música. Se oyen los gritos.

Enfrente del caserón, como un enorme ataúd abierto, espera un camión con las cortinas negras echadas.

Magallanes recibe la orden de subir. Tras él suben sus custodios. En los asientos interiores toca rodillas, tropieza con fusiles. El carro está completo.

—¡Dale¡, dice una voz ronca.

El chofer enciende el motor, y el aparato se pone en marcha. Las calles solitarias arrojan sobre la fúnebre carroza los guiñapos de sus sombras. Los fanales del monstruo, como dos estoques, perforan las tinieblas. En las veloces vueltas de las esquinas barren puestos, y postes, y ventanas con un fuego de ráfaga horizontal.

El silencio del sepulcro se anticipa en el interior del vehículo. Los sacudimientos de las muelles equilibran el desconcierto de los espíritus. Nadie conoce a nadie. Las

siluetas negras se confunden en una sola bocanada de tiniebla. Se respira un aire sofocado de terror. Los piés se hielan Las rodillas chocan. ¿Son los apretujones? ¿Es el temblor involuntario? Es el frío de la muerte?

Magallanes deglute con amarguras de hiel, la sospechosa escena. Un suave calosfrío lo ha invadido. ¡Quizá su idea redentora sea ahogada en su cuna! ¡Y los tiranos seguirán matando, porque seguirán viviendo....!

El frío de la madrugada cala los huesos. Todo mundo tiembla. Se oye el castañetear de los dientes.

Magallanes examina su conciencia. Un gozo le brota del interior del alma: su resistencia ante la provocación de Adelina. Sigue escudriñando su conciencia. Revisa una vez más sus ideas de tiranicidio: la con-

ciencia no le remuerde, no le reprocha nada. Sabe que piensa bien, y que aquel mismo pensar sangriento está rebosando de caridad para con Dios y para con el prójimo.

La ciudad queda allá. El tenue fulgor lejano reverbera mansamente como el de una ciudad quieta y feliz. El camino ya no es pavimentado. Los baches se multiplican. Los fantasmas interiores se chocan unos con otros.

El silencio perdura. Imponente, terrible. Nadie sabe adónde vá. Ni por dónde vá, Ni con quien vá. Los espíritus conversan consigo mismos. Aquel camión es la personificación de todo un país: ciudadanos honrados empotrados entre trincheras de fusiles, conducidos por mano plebeya, en medio de una noche oscura, por vericuetos hoscos, laberintos, entre temblores de la carne, apretujamiento del espíritu y castañeteo de dientes.....

Por fin, ¡Alto!

Magallanes tosió para limpiar su garganta, para poder gritar un estertóreo "Viva Cristo Rey", al compás de las balas....

La marcha continuó a pié. El Doctor Magallanes adivina el número de sus co-víctimas. Pasan de seis. ¿Habrá algún sacerdote?

Magallanes, por sí o por no, dice:

—¡Padre!

—¿Qué hubo?, contestó una voz.

—¡Quiero confesarme!

—¡Yo también!, añaden varias voces.

—¡No está permitido hablar en secreto!, observa el jefe de la escolta.

—Me confieso en voz alta, dice Magallanes, y añade: Acúsome, padre, de no haberme dado la prisa necesaria en la defensa de mis prójimos.

—Ofrezca su vida en penitencia, y si

vive, repare su falta.... ¡Yo también, Dios mío!, añadió por su cuenta el sacerdote; me arrepiento de haber dado un mal consejo, de haber dicho que era pecado matar a.....

—¡Basta!, gritó el oficial.

Y todo quedó de nuevo hundido en el silencio.



Sombras sobre sombras. Los piés de los lúgubres viandantes tropiezan con rieles y durmientes de un escape muerto.

Una linternilla alumbra los fierros chatos, como trompa de monstruo, de un furgón solitario.

Bajan la vía y flanquean el furgón.

—¡Arriba, amigos!, clama el jefe de la escolta.

Los presos respiran. La muerte se ahuyenta. Un furgón no es todavía un sepul-

cro..... ¡Son quizá las Islas Marías!

Embutidos en el cajón grueso y sucio, cada quien con su centinela, las puertas se corren y los candados se echan.

Inacción. Espantosa quietud.

Esclarece. El sol de los campos sobrenada por encima de la tierra maldita. Y el puñado de cuitados suerbe los rayos que comienzan a colarse por las rendijas.

Uno de los presos, entusiasmado, exclama:

—¡Viva Cristo Rey!

—¡Viva!, gritan ocho voces.

Y ocho fusiles se cargan sobre ocho pechos.

Una detonación se escucha, y uno de los presos, el que inició el grito, rueda por el piso del carro. Dos manos derechas, desde el extremo opuesto, le dán la absolución.

Magallanes está helado de rabia, de terror, de vergüenza impotente.

—¿Porqué disparaste?, preguntó irritado el oficial, entreabriendo por de fuera la puerta. ¿No les dijeron que no hay que hacer ruido?

Y nomás. Ni siquiera miró que había adentro un hombre muerto.

Cuando el día pleno envolvió aquel carro terrible, una locomotora lo enganchó, lo incorporó a un convoy ordinario, lo arrastró con sus necesarias detenciones, durante todo un día, y lo dejó en otro escape muerto de otra región remota.

"¿En dónde estaremos?", se preguntaba calladamente cada prisionero. Magallanes poco trataba de orientarse. Los detalles del lugar le interesaban muy poco. Sabía lo sustancial: estaba en un país de caníbales. Verdad era que su instinto de orientación le daba algunas nociones sobre la posición. Por la mañana habían caminado como una

hora hacia el Poniente, después, torcida la dirección hacia el Noroeste. Las horas todas postmeridianas, el tren había cambiado de dirección. Corría hacia el Suroeste. La vía estaba llena de curvas. La región era montañosa. Aquello debía ser tierra michoacana. Quizá estaban en Patzcuaro. Pero nada acusaba la proximidad del gran lago.....

La nueva noche recibió a las víctimas en su regazo. La puerta del furgón se abrió. Una bocanada de perfumes selváticos dió la bienvenida a los prisioneros. La penosa marcha fué reanudada entre un espeso vergel de plantas tropicales. Los grillos traviesos zumbaban en honor de los héroes sus minúsculas carracas, el hueledenoche los envolvía en placidez..... Un arroyo turbulento se adivinaba tras las vallas de guayabos y cafetos..... ¡Lindas tierras de la

patria, fecundadas por la sangre de los mártires.....!

La esperanza de las Islas Marías se esfumaba. Y el presentimiento macabro renació, con más firmes síntomas, con más amarga seguridad, entre los encantos nocturnos de la región paradisiaca.

Junto a unos tapiales de duras reliquias de adobes, se detuvo la caravana.

El oficial se separó del grupo y se perdió en la oscuridad. Llegó al poblado. Era Uruapan (Magallanes casi le acertaba), y preguntó por el Coronel Guillén. Se le dijo que estaba en el Hotel Progreso. Ahí fué el oficial; pero no encontró al coronel. Siguióle la pista, y lo alcanzó en el Mirador Treviño. El coronel cenaba con un grupo de turistas americanos. Sobre el lecho de magnolias y de rosas magníficas, se había brindado en español y en inglés. Se repe-

tían las infames hipocresías de siempre: que Méjico es un pueblo feliz; que el Presidente Cárdenas cuenta con el respaldo del pueblo entero; que el jefe máximo, que el progresista Garrido Canabal..... que la nación ha entrado por el camino de las instituciones; que no hay cuestión religiosa, ni levantamientos, ni ejecuciones ningunas fuera de la ley.....

Los turistas repetían lo de siempre: que el país de Méjico era ideal, que "mucho bueno" sus TAMALIS y CHILI con carne, y que no habían visto que a nadie se le quitara su libertad.....

El coronel conferenció rápidamente con el oficial en el LOBBY (así llamaban al zaguán mal empedrado) del casinillo de mecha.

—¿Cuántos son?

—¡Seis!

—¿Curas?

—¡Dos!

—¡Bueno! Despáchalos, pues; pero que no suene un sólo disparo, porque aquí están los turistas.

—Entonces, ¿ahorcados?

—¡Ahí no hay árboles altos!

—¡Ah! Entonces con cuchillo.

—¡Sí, con cuchillo!

—¡Hasta luego, coronel!

—¡Adiós, capitán!

Y el coronel volvió a la mesa, a seguir oyendo los embustes que propinaban a los turistas de "Gringoria".....

—"LADIES AND GENTLEMEN...., habéis visto que en Méjico son una realidad las conquistas del proletariado..... No hay otro país en el mundo en donde así se abra paso a la libertad de los espíritus..... ¡Afirmamos enfáticamente que no existe ninguna persecución religiosa!".....

Mientras tanto, allá a un kilómetro y medio de distancia, adonde no llegaba la voz del ganso vil que peroraba; adonde no llegaba la mirada ni el oído elemental del turista idiota que ni ve, ni oye, ni entiende el desesperado tormento de todo un país; allí, entre veredas bordeadas de magueyes, como haces de lanzas y de nopales, como erizos, y de abrojos, como tarántulas, la triste comitiva se acercaba al boquerón que sirve de entrada a la "tercera clase" del cementerio. Una linterna sorda iluminó las caras todas patibularias. La barba de Magallanes lo señalaba con toda la majestad de un profeta, un Elías, un Eliseo que se derrumba.....

—"¡Ah, Calles, Calles! pensaba el mísero caudillo, tocándose con ansia la frente trasudada. ¡Cómo es que te hemos dejado con vida!.... Y los mejicanos seguirán pe-

nando y muriendo, porque tú y los tuyos siguen viviendo y gozando..... ¡Señor!, ¡Mi sangre por la de ellos....! ¡Señor, mi última plegaria, desde el borde del sepulcro te pido!: ¡Que mi ideal de libertad no muera conmigo!.... ¡Manda, Señor, un ángel del cielo que venga a predicar a mis hermanos LA GUERRA SINTETICA....!"

¡No pensó más! ¡No clamó más! Un extraño estrujón le arrancó de sus soliloquios, cortando como de un tajo el hilo de sus pensamientos, el torrente de sus visiones. La sombra de la noche se le metió de un golpe toda entera hasta las entrañas, paralizando con choque de rayo ciego y mudo todos sus sentidos y potencias.

Y la patria, que en aquel cementerio, como Raquel, lloraba a sus hijos, vió desplomarse mansamente el cuerpo del fracasado caudillo; lo envolvió solícitamente en

una tibia clámide de sangre y, llena de fé y esperanza, le buscó grato acomodo entre media docena de cadáveres.....

(FIN DEL LIBRO PRIMERO)

LIBRO SEGUNDO

CAPITULO XIV.

TRENZAS Y HUIPILES

Mariquilla, la organista cesante de la parroquia de Aguililla de Michoacán, no se acababa de ir.

Esa tarde del jueves 10 de enero de 1935, había habido "Hora Santa" con "exposición y todo" en la despensa de la casa de Don Serapio. Los fieles y devotas se habían ido escurriendo ya, sigilosamente, pues toda ceremonia de culto acusaba la presencia clandestina de algún sacerdote en la hora en

que estaban expulsados todos y puestos a precio sus huesos.

Mariquilla, postrada, seguía velando al Santísimo Sacramento depositado en una lata de petróleo nuevecita. No era ella la única orante. Allá en el fondo de la despensa, sentado sobre un saco de guayabas verdes y duras, también hacía oración un hombre de edad madura.

La vestimenta del tal hombre era la regional. De la cintura arriba, el típico HUIPIL, dalmática breve de tejido de algodón; de la cintura abajo, el calzón blanco primitivo.

Don Serapio, el Zaqueo de la escena, rondaba la calle viendo "como andaba el mundo".

Mariquilla se levantaba cada rato, salía y volvía a entrar, y volvía a arrodillarse. El hombre del huipil y calzón blanco permanecía inmóvil.

—Ya vete, dijo a la muchacha en una de tantas pasadas.

—No tengo ni tantitas ganas de irme todavía; ya ve usted que de esto no hay todos los días.

Ensartábase ya el hilo de la conversación, cuando el del campesino atavío interrumpió:

—¡Espérate!, y quedó prestando atento oído.

El ahullido de un perro se perdía en la lejanía.

Mariquilla también atendió. Las dos argollitas que pendían de sus orejas, parecían ponerse también atentas.

Un momento después se oyó un silbido. Pero era un silbido especial: largo, floreado, delineador de una melodía misteriosa que el del calzón blanco y Mariquilla misma creyeron haber oído en alguna parte.

Quedaron suspensos otra buena pieza de tiempo. El palpitar de la noche solemne se oía rítmico, majestuoso.

El silbido volvió a escucharse. Exacto, inmutable, con la misma extraña melodía perfectamente dibujada.

—Yo he oído esa música, dijo el hombre.

—Yo también, añadió la muchacha.

—Pero, ¿dónde, Dios mío?, se preguntó él.

—¿Dónde?, se preguntó también ella.

—Creo que es una ópera.

—¡No! ¿Sabe? Es de una misa.

—¿De una misa?, preguntó el de calzón, esforzándose por identificar la melodía.

En el silencio de la noche se difundió una vez más el misterio del silbido. Idéntico. La misma frase musical, las mismas partituras, el mismo ritmo, no ajustado a ningún compás conocido.....

—¡Ah! ¿Sabes, Mariquilla?, exclamó el hombre, intuyendo toda una novela, tras aquel silbo persistente. ¡Es una melodía gregoriana!.... ¡Sí! ¡Es!

El hombre procuró repetirla suavemente, y con asombro echó de ver que la sabía perfectamente con toda su extraña exactitud.

Mariquilla procuró tararearla, y se dió cuenta de que también ella la sabía.

Aquel canto era, sin duda, una señal. ¿De quién? ¿Para quién? En la múltiple clave de los católicos perseguidos, aquel signo no estaba clasificado.

Era evidente que algún pobre descarriado buscaba auxilio.

—Es algún NUESTRO, dijo el hombre. Y supo hacerlo: ese signo pocos lo entienden. ¿Sabes qué es?

—¿Qué es?, preguntó intrigada la muchacha.

—Es el ALLELUYA del Sábado de Gloria.

—¡De veras!, dice Mariquilla alborozada, cantándolo ya a media voz.

—¿Será entonces algún sacerdote?

—¡Sabrá Dios!

—O algún alma en pena que lo busca a usted..... ¡Ay, que miedo!

—¡Cállate! ¡Vamos a ver!

El hombre de calzón blanco salió a la puerta y silbó con fuerza. De sus labios silbantes brotó la misma frase que en notas cuadradas leen los sacerdotes en el misal, el Sábado de Gloria, y que el Abate Perosi transladó a una de sus soberbias composiciones.

La respuesta pedida se escuchó. El misterioso desconocido transportaba ahora la melodía dos tonos arriba.

—El personaje posee el secreto de la liturgia, dijo el del huipil. ¡Vente, vamos!

Mariquilla lo siguió, toda azorada.

Se echaron a la calle. Chueca y pelada calle de villorrio mejicano, solemnemente desierta, y vestida sólo de pobreza oscura y temor palpitante.

Voltearon la esquina. Ahí, en el suelo, sobre el yerbajo vil de las bases del muro, se dibujaba una figura humana, también vestida de lienzo blanco.

Aquella figura era la que silbaba. Silbó entonces otra vez. Silbó ya otra melodía. Era la melodía del VEXILLA REGIS triunfal.

El que venía con Mariquilla completó suavemente la frase, y procuró acercarse a la figura humana engarabitada en la arista de la calle.

Al pasar muy cerca el del huipil, la figura acurrucada simuló un ronquido de beodo, y con voz disfrazada de aguardentoso

pronunció límpidamente estas palabras latinas:

—¡CHRISTUS VINCIT!

—Es un borracho, dijo en secreto Mariquilla.

—¡CHRISTUS REGNAT!, respondió por su parte el del huipil, con nueva sorpresa de la muchacha.

Se acercó aquel con decisión a la figura acurrucada. Un fuerte olor a desinfectante le brincó al rostro, trascendiendo también hasta el de Mariquilla. Y vió el del huipil que la figura misteriosa tenía, al parecer, el hombro izquierdo entrapajado.

—¿Está herido?, le preguntó.

—Sí, amigo. ¿Quién vive?

—¡Cristo Rey!, contestó casi al oído el compañero de Mariquilla. Y añadió inmediatamente, dirigiéndose a ésta:

—¡Mira, Mariquilla! Llévate luego a

este señor, y después me buscas.

Penosamente, el acurrucado se puso de pié, y se acercó al lado de Mariquilla.

El del huipil se separó, volvió sobre sus pasos, y se perdió en la oscuridad de la calle.

Mariquilla con su nuevo compañero se puso en marcha. El herido no hablaba. Mariquilla tampoco.

Ésta lo condujo a una choza medio escondida en el fondo de un solar.

—Ahí está una cama. Ahorita vuelvo para atenderlo.

Media hora larga tardó en volver Mariquilla. Venía ahora acompañada de otra muchacha. La otra muchacha se llamaba Lucía. Traían una caja con vendas, gasas y desinfectantes.

Lucía encendió una lamparita eléctrica. Las dos chicas quedaron sobrecogidas ante

el aspecto del cuitado. El rostro pálido y barbado, la nariz afilada, los ojos hundidos. Todo el aspecto de la imagen del "Santo Entierro", que el diputado Martínez había quemado unas semanas antes en la plaza del pueblo. Los vendajes y las manchas de sangre y de lodo retostado, evocaban los fantasmas que Miguel Angel estampó en la base de su Juicio Universal.

Caritativas como el buen Samaritano, Mariquilla y Lucía lavaron las infectadas marcas del sufrimiento, vendáronlas, y propinaron al oscuro enfermo una pócima reconfortante.

—¿Pues en dónde lo hirieron señor?, preguntó Mariquilla.

—¡No sé!, respondió fatigoso el enfermo.

—¿No sabe quién lo hirió?, preguntó asombrada Lucía.

—¡Tampoco! ¡No sé nada!.... ¡Quiero hablar con un sacerdote! El hombre que iba con ustedes es un sacerdote.

Las dos muchachas se vieron una a la otra, estupefactas. Desconfiadas como las que más, optaron por identificar al enfermo.

—¿Usted es sacerdote?

—¡No!, respondió el herido.

—¿Qué cosa es usted?

—¡Soy un resucitado!.... Por favor, háblenle al sacerdote.

Las muchachas salieron del jacal, acompañadas de triple asombro. Por muchos vericuetos anduvieron y buscaron, hasta encontrar al hombre del huipil y calzón blanco.

—¡Ay! ¡Venimos azoradas! Ese hombre dice que usted es sacerdote, y lo llama. Tiene trazas de profeta, se parece al Profe-

ta Elías que estaba pintado en el Carmen, y dice que viene del otro mundo.....

—¡Estará loco! ¿Lo han curado ustedes?

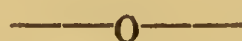
—¡Sí! Como buenas enfermeras.

—Será algún cristero...., pero están lejos.

—¡Ándele, pobrecito!

—¡Vamos!

—¡Vamos!



¡Aquí me tiene a sus órdenes, mi buen amigo!, díjo el del huipil, entrando con las muchachas.

Mariquilla y Lucía se retiraron en seguida. El enfermo desconfiado, quiso cerciorarse de que fuera en realidad sacerdote el hombre de quien ya tenía algunas sospechas que lo fuera.

Si es sacerdote, se pensó, debe saber algunos idiomas.

Y recurriendo al alemán le saluda:

—¡ES LEVE CHRISTUS DER KOENIG!

—¡ES LEBE CHRISTUS DER KOENIG!, contestó el recién entrado, con soltura y precisión.

El enfermo levantó los ojos en un gesto de comprensión feliz. Por ellos asomaron dos gruesas lágrimas, y ante el hombre de huipil y calzón blanco, pronunció estas palabras:

—¡Recíbame, padre mío, recíbame! ¡Soy un hombre que resucita de entre los muertos!.... ¡Soy un alma en pena que vuelve a esta vida a cumplir una misión formidable....! ¡Recíbame, padre mío, recíbame!

Y cayó sollozando sobre el duro huipil de su interlocutor que lo estrechaba entre sus brazos.

El hombre del calzón blanco tomó entonces toda la apostura de un apóstol, des-

cubrió su cabeza y acarició suavemente la del enfermo. Este cogió la mano que le acariciaba y la encontró fina y suave, en disonancia con el traje, la acercó entonces a sus labios escondidos tras la selva de la barba crecida, y la besó.

—¡Tenga confianza!, dijo entonces el visitante. Usted no se ha equivocado; soy sacerdote: soy el Padre Ochoa.

—¿Jerónimo Ochoa?, preguntó entonces el herido, estremeciéndose. ¿El de Lovaina? ¿El del Ajusco?

—¡El mismo¡

—¡Padre Ochoa, Padre Ochoa....! ¿No me conoce?

El conmovido sacerdote concentró su mirada y su memoria sobre el rostro del enfermo. Aquellos ojos hundidos no le eran extraños, aquella frente sudorosa la había contemplado en otra ocasión; pero el con-

junto fisonómico, caracterizado ahora por la barba en desorden, le confundía por completo.

—¡Soy Magallanes! ¡Soy el Doctor Magallanes que vuelvo de entre los muertos para libertar a mi patria!

—¡Magallanes! ¡Magallanes!, exclamó el sacerdote más jubiloso que atónito. ¡Bien venido seas, caballero de Cristo Rey; bien venido seas a nuestras montañas, para alegría de nuestros huesos humillados!, dijo llevando su mano izquierda a la frente, como quien refresca el caldeado espíritu en un oasis de esperanza.....

—¡Guardémos el incógnito!

—¡Bien!, contesta el padre. Y usted se queda aquí por lo pronto, oculto, descansando. Yo me vuelvo. Voy a mis andurriales, a las montañas gloriosas, a repartir el Pan de los Angeles entre las víctimas de

las infamias de los hombres..... ¡Dentro de quince días vuelvo por usted..... para que triunfe y nos haga triunfar!.... ¡Adiós!

—¡Adiós!

CAPITULO XV.

LAZARO SELVATICO

¡Era, sí, Magallanes....!

¿Pero cuál había sido el prodigio? ¿Qué explicación racional podía dar la mente humana para la reaparición del héroe que había rodado entre cadáveres, en la noche aciaga de Uruapan?

Magallanes tenía ahora tiempo de recordarlo todo, de explicárselo de nuevo todo. En su mente estaban frescos todos los recuerdos de aquella última odisea, que marcaba una nueva etapa de su vida. Aquella marcha hacia la muerte, en una noche

lúgubre, en una noche sembrada de fusiles y blasfemias, aquella obturación violenta de la visión espiritual, aquel rompimiento brusco del hilo de luz de su conciencia.....

Después.....después..... ¿Cuánto tiempo después? Magallanes rehacía ya la cadena de realidades naturalmente explicables, pero envueltas en el manto providencial de Cristo, que le llamaba de nuevo a la lucha por el País.

Después..... aquel meticuloso y frágil despertar del alma..... del alma soñolienta, ya suspensa y asfixiada bajo un cuerpo inerte..... Un nuevo paulatino amanecer de la conciencia en las lindes mismas del sepulcro..... Aquella vaga iluminación del calabozo subconsciente a la luz de un recuerdo pavoroso, el recuerdo de la reciente marcha hacia la muerte..... Preguntarse

entonces el espíritu asombrado, si está en la vida o en la muerte, en el tiempo o en la eternidad..... Recuperar la conciencia de la vida, una vida minúscula, fragilísima, prisionera aún entre los dedos de la parca.... ¡Y volver a nacer! ¡Volver a nacer no en el cálido vientre de una mujer, sino en la soledad helada de un camposanto.... Y entonces, sobrecogido aún de terror, recordarlo todo, explicárselo todo: la infamia y la muerte, la misericordia y el milagro.... ¡Sí, estaba vivo! ¡El alma oscilante no había caído aún del lado de la eternidad....!

Pensar entonces rápidamente sobre el partido que había que tomar. Revisarse cuanto antes. Hacer el recuento de las energías remanentes. Acudir a todo su ya inútil bagaje de ciencia médica, para hacer su propia inspección y diagnóstico. Encontrarse casi desnudo, con la camisa empapa-

da de sangre.... Localizar bajo el hombro izquierdo una herida que goteaba aún, sentir la mano izquierda dolorosamente luxada..... Tentalear entonces, dificultosamente, sin moverse casi, sin abrir los ojos, temiendo una enésima reaprehensión.... Explicárselo ya todo en su magnitud providencial y en sus detalles científicos. Sí, una arma punzo-cortante había buscado el corazón. El golpe se había desviado, el corazón estaba intacto. Ahí estaba un ojal abierto en la carne. Una articulación esterno costal, sí, la segunda izquierda, había salvado al corazón.... El chok nervioso lo había sumido en la inconciencia.... Después, la desnudez, el frío, reactivos eficaces, bienvenidos: habían sido una vez más resucitadores de muertos..... Como la hemorragia perduraba, había que ligar las arterias. Ceñirse pues los lomos con la misma camisa ensan-

grentada para obturar la epigástrica inferior: oprimirse despiadadamente la fosa supraclavicular, para cortar el hililIo de sangre provisto por la mamaria interna.... Pensar en huir luego, en salvarse..... Pasear los ojos sobre los palmos de suelo circundantes, a la luz de la discreta alba incipiente..... ¡Cadáveres! Torcidos, sonrientes, con sonrisa macabra, con mueca terrible.... ¡Huir! Aprovechar la última tiniebla. Buscar algo con que disimular la desnudez. ¡Un pedazo de pantalón!.... ¡Un trapo!..., ¡chaquetín, trinchera o guerrera!.... Es de soldado..... Han muerto también soldados. Orientarse vagamente entre las yerbas de un cementerio mal lindado, bajo el consuelo de un tenue resplandor que acusa el Oriente..... Incorporarse entonces temblando, desmayado; avanzar a gatas, cogiendo lodo, sangre, espinas, atormentando

indeciblemente la mano luxada... Saltar por fin el derruido tapial desdentado, y trotar, trotar entonces, descalzo, desnudo, al azar, sin más rumbo que el Poniente, con toda su amplitud, con todas sus imprecisiones, con todas sus raquíticas esperanzas prendidas en las montañas inaccesibles, en las cerrazones selváticas..... Trotar, trotar; vagar como proscrito, como poseso, oprimiendo las arterias para atajar la vida que gotea con la sangre..... Seguir trotando horas y más horas, angustiosas, despiadadas, inútiles, perdidas..... Subir y bajar montañas altivas, inmisericordes; triturar zacatales agrestes..... Cansarse, rendirse, tirarse bajo el sol declinante; descubrir una fresca fontana con agua de gloria, lavarse ahí el cuerpo y el alma, la herida y la sangre..... Encontrar entonces en el bolsillo del robado chaquetín, un paquetito, reconocerlo lue-

go: el botiquín del soldado: agua oxigenada, gasa, algodón, mercurocromo, todo en pequeño. ¡Espléndido! ¡Dios quiere que Magallanes viva!..... La primera cura bajo unos pinos solemnes, entre cantos de aves y murmullos de fuentes..... Proseguir..... Mirar el sol hundirse, escondiéndose del Lázaro selvático..... Ver llegar la noche, recibirla como a una madre compasiva. Caerse de fatiga y de sueño, tenderse en el santo suelo, dormir, entre el peligro de las fieras, abrigado por la caricia de las cuevas....

Soñarse muerto, soñarse sano, soñarse libre.....

Despertar..... Bajo el nuevo sol, volver a caminar, a caminar..... Cruzar vados de ríos descompuestos, ahogarse en saludables efluvios de montaña. Tiritar de frío, sudar de calor, sentir sed, sentir de nuevo la muerte; calcinarse en el día, entumirse

en la noche, comer unas cuantas yerbas y frutos silvestres..... Volver a dormir, una y varias noches en el regazo de la gleba acogedora, a dos pasos de los abismos, arrullado por torrentes invisibles.....

Despertar a media noche, oír en la lejanía hosca y montaraz una canción. Orientarse con las vagas alusiones folklóricas:

"Para limones Uruapan,
para naranjas el Plan;
para muchachas bonitas
el pueblo de Coalcomán".

De la misericordia del suelo levantarse vivificado el espíritu al mismo tiempo que dolorido y quebrantado el cuerpo por el contínuo padecer. El brazo luxado, llagado el pecho, la herida en rebeldía incipiente, ya agotados los recursos antisépticos..... Lavarse de nuevo en corrientes de aguas turbias..... Tenderse en una soledad, abiertos

al sol los labios de la herida para captar la medicina celeste de los rayos actínicos..... Volver a caminar horas y más horas, animado ya prodigiosamente por el ímpetu de una fé, por el grito de un ideal..... Sentirse de nuevo macilento y fatigado, sufriendo escalofríos extraños y agotamientos insuperables..... Mirar en lontananza, -la lontananza de los saltos inmensos de montaña en montaña- explorar los aires en busca de socorro..... Un hogar, una voz de confortamiento, una mano suave sobre la herida abierta del cuerpo y del alma.... Algo de caridad, un mendrugo de amor después de tánta soledad y tánto abatimiento.... Mirar al cielo.... Exigir de Cristo un impulso urgente.... Tener ganas de gritar, de arrancar a las montañas su adustez insolente, de exigir una respuesta, de retar a las selvas intrincadas, de desafiar a las cumbres alti-

vas; de rehacer con un impulso soberbio de su alma desflecada, toda la robusta armazón de su vida fugitiva; saturarse de nueva salud, de nuevo fuego; volverse titán; rebosar la salud y el vivir, y con ellos, envolver aquellas montañas y aquellos boscajes, y aquellos torrentes, y las fieras que ulularon por la noche, y las tarántulas que crepitaron bajo sus piés..... Arrancar a Cristo un puñado de fuerza divina, para volver a vivir y a vivificar, para volver a gritar a todo un pueblo las mismas palabras que la Providencia gritó a su alma postrada: ¡Levántate y camina!

Después por fin la carícia divina. Sobre el fondo de un sol que se diluye en el incendio opulento de la tarde transparente, divisar un poblado, triste y macilento, pero en cuyo centro se eleva en un montículo, el testimonio de la fé, en ruinas, pero siempre

fé: una iglesita clausurada.... Tentar luego la fortuna buscando almas hermanas. Planear una señal, distintiva, inconfundible, eficaz aún sin haberla convenido antes..... Pensar en que debe haber algún ser piadoso, amigo de la iglesia, quizá un servidor de ella, conocedor del culto, algún sacristán, algún cantor, posiblemente algún sacerdote oculto..... Escoger una frase musical religiosa, algo muy particular, conocido de muy pocos. Elegir el ALLELUYA del Sábado de Gloria, símbolo de la resurrección, la que espera el mundo entero, la que espera Méjico, la que ha vivificado a Magallanes..... Silbar, volver a silbar. Callar ante las gentes que pasan, y volver luego a silbar..... ¡Después gran Dios, oír una respuesta salvadora! ¡Identificar al sacerdote, al amigo, y caer, todo entero, hecho un mar de lágrimas en sus brazos....!

Tal reconstruía Magallanes la jornada de doloroso heroísmo, larga, exquisita, que bastara por sí sola para saturarlo de gloria, si él mismo no sintiérase de nuevo frente a su favorito ideal inconmensurable: la liberación de la patria. A ese ideal consagraba ahora, de esa nueva vida milagrosa, todos los átomos fecundos.

CAPITULO XVI.

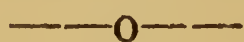
CAPULLO DE CRISALIDA

Aquella choza "botada" en el fondo del solar, armada con fibras de tule y tapizada con palmas de cocotero, ornamentada con una estampita de la Virgen de Guadalupe, y otra del Padre Pro, transformada desde aquellos instantes en fecundo emporio de luz, fué testigo de la fervorosa plegaria:

—¡Eres tú, Dios mío, quien me destinas a la lucha aún! Tú me brindaste la sonrisa de la aurora entre el gesto trágico de las víctimas; el signo del triunfo entre las cruces de un cementerio..... Y sobre un

campo de muerte. Tú, me llamaste imperiosamente a la vida. ¡Viviré! Mi vida es dos veces tuya, y por Tí, gran Dios, la consagraré al ideal casi absurdo de la liberación de mi patria. Mi idea será mi arma. Si al morir no me repugnó mi idea terrible, en vida, vida que es toda tuya, Señor, yo me consagraré a realizarla!

Y la obsesión revindicadora volvió a aferrarse al cerebro del hombre, y a espolonearlo de día y de noche en su nuevo cuchitril, en el cual sólo resonó desde entonces esta voz de mando: ¡En marcha!



La tesis era muy clara. Magallanes la veía bogando triunfal sobre la abundancia de sus argumentos. Pero esos argumentos que a él le hacían rebosar de convencimiento, había que hacerlos entrar en los demás.

La guerra de los católicos, esa gloriosa epopeya emprendida en nombre de Cristo Rey, esa guerra tan dura, tan prolongada, tan calumniada, debía converger a todo trance, a todas luces, sobre lo que él llamaba LA GUERRA SINTETICA. ¡El mínimo de sangre, el máximo de eficacia!

—"Si el tirano fuera uno, pensaba Magallanes, síntesis completa de la acción persecutoria, yo estaba dispuesto a sintetizar en mi persona toda la defensa católica, para enderezarla toda entera contra el tirano único. Pero ha corrido ya mucho tiempo. La tiranía ha engendrado tiranías, el monstruo se ha reproducido. La guerra sintética no puede pues ejercerse por un personaje. Hay pues que catequizar, hay que reclutar, para planear, para atacar, para tiunfar..... La dificultad es esta: quizá la misma legión invicta de luchadores cotólicos,

desde los atribulados sacerdotes hasta los mismos caudillos guerreros podrán titubear en este género de estrategia. Un temor puede arredrarlos, el único: el temor de que la guerra sintética sea pecado".

Magallanes no confiaba en que su sola autoridad de caudillo entusiasta pudiera convencer a sus correligionarios de la licitud moral de este plan de campaña. ¿Donde encontrar una voz reconocidamente autorizada que hablara con él y por él a los oídos de los ansiosos cristianos? ¿En dónde rastrear un maestro de esa doctrina que siendo perenne, tiene trazas de nueva, y que a Magallanes parecía tan legítima, tan racional, y en razón de verdad tan caritativa?

¿En dónde?

Esa pregunta constante destilaba intermitentes desolaciones en aquel espíritu tan firme en sus raciocinios, tan audaz en sus conclusiones.

—¡Aquí le traemos otros libros para que no se fastidie!

—¡Gracias, Mariquilla, gracias! ¡Bien que me divierten, gracias!

Y el pobre convaleciente, empericado en un banco de tres patas, abría sobre un conato de mesa, que nunca fué pintada, los libruchos sin chiste que las muchachas le conseguían.

Ya eran cuentos para niños, ya geografías escolares, ya novelas de detectives. Magallanes lo agradecía todo, lo hojeaba todo, lo meditaba todo, y, privilegio de pensador, de cada libro sacaba un nuevo atrincheramiento para su persistente doctrina.

Las geografías le presentaban de un golpe la excepción del pueblo mejicano, en el panorama de la culta libertad. En todos los países (exceptuada Rusia, por supuesto), se disfrutaba de la cultura moderna, en to-

dos se llevaba una vida económica más decente y confortable que en Méjico. En todas partes los trabajadores, las clases medias gozaban de mayor comodidad, de mejores sueldos, y todo eso se disfrutaba en un rico ambiente de libertad religiosa. Se vivía y se moría sirviendo a Dios y bendiciendo a la patria. Sólo Méjico era pobre y miserable. Sólo a Méjico se le mantenía aún plebeyo, y se le quería hacer aún apóstata. En todas partes la civilización cristiana era apreciada y fomentada; sólo en Méjico la estupidez del topo revolucionario demolía oficialmente los sillares de la patria creyente.

—"¡Somos el pueblo maldito!", obserbaba Magallanes con amargura.

También le enseñaban aquellos libritos, que el 95 por ciento de los mejicanos se declaraban católicos. Y aunque esto para Ma-

gallanes no significaba la totalidad de un catolicismo perfecto y práctico, sí decía muy claro que el plebiscito nacional se declaraba amigo y simpatizador de la Iglesia Católica y de sus espirituales ideales. Y de ello sacaba esta evidente conclusión.

—"Luego es un cinco por ciento de audaces intangibles, los que subyugan a dieciseis millones de pacíficos corderos".

Y ni siquiera eso. De ese cinco por ciento, que significaría algunos miles, sólo es una breve porción la que sincera o insinceramente tiene que hacer el papel de anticatólica. Esa porción no llega a cien mil individuos, componentes de los dos grandes organismos de la revolución: el Ejército y el Partido Nacional Revolucionario. Y de esos cien mil individuos, la mayoría militar, soldados rasos; la mayoría civil, borregos inciviles, son unos cuantos mangoneadores

los que manejan todo el tinglado, los que tienen en su mano la palanca de la múltiple maquinaria, por la cual los mejicanos están tan fastidiados que se lanzan a matarse unos con otros.

Las elocuentes cifras formaban ahora en la mente de Magallanes el siguiente:

CUADRO

Católicos perfectamente acogotados..	15.796,586
No católicos fastidiados también.......	626,136
Católicos paleros de la revolución con hueso en el Ejército o en el P. N. R..................................	99,000
Líderes anticatólicos de ocasión.........	900
Meros jefes centrales de la persecución................................... ..	100
Total de habitantes (Censo de 1934)	16.522,722

RESUMEN:

Gangrena nacional...............100 individuos.
Podre circundante...............900 individuos.
Explotados y víctimas
en total.....................16,521,722 individuos.

Y Magallanes así reflexionaba:

—"Un pueblo entero atornillado por un cientosesentamilésimo. Más claro: Mil seiscientos pesos plata piqueteados por un centavo de cobre. Es decir: un cuerpo humano fastidiado por una chinche".

Magallanes tenía razón. ¿Qué vale una chinche ante un cuerpo humano? ¿Qué vale un cintosesentamilésimo ante un pueblo entero? ¿Qué son cien verdugos ante dieciséis millones y más de víctimas?

—"¿Qué no podríamos los católicos acogotar a esos cien, despreciar a esos novecientos, que entonces nos alabarían, y libertar a dieciséis millones?"

Tal se preguntaba Magallanes. Y se respondía:

—"¡Sí!..... ¿Cuál es el medio? ¡La guerra sintética!"

——o——

Hasta los cuentos para niños le fortificaban en su idea:

"Muchos siglos hace, en el lejano país de la Libia, apareció un monstruo que llamaban Anteo..... La desolación era espantosa..... Un día, un joven apuesto juró matar a Anteo, y caminó a la empresa bajo las bendiciones de las madres...."

"Eran los Geriones, en España, unos horrendos monstruos que habían pactado con el diablo devorar diariamente siete pacíficos aldeanos..... Un día, un pastorcito preguntó a su madre: ¿Madre, no puede un hombre valiente....?"

"Escuchad, amiguitos, decía otro cuento, la historia de aquel héroe que libertó a su pueblo matando a la Hidra de la Beocia....."

"Hubo en la Licia un monstruo apellidado Quimera..... Y el rey atribulado dijo: —La mano de mi hija para el que corte la cabeza de Quimera..... Y el apuesto caza-

dor mató a Quimera, libertó a la Licia y se casó con la hija del rey..... ¡Y vivieron felices y reinaron cien años!"

Magallanes resumía:

—"Un pueblo desolado. Un monstruo desencadenado. Un héroe que liberta."

Y añadía este significativo epifonema:

—"Siete monstruos, siete héroes; cien... ¡cien!"

CAPITULO XVII.

EL ECO DE LOS SABIOS

Una de aquellas tardes Mariquilla había llevádole otro libro.

—Es, díjole, un novelón insoportable de letra muy chica. No le vaya a cansar mucho los ojos. Me lo regaló el cantinero. A él se lo dejó el diputado, por un trago.

El sol se había vestido de fiesta. Bajo un chorro de deslumbrante pedrería, tendía su espléndida grandeza sobre un tálamo de púrpura. Sus saetas cintilantes atisbaban por la rústica celosía de palmas de cocotero, y bañaban de luz al hombre ascendente, a la

muchacha dadivosa, y —poniéndole visos de cajita mágica— a un librote mal cuidado que sólo ostentaba en su dorso un insignificante nombre de mujer.....

Magallanes tan pronto como quedó solo, empotrado en su banco de zapatero, con única su mano derecha dió al libro una pasada en grueso. En las primeras guardas se percibía aún el viejo sello de un ilustre poseedor: "Ex Libris.—Clemente de Jesús Munguía, Obispo de Michoacán."

¡No! Aquello no era una novela; aquello era la sabiduría. Los títulos de los diversos escritos acusaban tratados de alambicados problemas políticos y económicos.

De pronto, ante los ojos ansiosos de Magallanes, apareció en gruesas letras, el título de un tratado, impreso en dos idiomas, que en latín decía así: DE REGE ET DE REGIS INSTITUTIONE (Del Rey y de la Institución Real.)

Bien ahincado ya por la sabia curiosidad, continuó hojeando el interesante libro, cuando el título de un capítulo le salió a los ojos y le atrajo con fuerza la cabeza.... Volvió unas hojas más y a la vista de un nuevo epígrafe, sintió que le hormigueaban ojos, frente y nariz, y que un escalofrío súbito entraba en lid con todo el quebranto de su cuerpo.

Se reacomodó entonces en su asiento. Posó el brazo enfermo sobre la mesa, volvió atrás las hojas, y hundió todo su ser en la lectura de aquel libro, comenzando por su primer capítulo.

¡Leyó, y leyó! Tan intensa fué su lectura que no sintió cuando la amiga de Mariquilla le fué a encender el velón, y a llevarle el alimento. Cerca de la madrugada daba fin a la lectura, para volver a abrir el libro desde el principio y volverle a leer de

nuevo aspirando, comiendo, rumiando cada sentencia, cada palabra. Así pasó el día. No saludó a nadie. No probó bocado. Su alimento era aquel libro. Su vivir era aquel hombre tan sabio, tan valiente, tan honrado, aquel autor que llevaba como apellido un insignificante nombre de mujer, y que había legado a la humanidad despreocupada un tesoro tan grande para que un día enriqueciera a un caudillo como él.....

A las seis de la tarde de una de aquellas tardes de mediados de enero, cuando una vez más el sol se entrometía por las rendijas de tules y cocoteros para fisgar los hechos y pensamientos de Magallanes, el ambicioso pensador, embebido en la lectura, con su barba trémula al compás de las palabras que pronunciaba media voz de concentrado lector, dió un suspiro profundo, y un fuerte puñetazo sobre la mesa acompañó estas palabras:

—"¡Dios mío! ¿Y cómo es que nosotros caminamos tan oscuras?"

Se levantó entonces, y dió unos pasos.

Cuando alzó los ojos, se percató de que Mariquilla y Lucía estaban ahí, contemplándole apenadas.

¿Cuándo vuelve el Padre por mí?, preguntóles hecho un loco.

—Dentro de unos cinco días.

—¡Cinco días....! ¡Cinco años! ¡Cinco mil víctimas más....! ¡Es mucho! ¿Puede alguno conducirme adónde él está?

Las muchachas se vieron asustadas. Aquel hombre parecía enajenado.

—Coma algo primero, señor, le dijeron suplicantes.

Tienen razón. Hace más de veinticuatro horas que no como.

Tomó entonces la cena. Rápidamente. Sin saborearla.

Las chicas encendieron el velón.

—¿Quiere usted que le dejemos sólo?

—Sí, mis amigas. Y no lleven a mal mi rareza. Algún día me comprenderán, y me disculparán.

Y volvió a enfrascarse en su estudio. Engolfóse literalmente en el Capítulo V, cuya lectura repitió, y hundióse luego por entero en el Capítulo VI, que leyó, releyó, y tornó a leer una, dos, tres y cuatro veces...

—"¡Ah!, exclamaba enfurecido. ¿Cuánto tiempo perdido en contemplar con los brazos escrupulosamente cruzados, la carnicería de una patria....! ¡Cuánta ignorancia de los grandes remedios, para los males inconmensurables....! ¡Luego tengo razón! Aún hay esperanza para la patria. ¡Todavía los huesos áridos pueden oír la voz de Dios!

—¡Oye, Lucía! Pues ¿qué se encontró el señor en el libro viejo que le trajimos?

—¡Quién sabe! Lleva dos días como loco.

—Asómate a ver que está haciendo.

—¡Está durmiendo!

—¡Pobrecito! Ya llevaba dos noches sin dormir.

—¡Vamos a ver el libro!

—¡Vamos!

De puntitas se acercaron. Con precipitación lo hojearon, y apenas pudieron retener el título de un capítulo, porque el enfermo parecía despertar. El título decía así: "Capítulo V. Diferencia entre el rey y el tirano"

La curiosidad le siguió cosquilleando, y acecharon la plena quietud del enfermo para volver a asomarse al libro enajenador y volverlo a hojear para encontrar la clave del maleficio.

Y se quedaron abriendo tamaña boca, azoradas, cuando, en otros zarpazos que al libro dieron, éste se quedó despatarrado, mostrando un título que decía así: "Capítulo VI. ¿Es lícito matar al tirano?"

CAPITULO XVIII.

FUENTE DE AGUAS VIVAS

Desde entonces las floridas muchachas vieron en Magallanes a un personaje maravillosamente enigmático. Su aspecto de profeta sin ira, su leyenda de resucitado, su predilección apasionada por aquel libro sospechoso: todo orlaba ante el ojo femenino aquella figura sangrienta, casi mutilada de rostro pálido, y aún, sin quererlo, quejumbrosa.....

Cuando el convaleciente, con una sonrisa amable, quebrada la mirada y tranquila la apostura, les pidió papel y tinta para es-

cribir, Mariquilla voló en el acto a buscarlo, sintiendo sin explicárselo, que así colaboraba en una grande obra desconocida.....

Magallanes estaba aún débil. La pluma temblaba en sus dedos, y gran fatiga era para él reducir al orden gráfico aquellos rebeldes garabatos. Las adictas enfermeras lo comprendieron.

—¿Quiere usted que le sirvamos de secretarias?, le dijeron con generosidad.

Magallanes las contempló de hito en hito. Bellas y sanas muchachas pueblerinas, con el alma inocente asomada a las pupilas, el tezón del trabajo plasmado en las formas, la modestia inconsciente prendida de las trenzas anacrónicas y de la falda fuera de moda. Muchachas pueblerinas, virtuosas y sencillas, que por la basta extensión de la república viajan en soledad heroica, desempeñando comisiones delicadas de los católi-

cos enrolados en el invicto Ejército Libertador.

—¿Son ustedes cristianas de esas de fierro?, preguntó con seriedad Magallanes.

Mariquilla y Lucía se pusieron también serias. Y en serio contestaron:

—Somos cristianas, por la gracia de Nuestro Señor Jesucristo.

—¿Y son ustedes cristeras?

Se vieron una a la otra. Y al fin respondieron:

—¡También somos cristeras!

—¿En qué han trabajado?

—¡Somos enfermeras, y hacemos bombas y llevamos recados y compramos parque!

—¿Tienen ustedes hermanitos?

—¡Sí!

—¿Van a la escuela?

—¡No!, porque es la escuela socialista.

—¿Han estado ustedes en la cárcel?

—Esta, dos veces; yo, tres respondió Mariquilla.

—¿Tienen ustedes hermanos grandes?

—Yo, uno; el otro, me lo mataron éstos.

—¡A mí, añadió Lucía, me mataron a mi papá, y vivo con ésta!

—¿Y tu hermano dónde está?, díle, urgio Mariquilla.

—¡Anda con los cristeros!

—¡Bueno, basta! ¡Son mis secretarias!, concluyó Magallanes. Un rato una y otro rato otra. Pero lo que yo les dicte, y lo que yo les diga y lo que de mí sepan, lo guardarán como profundo secreto. ¿Convienen?

—¡Convenimos!

—Tome pues una la pluma. La otra puede quedarse. Y ayúdeme a tomar mis notas.

Las pobres chicas temblaban. Aquel

interrogatorio las había aplanado. Era algo muy grave lo que iban a hacer. Los ojos del hombre se hundían, se replegaban, como para mirar el mundo de muy lejos, como para arrancarse del viciado ambiente intelectual contemporáneo, para colocarse en una lejana línea racional, en un plano distante, incontaminado, el plano del entendimiento ético clarividente, que analiza, raciocina, diagnostica y dictamina.

La primera secretaria en funciones levantó su mirada a la Virgen de Guadalupe que ofrecía en el amor de sus rayos extendidos la piedad de sus manecitas juntas; luego puso sus ojos en la pintura del Padre Pro, que con los brazos en cruz, como Cristo, frente al pelotón que lo ejecutó, invitaba al pueblo mejicano al heroismo por Cristo; se santiguó, se reanimó, y preguntó muy valerosa:

—¡Bueno! ¿Qué escribo?

Magallanes cogió el libro, con la delicadeza con que se maneja una bomba explosiva. Atentamente recorrió las páginas, para encontrar el trozo que él pensaba transladar.

Las secretarias esperaban conteniendo el resuello.

—¡Vamos!, dice por fin, con acento de seriedad espantosa. Escriba.

Y muy despacio, con solemnidad trágica, pronunciando con la mayor exactitud que le imponían su mente absorta y su frente ceñuda, dictó estas palabras, que en los labios de un católico mejicano del año de 1935 se sacudían el polvo sagrado de tres siglos:

"Capítulo V. DIFERENCIA ENTRE "EL REY Y EL TIRANO.

"Seis son las formas de gobierno....

"La tiranía que es la última y peor
"forma de gobierno antitética tam-
"bién de la monarquía, empieza mu-
"chas veces por apoderarse del poder
"a viva fuerza; y derive de bueno o
"mal origen, pesa siempre de una
"manera cruel sobre los súbditos.....
"Es propio de un buen rey defender
"la inocencia, reprimir la maldad,
"salvar a los que peligran, procurar
"a la república la felicidad y todo gé-
"nero de bienes; mas no del tirano,
"que hace consistir su mayor poder
"en poder entregarse desenfrenada-
"mente a sus pasiones, que no cree
"indecorosa maldad alguna, que co-
"mete todo género de crímenes, des-
"truye la hacienda de los poderosos,
"viola la castidad, mata a los buenos,
"y llega al fin de su vida sin que ha-

> ‘‘ya una sola acción vil a que no se
> ‘‘haya entregado. Es, además, el
> ‘‘rey, humilde, tratable, accesible,
> ‘‘amigo de vivir bajo el mismo dere-
> ‘‘cho de sus conciudadanos; y el tira-
> ‘‘no, desconfiado, medroso, amigo de
> ‘‘aterrar con el aparato de su fuerza
> ‘‘y de su fortuna, con la severidad de
> ‘‘las costumbres, con la crueldad de
> ‘‘los juicios de sus sangrientos tribu-
> ‘‘nales’’.

También en los dedos de la primera secretaria temblaba la pluma. Aquello no era un escrito; era un dibujo. Sobre el papel, los rasgos y las líneas tomaban la forma de personajes públicos perfectamente definidos.

Lucía escuchaba silenciosa el dictado, que para ella era la descripción de los felones que habían matado a su padre y arrojado a su novio a las montañas.

—¡Yo también quiero escribir!, interrumpió. Déjame Mariquilla, quiero dejar el rastro de mi mano en esa portentosa fotografía.

Magallanes sin preocuparse por la sustitución de la secretaria, siguió devorando el escrito.

—¡Vamos!, dijo; ahora esto;

Y continuó dictando, con la gravedad con que un juez identifica a la persona de un reo.

> "Explicadas ya las condiciones de
> "un buen príncipe, es fácil ya resu-
> "mir las del tirano que, manchado de
> "todo género de vicios, provoca por
> "un camino casi contrario, la destruc-
> "ción de la república. Debe, en pri-
> "mer lugar, el poder de que disfruta,
> "no a sus méritos ni al pueblo, sino a
> "sus propias riquezas, a sus intrigas

"o a la fuerza de las armas, y aún "habiéndolo recibido del pueblo, lo "ejerce violentamente, tomando por "medida de sus desmanes, no la uti- "lidad pública sino su propia utilidad, "sus placeres y sus vicios. Presén- "tase en un principio blando y risue- "ño, afecta querer vivir con los de- "más bajo el imperio de unas mismas "leyes, procura engañar con su sua- "vidad y su clemencia, más sólo con "la dañada intención de robustecer "en tanto sus fuerzas, y fortificarse "con riquezas y con armas, como sa- "bemos por la historia que hizo Do- "micio Nerón, príncipe excelente du- "rante los primeros cinco años de su "reinado. Asegurado ya, cambia en- "teramente de política, y no pudien- "do disimular por más tiempo su na-

"tural crueldad, se arroja como una
"fiera indómita, contra todas las cla-
"ses del Estado, cuyas riquezas sa-
"quea movido por su liviandad, por
"su avaricia, por su crueldad y por
"su infamia".

—¡Yo conozco a ese hombre!, interrumpió Lucía. ¡Todos los méjicanos podemos dar su nombre y apellido!

Magallanes no respondió. Se rebulló en el banco, y continuó dictando:

"Sepa, sin embargo, el tirano, que
"ha de temer a los que le temen, que
"puede muy bien encontrar su ruina
"en los mismos que le sirven como
"esclavos..... Teme que los mismos
"que gobierna como enemigos lle-
"guen a arrebatarle su gobierno y sus
"tesoros. No por otra razón prohibe
"que el pueblo se reúna; no por otra

> ''razón le prohibe hablar de los nego-
> ''cios públicos, quitándole, que es ya
> ''hasta donde puede llegar la servi-
> ''dumbre, la facultad de hablar libre-
> ''mente y la de oír, la facultad de po-
> ''der quejarse en medio de los hondos
> ''males que le afligen. Como no tie-
> ''ne confianza en los suyos, busca su
> ''apoyo en la intriga, solicita cuida-
> ''dosamente la amistad de los prínci-
> ''pes extranjeros, a fin de estar pre-
> ''parado para todo evento''.

La fatiga era demasiada. Para los seres que viven con el espíritu quebrantado bajo la amenaza constante del cateo, de la prisión, del secuestro y de la muerte, aquella labor profícua de estudio, prolongada por largas horas constituía una enorme tortura mental y nerviosa.

Cada grito que se oía en la no lejana

calle turbaba a las pobres doncellas; no por el peligro propio, sino por el temor de ver malograda una empresa cuya gigantesca eficacia ya presentían.

Magallanes ordenó suspender el trabajo, citándolas para el siguiente día.

Las muchachas se retiraron con la explicable ansiedad por conocer despacio la continuación del texto que planeaba al desnudo la escalofriante cuestión, con estas palabras: "CAP. VI. ¿ES LICITO MATAR AL TIRANO?"

CAPITULO XIX.

EL TESORO ESCONDIDO

Magallanes también estaba ansioso. Cualquier acontecimiento inesperado podía arrancarle de las manos aquel libro sapiente, y dejarlo privado de una documentación preciosa con que él esperaba hacer triunfar su formidable idea.

Al siguiente día, se adelantaba ya la mañana y las secretarias no aparecían. Las horas largas envolvieron a Magallanes en mortal zozobra. Nadie le llevó alimentos; nadie le prestó ayuda de amanuense.

El medio día, Magallanes, desde su jo-

nuco de palmas cocoteras, comenzó a explicarse el hecho con estas reflexiones:

Las muchachas han sido detenidas..... El tiempo pues corre, y los verdugos no se detienen. ¡No haya lamentaciones; haya trabajo!

Y con el pulso tembloroso por la débil salud convalesciente, se echó sobre las blancas cuartillas, y siguió transcribiendo las palabras que en los albores del siglo XVII escuchó con reverencia la católica intelectualidad europea.

"Cap. VI. ¿Es lícito matar al tirano?"

Al escribir el título, Magallanes se quedó meditando..... ¡Sí! Había habido un cerebro que antes que él, había estudiado el pavoroso problema.

Y leyó una vez más el férreo capítulo, que le entraba a borbotones en el alma.....

Allá en la última década del siglo XVI, el famoso García de Loaiza, tutor de Felipe III de España, y más tarde Obispo de Toledo, quiso obsequiar al rey con una obra seria y sincera que le guiara en la difícil ciencia de la conducción honesta de los pueblos.

Buscó y encontró en la casa de los jesuitas de Toledo, a un sacerdote de los más sabios de su tiempo. Había enseñado teología en las Universidades de Roma, de Sicilia y de París. Era un consumado historiador, dedicábase entonces a sondear los más grandes problemas de la época.

Aceptó éste la encomienda. El libro quedó hecho.

Con la aprobación de Pedro de Oña, Provincial de los Mercedarios de Madrid, con el permiso de Esteban de Hojeda, Visitador de la Compañía en la provincia de Toledo, con dedicatoria al mismo Felipe III,

esta obra fué impresa en la misma ciudad de Toledo en el año de 1599, en la imprenta de Pedro Rodrigo, Impresor del Rey. Llevó como título: DE REGE ET DE REGIS INSTITUTIONE; DEL REY Y DE LA INSTITUCION REAL.

Nada menos que esta obra, monumento antiguo del saber sincero y valiente, conocida hoy apenas por los eruditos, era la que el doctor Magallanes había visto caer del cielo en sus manos implorantes.



Y asiduo, enardecido, el confaloniero de la actual intelectualidad cívica cristiana, pirografió las cuartillas con estas frases que reverberaban como llamas:

"La dignidad real tiene su origen "en la voluntad de la república. Si "así lo exigen las circunstancias, no

"sólo hay facultades para llamar a "derecho al rey, las hay para despo- "jarle del cetro y de la corona si se "niega a corregir sus faltas. Los "pueblos le han trasmitido su poder, "pero se han reservado otro mayor. "Para imponer tributo, para dictar "leyes fundamentales, es siempre in- "dispensable su consentimiento. No "disputaremos ahora como deba éste "manifestarse: pero conste que sólo "queriéndolo el pueblo se pueden le- "vantar nuevos impuestos y estable- "cer leyes que trastornen las anti- "guas; conste, y esto es más, que los "derechos reales, aunque heredita- "rios, sólo quedan confirmados en el "sucesor por el juramento de esos "mismos pueblos. Es preciso además "tener en cuenta que han merecido

''en todos tiempos grandes alabanzas ''los que han atentado contra la vida ''de los tiranos. ¿Por qué fué pues- ''to en las nubes el nombre de Trasí- ''bulo, sino por haber libertado a su ''patria de los treinta reyes que la te- ''nían oprimida? ¿Por qué fueron tan ''ponderados Aristogiton y Harmo- ''dio? ¿Por qué los dos Brutos, cu- ''yos elogios van repitiendo con pla- ''cer las nuevas generaciones y están ''ya legitimados por la autoridad de ''los pueblos? Conspiraron muchos ''con éxito desgraciado contra Domi- ''cio Nerón: ¿Quién reprende su con- ''ducta? Han merecido por lo con- ''trario, la alabanza de todos los si- ''glos.... Añádase a esto que el tira- ''no es una bestia fiera y cruel, que ''adonde quiera que vaya, lo desvas-

"ta, lo saquea, lo incendia todo, ha-
"ciendo terribles estragos en todas
"partes, con las uñas, con los dien-
"tes, con la punta de sus astas.
"¿Quién, creerá sólo desimulable y
"no digno de elogio a quien con peli-
"gro de su vida trate de redimir al
"pueblo de sus formidables garras?
"¿Quién, que no se han de dirigir to-
"todos los tiros contra un monstruo
"cruel que mientras viva no ha de
"poner coto a su carnicería? Llama-
"mos cruel, cobarde e impío al que
"ve maltratada a su madre, o a su
"esposa sin que la socorra; y ¿hemos
"de consentir en que un tirano veje
"y atormente a su antojo a nuestra
"patria a la cual debemos más que a
"nuestros padres? Lejos de nosotros
"tanta maldad. Lejos de nosotros

> "tanta villanía, importa poco que va-
> "yamos a poner en peligro la riqueza,
> "la salud, la vida; a todo trance he-
> "mos de salvar la patria del peligro,
> "a todo trance hemos de salvarla de
> "su ruina".

La pluma de Magallanes era blandida como espada. La sangre se encendía en la herida gloriosa, brindándose a rubricar aquellas cláusulas rotundas con que el sapiente escritor reproducía los argumentos de los defensores del pueblo contra los tiranos. Magallanes lamentaba, a cada línea, la ignorancia general actual sobre estas cuestiones.

—"Cuando los pueblos de hoy, se pensaba, adictos a la cruz triunfadora de Cristo, sepan quién es el personaje que así habla, encontrarán la brecha refulgente, en medio del negro cerco que les abruma".

Y continuó escribiendo con el acero fulgurante:

"Tales son las razones de una y "otra parte. Consideradas atenta- "mente, ¿será acaso difícil explicar el "modo de resolver la cuestión pro- "puesta? En primer lugar tanto los "filósofos como los teólogos están de "acuerdo en que si un príncipe se apo- "deró de la república a fuerza de ar- "mas, sin razón, sin derecho alguno, "sin el consentimiento del pueblo, "puede ser despojado por cualquiera "de la corona, del gobierno, de la vi- "da: que siendo un enemigo público "y provocando todo género de males "a la patria y haciéndose verdadera- "mente acreedor por su carácter al "nombre de tirano, no sólo puede ser "destronado, sino que puede serlo

''con la misma violencia con que él
''arrebató el poder que no pertenece
''sino a la sociedad que oprime y es-
''claviza. No sin razón Ayod, des-
''pués de haber captado con regalos
''la gracia de Eglón, rey de los moa-
''vitas, le mató a puñaladas; arrancó
''así a su pueblo de la servidumbre
''que pesaba sobre él hacía ya veinte
''años.''

—''¡Hombre monumental!, exclamó Magallanes. ¡Ven, ven a mi Patria a disipar las tinieblas de la ignara meticulosidad! ¡Habla, habla ante mi pueblo, que se cree condenado ineludiblemente a cadena perpetua!''

La brega continuaba. Al través de los siglos aquel hombre luminoso daba a los pueblos oprimidos las normas de la acción.

Magallanes continuó transcribiendo:

"Si el príncipe, empero, fuese tal o "por derecho hereditario, o por la vo- "luntad del pueblo, creemos que ha "de sufrírsele, a pesar de sus livian- "dades y vicios, mientras no despre- "cie esas mismas leyes que se le im- "pusieron como condición cuando se "le confió el poder supremo. No he- "mos de mudar facilmente de reyes "si no queremos incurrir en mayores "males y provocar disturbios, como "en este capítulo dijimos. Se les ha "de sufrir lo más posible pero no ya "cuando trastornen la república, se "apoderen de las riquezas de todos, "menosprecien las leyes y la religión "del reino, y tengan por virtud la so- "berbia, la audacia, la impiedad, la "conculcación sistemática de todo lo "más santo. Entonces es ya preciso

"pensar en la manera como podría
"destronársele a fin de que no se a-
"graven los males ni se vengue una
"maldad con otra. Si están aún per-
"mitidas las reuniones públicas, con-
"viene principalmente consultar el
"parecer de todos, dando por lo más
"fijo y acertado lo que se establecie-
"re de común acuerdo. Se ha de a-
"monestar sobre todo al príncipe, y
"llamarlo a razón y a derecho. Si
"condescendiere, si satisfaciere los
"deseos de la república, si se mostrare
"dispuesto a corregir sus faltas, no
"hay para qué pasar más allá, ni pa-
"ra que se propongan remedios más
"amargos, si, empero, rechazare to-
"do género de observaciones, si no
" ejare lugar alguno a la esperanza,
"debe empezarse por declarar públi-

"camente que no se le reconoce como "rey, que se dán por nulos todos sus "actos posteriores. Y puesto que ne- "cesariamente ha de nacer de ahí una "guerra, conviene explicar la mane- "ra de defenderse, procurar armas, "imponer a los pueblos contribucio- "nes para los gastos de la guerra, y si "así lo exigieren las circunstancias sin "que de otro modo fuese posible sal- "var a la patria, matar a hierro al prín "cipe, como enemigo público, y ma- "tarlo por el mismo derecho de defen- "sa, por la autoridad propia del pue- "blo, más legítima siempre y mejor "que la del rey tirano. Dado este caso, "no sólo reside esta facultad en el "pueblo, reside hasta en cualquier "particular, que abandonada toda es- "pecie de impunidad y despreciando

"su propia vida, quiera empeñarse
"en ayudar de esta suerte a la repú-
"blica.

"Se preguntará, quizá, qué debe
"hacerse, cuando no hay ni aún fa-
"cultad para reunirse, como muchas
"veces acontece; más suponiendo que
"esté oprimido el reino por la tiranía,
"existe siempre la misma causa, y de
"consiguiente el mismo derecho. No
"por no poderse reunir los ciudada-
"nos, debe faltar en ellos el natural
"ardor por derribar la servidumbre,
"vengar las manifiestas e intolera-
"bles maldades del príncipe ni repri-
"mir los conatos que tiendan a la rui-
"na de los pueblos, tales como el
"trastornar las religiones patrias y
"llamar al reino a nuestros enemigos.
"Nunca podré creer que haya obrado

‘‘mal el que secundando los deseos ‘‘públicos haya atentado en tales cir- ‘‘cunstancias contra la vida de su ‘‘príncipe. Hemos dado ya para esto ‘‘una multitud de razones, y creemos ‘‘que esas razones nos bastan.

‘‘Resuelta ya así la cuestión de de- ‘‘recho, no debe atenderse sino a la ‘‘de hecho, es decir, a cuál merece ‘‘ser tenido realmente por tirano. ‘‘Temen muchos que con esta teoría ‘‘no se atente a menudo contra la vi- ‘‘da de los príncipes; más es necesa- ‘‘rio que adviertan que no dejamos la ‘‘calificación del tirano al arbitrio de ‘‘un particular, ni aún al de muchos, ‘‘sino que queremos que le pregone ‘‘como tal la fama pública y sean del ‘‘mismo parecer los varones graves y ‘‘eruditos. Es por otra parte aquel

"temor completamente infundado.
"De otro modo irían los negocios de
"los hombres si entre éstos se encon-
"trasen muchos de grande esfuerzo,
"dispuestos a despreciar su salud y
"vida por la libertad de la patria.....
"es siempre saludable que estén per-
"suadidos los príncipes de que si o-
"primen la república, si se hacen in-
"tolerables por sus vicios y por sus
"delitos, están sujetos a ser asesina-
"dos, no sólo con derecho, sino hasta
"con aplauso y gloria de las genera-
"ciones venideras".

Magallanes suspiró. Sobre el nuevo papel quedaban grabados de su mano los girones ignívomos de aquel CAPITULO VI que él había leído, releído y tornado a leer una, dos, tres y cuatro veces.....

Extasiado contemplaba Magallanes, ya al atardecer de un día sin pan, los refulgentes garabatos que titilaban sobre el papel comprado por Mariquilla y Lucía en el estanquillo del lugar. Estaba ya doctrinalmente equipado. Un pensador indiscutible, renombrado, marcaba a la conciencia la ruta que cristiana y patrióticamente podía y debía seguir.

El sol poniente, rompiendo el débil obstáculo de los cocoteros, ponía en la frente del hombre fulgores de profeta.

Completaba ya la obra. En medio de la explicable zozobra por la ausencia de las secretarias, copió el último párrafo de sus anotaciones, en el que, a la entrada de su más formidable aún capítulo viii, el viejo y sincero escritor resumía su doctrina, con estas palabras:

"Es pues ya innegable que puede

"apelarse a la fuerza de las armas
"para matar al tirano, bien se le aco-
"meta en su palacio, bien se entable
"una lucha formal y se esté a los
"trances de la guerra."

Cerró los ojos Magallanes, como ofuscado por tan viva luz, evocando aún sin pretenderlo, los miles de mejicanos muertos, por el sólo capricho de la media docena de fieras pésimas; la bancarrota económica de una nación entera en mamos de unos cuantos archimillonarios relámpagos; palpó, como expresión exacta del objetivo tiránico, la degollación de inocentes que se llama ESCUELA SOCIALISTA y el experimento plenario y desastroso que lleva el nombre de Tabasco. Y al contraste con semejantes evocaciones aplastantes, el escrito que sobre la mesa se tendía le parecía crepitar, en millones de gusanos de luz cuantas eran sus le-

tras, luz que iluminaba su mente, y la choza, y el páramo de la hecatombe mejicana, y la desolación de los hombres honrados, y la abnegación de los cristeros armados, y la angustia de las madres cristianas-rasgado el vientre y flácidos los pechos,- y la petrificación dantesca de los jerarcas católicos ya sin voz, sin aliento, sin esperanzas ni humanas ni divinas..... luz que iluminaba todo, para hacerlo clamar, con más bríos que nunca, con voces atronadoras, con este grito candente: ¡A pesar de los obstáculos, a pesar de la miseria, a pesar del epílogo grotesco de la gesta gloriosa del 26, todavía queda un recurso bendito y liberador: LA GUERRA SINTETICA!

Y como para urgirlo en la inaudita misión profética, hasta su huta de palmas de cocotero trepidantes, llegó un grito, uno de esos gritos vulgares que a diario se oyen en

toda la extensión de la república mejicana. Una pobre mujer del pueblo, a voz en cuello le trasmitía la última noticia a otra mujer humilde que lavaba andrajos inclinada sobre una piedra a la orilla de un manantial distante:

—¡Oigaaaa!..... ¡Y se llevan a Mariquilla y a Lucíaaaa..... que porque ellas saben en donde está escondido el padrecito.....!

CAPITULO XX.

EN LA PIRA

¡Lo de siempre! El jefe callista del sector militar se daba a todos los diablos con las continuas reprimendas que le lanzaba la Jefatura de Operaciones; ésta, a su vez, azuzada por el Ministerio Revolucionario de Guerra, que quedaba en ridículo cada quince días al anunciar la perfecta tranquilidad militar de la república.

Los cristeros no se daban punto de reposo. Obligados a remontarse a las montañas, se esfumaban, se perdían, para reorganizarse en un instante y pegar el golpe a

cualquier destacamento, como señal de que la cuestión religiosa estaba muy lejos de sentirse resuelta.

En vano publicaba la prensa metropolitana, la rendición de estos y de aquellos cabecillas. Todo era jarabe de pico, y en nueve o diez Estados de la República. los valientes improvisados guerreros, en seis meses eran lo suficientemente fuertes para traer al retórtero a los soldados de la tiranía.

Entretanto, para librarse de la perpetu vergüenza, los callistas continuaban el sistema de represalias sobre los indefensos. Y en vez de ir a batirse con los armados que no les tenían miedo ni a las ametralladoras, ni a los aviones, se entretenían en buscar el rastro de los sacerdotes que, a pesar de la expulsión despiadada, se metían clandestinamente a los pueblos a consolar

con culto de catacumbas a las ovejas sufridas.

Contra el Padre Ochoa, hacía tiempo se habían movilizado tadas las escoltas de la región. El Padre Ochoa tenía su historia. Antes de ser sacerdote, había sido jefe cristero, cuando la primera etapa del presente conflicto, allá en el 26. Tras los arreglos, había sido enviado a Lovaina, a terminar su carrera truncada. De ahí había pasado a Roma, saludado al Papa, y dispensado por el Pontífice de la irregularidad en que incurriera por haber sido jefe militar, había por fin sido ordenado sacerdote nada menos que por el Cardenal Pompili.

Al estallar de nuevo la pasión callista, el Padre Ochoa hubo de ocultarse y el gobierno revolucionario hubo de suponerlo al frente de los cristeros una vez más. Este sacerdote, mientras tanto, todo un apóstol,

jugándose la vida, pasaba de los campos desolados por el callismo a las montañas glorificadas por los cristeros, no ya dirigiendo combates, como antaño, sino llevando a todas partes, a ovejas y a leones, el tesoro espiritual de su labor de sacerdote.

Al encontrarse el Padre Ochoa con Magallanes a quien conocía desde los tiempos de la pasada pelea, y a quien de antemano estimaba, pensó luego en ponerlo en seguro, transportándolo a tierras liberadas. Habló con el jefe cristero en Colima, Guadalupe Pedroza, y éste, animoso y entusiasta, resolvió acercarse en penosas jornadas hasta el pueblo de Aguililla, para traer consigo al preciado caudillo resucitado.

De montaña en montaña, de ciudad en ciudad, por todo el país había cundido en los primeros días del año, la noticia de la desaparición del Doctor Magallanes y la de

su indudable muerte. Las medias palabras que se filtraban de los cuarteles decían claramente que el Doctor Magallanes estaba bien muerto.

Por eso tuvo mayor resonancia y fué rodeada de un halo de portento la segunda nueva: que Magallanes vivía, lo cual el pueblo fantasiasta de la costa del Pacífico explicaba por una resurrección en toda forma, envolviendo ya a la persona de Magallanes en el misterioso fulgor de un ser que viene del otro mundo a traer una triunfal consigna para los católicos perseguidos.

La noticia, pues, que el Padre Ochoa llevó a los campamentos cristeros del Sur de Colima, fué recibida con gozo delirante. ¡Un supremo líder católico, salvado del naufragio, mantenía a flote el estandarte de la Liga Nacional Defensora de la Libertad, cuyo Estado Mayor había sido barrido e incinerado!

Hacerse de ese caudillo, incorporarlo a las fuerzas católicas de la región michoacano-colimense, era infundir nueva savia a la resistencia católica, era reanimar a los hombres dispersos de la Liga, momentáneamente acéfala, era restaurar consistentemente el andamiaje gigantesco de la reivindicación católica alrededor de aquel hombre ya de antemano popular y venerado en todos los sectores del catolicismo militante.

El incansable jefe católico Pedroza dispuso inmediatamente una marcha forzada de dos noches para ir a recoger al pueblo de Aguililla el tesoro que la marejada providencial arrojaba a las playas de la vida.

El azoro y la tensión se adueñaban de Aguililla. Los motines de siempre eran contenidos a culatazos y empellones. Las dos muchachas, Mariquilla y Lucía eran empacadas en un carrito de mala muerte, con

destino a la Jefatura de la Zona Militar Callista. Ellas tranquilas, semisonrientes, preferían interiormente aquella deportación, con el fin de ahuyentar el peligro de una reaprehensión de Magallanes, cuya futura misión deseaban, más que todo, ver realizada.

Púsose en marcha la numerosa escolta, a cuya zaga, con seis soldados de guardia, se sarandeaba la carreta..... Cuando, a vuelta de esquina, sin preambulos, sin introducciones, suena un gritazo "¡Viva Cristo Rey!" y una tormenta de balas enmarca la escena.

El jefe callista, como el diablo se lo dió a entender, se aprestó para rechazar a los siempre intempestivos cristeros. El combate se generalizó. El arriero, mientras tanto, dió media vuelta con su carrito, y se salió como pudo de la línea de fuego y de las

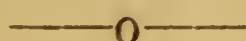
garras de los callistas, sin que nadie le reclamara a las cautivas. Estas tardaron aún menos en brincar y escabullirse, y en meterse por el primer portón abierto que se cerró automáticamente tras ellas. Mientras, por el pueblo entero quedó ondeando, como un manto de terror, el estallido incesante de los disparos.....

Reñido era el combate. Intercambiaban los beligerantes sus posiciones. De las montañas al campo, de ahí a las acequias, luego a las huertas, los muros, las azoteas, todo era aprovechado, defendido y abandonado. En las distintas evoluciones de la guerra, el campo de batalla se emplazó sobre el solar abierto, en cuyo centro, como un objetivo común, se enderezaba el glorioso jacal de Magallanes.

Retumbó la dinamita. Los caballos de la derrota cruzaban el solar arrastando jine-

tes prendidos de los estribos. Los proyectiles sacudían las palmas secas de la choza, volatizando sus fragmentos. Un caballo herido, sangrante, encabritado, dió al traste con el frágil jacal. El estallido de una bomba acompañaba el zaparrazo.....

Y cuando el silencio de la noche se sobrepuso al estrépito del combate, cuando los vecinos ansiosos respiraron, porque escucharon el grito triunfal de "¡Viva Cristo Rey!", entonces Mariquilla y Lucía, con el rostro desencajado, descubrieron desde la esquina cercana, la nueva realidad terrible: el tabernáculo de Magallanes, la celda del profeta en la que ellas habían dejado un cuerpo inválido y un espíritu prepotente, iluminaba las miserias de la choza, convertida en un haz de opulentas llamaradas.



Verla, y lanzarse sobre ella, fué todo uno.

Quemándose las manos y los piés, excitadas y demudadas, ayudadas luego por los cristeros, esparcieron teas, levantaron leños a medio arder, trapos y mantas humeantes... La congoja les daba fortaleza para no asfixiarse en el centro de la pira..... ¡Ambas lanzaron un grito! Sobre el lecho de rescoldos estaba tendido Magallanes, privado del sentido, hecho un churrusco de piés a cabeza.....

—¡Está muerto!, clamó fuera de sí Lucía.

—¡No!, replica Mariquilla con convicción de fé. ¡Vive! ¡Este hombre no puede morir!

Lo tendieron a campo raso. El relente de la noche combatiría la asfixia. Se afanaban en despojarle de los andrajos aún ígnitos. Una se disponía a traer aceite para ungirle las llagas, cuando nuevos disparos, intensos y nutridos, echaron sobre ellas la

montaña de un nuevo terror..... La revancha callista se venía arrolladora, incontenible..... ¡Gran Dios!

Un jefe cristero llegó a carrera abierta hasta el abierto solar.

—¿Dónde está el Doctor Magallanes?, preguntó, sentando el caballo a medio metro del agonizante.

—¡Aquí está!, contestaron instintivamente las muchachas, que, a decir verdad, oían por vez primera aquel nombre.

De un vuelo se apeó el cristero del caballo, levanto el cuerpo desmayado, se lo echó al hombro, volvió a montar, y emprendió de nuevo la veloz carrera, en medio de una lluvia de balas.

Las muchachas se tendieron de bruces sobre los surcos resecos del barbecho, y sobre ellas, atronando los espacios con disparos y blasfemias, pasaron cientos de callistas como legiones de demonios.....

CAPITULO XXI.

VIVISECCION

La historia del Méjico contemporáneo rebosa de estos espisodios. Cada hogar es un Hacéldama. Cada espíritu es un terror.

Los hombres que azotan a ese pueblo desdichado repiten la eterna cantilena de su mentira.

Si son embajadores o cónsules, repiten que en Méjico no hay persecución ninguna.

Si son Jefes de Armas, dan su parte: "Sin novedad".

Si son Ministros de Estado, declaran que no hay problema ninguno.

Si son Jefes del Ejecutivo, proclaman con toda la boca que "el país ha entrado despapado en el campo institucional".....
¡Ah!; y que el Ejecutivo pedanteante "se ha impuesto como norma el estricto y respetuoso complimiento de la Ley....."

Mientras tanto, en todos los órdenes continúa la burla sangrienta. Y el Gobierno Revolucionario de Méjico, monumento del despotismo, sigue como norma suprema, -y esto está en su misma conciencia cauterizada, y en la conciencia de todos,- la violación de toda ley.

Sí: de toda ley.

Contra la Ley Divina, inventó su idiota agnosticismo.

Contra las Leyes Éticas, alegó la pedantería de sus "convicciones filosóficas".

Contra la Constitución de Méjico, inventó la queretana del 17.

Contra la Constitución del 17, resucitó

la reelección y la burla perpetua del sufragio popular.

Contra la Ley Canónica, azuzó el artículo 130.

Contra el artículo 130, papachó el atrabancamiento de las Legislaturas de los Estados.

Contra la Ley de la propia conservación patria, inventó los Camisas Rojas de Garrido y la Escuela Socialista de Calles....,

¡Que esos hombres no nos hablen de Ley! ¡Que no manchen con sus labios inmundos ese nombre sagrado! ¡Que reconozcan que han nacido, y viven y medran, roban y asesinan, fuera de toda ley!

¡La ley somos nosotros!

¡Nosotros somos los genuinos defensores de la Ley! ¡Defensa impotente, defensa fracasada; pero noble, y santa, y justiciera!

¡Nostros los católicos, nosotros defendemos la Ley!

La defendemos con las lágrimas de nuestras madres y de nuestras esposas, la defendemos con nuestras víctimas en los hogares desolados; la defendemos con los rugidos de protesta en nuestras atrevidas manifestaciones citadinas, con nuestros desahogos en los pasquines y volantes, con nuestro conato de organización política, la defendemos con nuestra heroica defensa armada.....

¡Somos la Ley!

La Ley de Dios que nos manda proteger nuestra fé y la de nuestros hijos. La Ley de la Iglesia que nos anima con el ejemplo de sus mártires. La ley de la Nación que se retuerce en estertores de agonía! ¡La Ley de un pueblo que está convencido de que la redención del proletariado nunca puede obtenerse a espaldas del cristianismo!

¡Justicia y caridad, virtudes cristianas!

¡No sois vosotras las que destiláis de los corazones podridos de un Garrido y de un Calles! ¡Y ellos son la personificación auténtica de la Revolución!

Por eso nuestra misión se impone. Moriremos unos, resurgiremos otros. Hoy con la pluma, mañana con la espada; unas veces Goroztieta, otras Toral; pero irreductibles, perseverantes, santamente irritados, llevando en nuestras banderas gloriosas el programa social de un cristianismo que nos sacó de la barbarie con Las Casas, y nos empujó hacia la independencia con Hidalgo e Iturbide.

No es lucha contra hermanos, no. Es lucha contra los mal nacidos: ¡ellos han renegado de la patria! ¡No son ya mejicanos!

Reniegan del pasado, pulverizando con sus picotas las catedrales de nuestros mayores. Reniegan de nuestros héroes, persi-

guiendo la fé que a ellos animó. Reniegan de nuestra historia y tradición de siglos enteros de cristianismo. Reniegan de nuestro mismo pueblo, abofeteándolo por "fanático"..... Han inventado otra patria, parida en Sonora, amamantada en Tabasco y transplantada a la Gran Tenoxtitlán, no bajo el esplendor épico de la enseña tricolor de Iguala, sino bajo el uniforme rojinegro de los barbilindos "jóvenes revolucionarios".

¡Sí! Han renegado de la bandera misma y de su simbolismo: "Religión, Unión, Independencia". La bandera de ellos es bicolor, insignia de dos hombres: Garrido, el rojo; ¡Calles, el negro!

Colocados esos hombres fuera de todas las leyes divinas y humanas, están, quieran o no quieran, bajo la sanción de todas las leyes humanas y divinas. La Ley, la sagrada y majestuosa Ley, escrita por Dios

en la Naturaleza, y en las Tablas y en los Códigos inmortales, los señala con vengativo índice tembloroso.

La Ley que para ellos es mofa, contra ellos es sentencia. Nosotros, las víctimas, nosotros el pueblo católico, somos los guardianes inconmovibles de esa Ley. ¡Nosotros somos también sus ejecutores!

Nada importa ante nuestros ojos que los reos de lesa plenitud legal ocupen palacios y ostenten entorchados; nada importa que sigan usufructuando las rentas públicas. En sus frentes villanas leemos sus nombres exactos: "Salteadores de encrucijada, encumbrados sobre las espaldas de un pueblo lívido".

Nada importa ante nosotros que los embajadores extranjeros, guiñando por cierto un ojo, les rindan el ángulo recto de sus homenajes. La mancha original de la usur-

pación no hará nunca olvidar la nulidad de la alcurnia. ¡No han nacido a la vida pública al arrullo de la vida electoral! ¡Hanse hecho señores al vaivén de la horca y al compás del cuchillo!

Los hechos consumados no legitiman. Un ladrón con fortuna no es un dueño auténtico. El hecho no crea el derecho.

La mente honrada debe abstraer de la figura de los intrusos magnates, el oropel de la investidura usurpada. Caen entonces la charretera y la banda, el tuxcedo, y la condecoración. Sólo queda el esqueleto roñoso de la personalidad ruin.

¡Hombres honrados de Méjico, ese espantajo de cañota es el que mata y roba la libertad y la paz de una república!

A los hombres se les aprecia por sus méritos. Si el primitivo fascineroso, mejorado de fortuna, se revela como un gran es-

tadista, cabe en el pueblo un perdón generoso y una aceptación racional que lo rehabilite. Pero si de fascineroso sólo asciende a déspota, no es el despotismo en la altura lo que dignifica el bandidaje de nacencia.

Ellos se llenan la boca con la frase: "el respeto a las INSTITUCIONES".

¿A cuáles?

Institución venerada es la famila; institución básica es la propiedad; institución divina es la Iglesia..... ¡Que no nos hablen de respeto a las instituciones los que comen carne de muerto sobre las ruinas humeantes de la propiedad, de la Iglesia y de la familia!

¡Nosotros, el pueblo católico de Méjico, nosotros somos una institución! ¡Nosotros somos los defensores de las instituciones!

Luchamos pues, contra los detentadores, contra los allanadores de moradas, de

palacios y de conciencias. Seremos derrotados en las serranías, burlados en los armisticios, muertos a mansalva; pero nuestro derecho a la protesta eficaz no muere, resurgirá de nuestros sepulcros, y seguirá fulgurando de generación en generación, esperando la hora de la justicia plena.



Aquella piltrafa de hombre que así pensaba y discurría era Magallanes.

Tendido sobre un petate, con la carne madurando en pústulas y llagas abiertas, contemplado era en silencio por un puñado de cristeros indomables.

Mas su espíritu altanero, granítico, inconmovible, rumiaba, bajo la apariencia de inconciencia, todo el ideario de la futura acción libertaria.

Todo había fenecido en el jacal incen-

diado. Todo, menos la idea. Las carnes y las ropas, los muebles y las mantas..... y, ¡oh pérdida casi irreparable!, hasta el mismo libro misterioso de la clarividencia audaz.....

Magallanes, previsor e intrépido, había tenido un gesto salvador. Al sentirse en la choza derribado por la repercusión del caballazo amenazado por la asfixia del incendio, sacó del seno velludo las cuartillas de papel con las citas gloriosas, las dobló reverentemente, y las recibió en su lengua, con la devoción de quien recibe una hostia santa. Luego cerro herméticamente los dientes y los labios, y aspiró fuertemente por la nariz, hasta respirar fuego y perder el sentido.....

En el campamento cristero, se le hicieron despegar los labios, abriósele a viva fuerza la mandíbula pétrea, y al descubrir en su lengua un papel doblado, se le extra-

jo cuidadosamente, suponiéndose desde luego que en él vendría un mensaje de importancia suma.

Y leído el mensaje por el jefe cristero y por el Padre Ochoa, capellán de Cristeros, se meditó mucho, ¡mucho!, sobre los horizontes despejados y terribles que aquel mensaje ante los ojos descubría.....

CAPITULO XXII.

EN TELA DE JUICIO

Tras largas lunas y soles interminables, después de dolorosa convalescencia, el Doctor Magallanes se aprestó para erigir bajo la enramada del campamento, el primer consejo de guerra que a nombre del pueblo honrado iba a juzgar y a sentenciar a los tiranos de Méjico.

Un círculo de estudios lo precedería. Magallanes expuso su doctrina sobre la guerra sintética. El jefe cristero lo comprendió al punto todo. Aquello era su propio sentir no formulado. Y ¡cosa incomprensi-

ble!, fué el Padre Ochoa, el mismísimo Padre Capellán, el que sintió terror ante la guerra sintética, y el que se constituyó ahí mismo nada menos que en el defensor de los perseguidores.

—¡Padre mío, Padre mío!, exclamaba Magallanes desconsolado. No me salga usted a estas horas con esos escrúpulos fatales.

—¡Esa idea de la guerra sintética, objetaba el Padre, no es otra cosa que el tiranicidio!

—¡Que sea!

—¡Pero eso es horrible!

—¡Más horrible es la ruina de la patria!

—Dirán que somos criminales.

—Los que no nos bajan de bandidos, tienen bastante lengua para llamarnos criminales.

—El pueblo se horrorizará de esa determinación.

—El pueblo arrojó flores sobre el cadáver de León Toral.

—Perderíamos mucho en la opinión de las naciones extranjeras.

—Las naciones extranjeras no nos han tendido la mano; no tienen nada que quitarnos. Cuando con escándalo farisaico se aterroricen de que mueren unos cuantos tiranos, ellas, que han mirado indiferentes nuestros miles de víctimas, entonces entenderán lo que hoy no han querido entender: que no estamos en un lecho de rosas. Y cuando tras la guerra sintética y la debida evolución, tengamos en nuestras manos nuestros propios destinos, ya veremos cómo las naciones extranjeras vienen a la amistad con nosotros.

—Pues mi lenidad sacerdotal se rebela contra ese sistema.

—¡Padre mío, Padre mío! La lenidad

sacerdotal no debe convertirse en nesciencia teológica. La lenidad sacerdotal prohibe al sacerdote amputar un brazo, pero no lo autoriza para condenar la cirugía.

—Es que la Iglesia reprueba los medios violentos y el derramamiento de sangre.

—¡Padre Ochoa. Padre Ochoa, por Dios! Esas palabras textuales no es la primera vez que me contristan. Permítame usted demostrarle la equivocación de esas palabras. ¿Reprueba la Iglesia el aeroplano, el telégrafo, el radio?

—No.

—¿Reprueba la prensa hidráulica, y la policía y la carrera militar?

—¡No!

—¿Son o no son medios violentos?

—Sí lo son.

—Luego no le chocan a la Iglesia TODOS los medios violentos. Dígame usted ahora,

Padre: ¿reprueba la Iglesia las operaciones quirúrgicas?

—¡No!

—Luego hay derramamientos de sangre que ella no reprueba. Entendámonos, amado Padre Capellán de cristeros. La Iglesia sólo reprueba y sólo nos prohibe lo que es INMORAL, y sólo nos puede obstaculizar cuando lo que planeamos es PECADO.....

—Pues precisamente, arguye entonces el Padre Ochoa, yo siento, y se lo dijo con tristeza, doctor, yo siento que la guerra sintética es pecado.....

Se extremeció a estas palabras el atento jefe cristero, se extremecieron los demás soldados, y las enfermeras que escuchaban embobadas y hasta ilusionadas. Sólo Magallanes no se inmutó.

—Mi amado Padre, dijo, se me vienen a la memoria las palabras del Cid Campeador al Papa.

—¿Cuáles fueron?

—Cuando el Papa pretendió condenarlo, el Cid le dijo: "Si me condenáis, Papa Víctor, el romancero os censurará hasta el fin de los siglos". Pero bien veo que usted, Padre, no me ha condenado. Usted ha usado una palabra muy exacta. Usted me dice que SIENTE que mi guerra sintética es pecado. Un sentir de usted no es para mí todavía su definición sacerdotal. Mire usted, querido Padre, los católicos de Méjico, hemos sufrido mucho a causa de esos SENTIRES sacerdotales. En tiempo de Don Porfirio Díaz ustedes sintieron que era pecado meterse en política; en tiempo de Calles, también sintieron que era pecado levantarse en armas. Y en tiempo de Toral, también sintieron, ¡gran Dios!, que aquello había sido un "crimen horrendo", palabras textuales. Esos sentires han desorientado

nuestra mentalidad moral, y nos han hundido más en estos abismos de persecución. Mire usted, Padre: porque un sacerdote sintió que era pecado nuestra defensa armada, un millonario americano retiró su oferta financiera; porque otro sacerdote de representación dijo lo del crimen horrendo de Toral, quedaron con vida tres o cuatro colegas de Obregón, y fracasado un plan tan audazmente iniciado; porque otro alto sacerdote repitió lo de los medios violentos, quedaron sin armas y sin parque los cristeros del Norte, a merced de los enemigos. Yo ruego a usted ponga su mente en mi plan de la guerra sintética, y despreciando lo que SIENTE, me diga mejor lo que PIENSA.

—Mi querido doctor, dígole francamente, a primera vista, yo pienso que es pecado su guerra sintética.

—Bien, Padre, me alegro de que así

sea, A PRIMERA VISTA. Véala ahora usted por todos lados y a todas luces, y respóndame usted después. ¿Ha leído usted el papel de mis notas?

—No lo he leído aún entero ni despacio.

—¡Aquí está!, dijo con prontitud el jefe cristero, sacando de una cartera el plieguillo masticado.

—Léalo usted, Padre, por favor, dijo Magallanes. Leámoslo todos aquí reunidos.

Desplego el sacerdote el papel. La noche se echaba encima. Hubo que entrar en las cobachas y encender los candiles. El grupo cristero prestó atención completa, y el Padre leyó las notas que Magallanes había salvado del incendio.

Aquellos hombres recios, rugían al escuchar en la lectura la epopeya de los perseguidores. Su interés crecía, conforme la lectura iba entrando en la solución del pro-

blema que el escritor propone: "Es lícito matar al tirano". Y toda su fe de libertadores quedó extática, cuando el Padre Ochoa, asombrado de la claridad de aquellas ideas, leía precisamente estas pesantes palabras:

—"Tanto los filósofos como los teó-
"logos están de acuerdo en que si un
"príncipe se apoderó de la república
"a fuerza de armas, sin razón, sin
"derecho alguno, sin el consentimien-
"to del pueblo, puede ser despojado
"por cualquiera, de la corona, del go-
"bierno, de la vida; que siendo un
"enemigo público y provocando todo
"género de males a la patria y ha-
"ciéndose verdaderamente acreedor
"por su carácter, al nombre de tira-
"no, no sólo puede ser destronado, si-
"no que puede serlo con la misma

"violencia con que él arrebató un po-
"der que no pertenece sino a la socie-
"dad que él oprime y esclaviza. No
"sin razón Ayod, después de haberse
"captado con regalos la gracia de
"Eglón, rey de los Moabitas, le mató
"a puñaladas; arrancó así a su pueblo
"de la servidumbre que pesaba sobre
"él hacía ya veinte años".

Continuó la lectura. Los restantes párrafos en que se habla de la muerte del príncipe legítimo ya no interesaban tanto a los cristeros. Su conciencia les decía que ya no era ese el caso. Y en cuanto al reparo que hacía el escritor sobre la evidencia y notoriedad de la tiranía, y no la simple apreciación particular, sonreían, recordando que hasta el Romano Pontífice, con la solemnidad de dos encíclicas, y el Episcopado Mejicano en masa, en diversos documentos

oficiales, habían definido al carácter tiránico de los verdugos de Méjico.

Cuando el Padre Ochoa acabó de leer, no había un sólo cristero ni una enfermera que no fueran partidarios decididos de la guerra sintética.

—Vamos despacio, dice el Padre. Madurez y estudio pide el problema.

—¿Sabe usted, Padre, pregunta Magallanes, de quien es ese estudio?

—Lo sé desde luego, contesta el Padre. Es de usted mismo.

—¡No, mi buen Padre! ¡Ese texto claro y despejado, valiente y entero, que llama pan al pan, y vino al vino: ese texto que me ha caído del cielo para sostenerme en mi idea libertadora, es de un gran pensador de los siglos pasados.....

—¡Será un Maquiavelo, o un Savonarola!

—No, Padre; es un gran pensador del siglo XVII.

—¿Católico?

—¡Católico, sacerdote y religioso!

—¿Teólogo?

—Con universal aplauso, enseñó teología en las principales universidades de Europa.

—¿Quién es pues ese autor, preguntó ya impaciente el Padre Ochoa, ese autor que sustenta la licitud del tiranicidio en estos casos?

—¿Quién?, recalcó con énfasis el doctor, contemplando el gesto unánime de oficiales, soldados y enfermeras cristeras, que contenían el resuello para escuchar aquel nombre. Ese hombre, ese talento sincero, continuó Magallanes, es el famoso Padre Juan de Mariana, de la Compañía de Jesús.

—¿El Padre Juan de Mariana?, asombrado preguntó aún el capellán.

—¡El Padre Mariana!

—¿El historiador?

—¡El autor de la renombrada Historia de España!

—¡Pero, vaya! ¡Pero, vaya!, exclamaba el Padre Ochoa no saliendo aún de su sorpresa. ¡El Padre Mariana! Pues lo felicito, doctor; porque su patrono es un talento maravilloso..... ¿Teólogo? ¡Cómo no! Si fué profesor de Teología en Sicilia, y en la Universidad de París, y en el gran colegio de los jesuitas, en Roma..... ¡Pero de todos modos, eso es terrible! ¡Eso es terrible, doctor, aunque lo diga el Padre Mariana!

—¡Siempre es terrible la ejecución de un reo!, contestó impertérrito Magallanes; pero es más terrible la decapitación de una patria..... Y cuenten ustedes con que no he transitado otras palabras más terribles aún..

—¿Todavía más terribles que esas?

—¡Sí! Son donde alaba el Padre Mariana, como más prudente y racional el tiranicidio realizado con el menor riesgo y peligro del ejecutor, aunque alaba también la valentía del que mata frente a frente....

Un silencio de meditación envolvió aquel tremendo círculo de estudios. Magallanes lo cortó de pronto con esta pregunta:

—¿Cuántos católicos tenemos en pié de guerra en la república?

—¡Algo más de ocho mil!, contestó el jefe Pedroza.

—Digan ustedes, expuso el doctor, si esa falange bien colocada, y distribuida no bastaba para la realización triunfal de la guerra sintética.

—El sistema de Napoleón, observó el jefe cristero, localizar la cabeza del enemigo, y lanzar sobre ella toda su mayor fuer-

za, hasta pulverizarla..... !Sí, la cabeza antes que todo!

—¡Bien!, dice el capellán. Como una estrategia de guerra, puedo aceptar la guerra sintética. Los altos jefes y mentores de la persecución son positivos agresores injustos IN ACTU.

—¿Comienza usted a aceptar la guerra sintética?, lo celebro, Padre mío, exclamó Magallanes. Pero mi plan no está aún completo. Usted, Padre, acepta ya esa guerra, con tal que sea emprendida por los cristeros ya armados. Yo invito a esa guerra a un pueblo entero.

—Eso es más grave, observó pensativo el Padre Ochoa. Los católicos que no están en pié de guerra..... ¿Los simples particulares, dice usted?

—¡Sí, Padre! ¿Recuerda usted las palabras del Padre Mariana? ¡Óigalas de nuevo, por favor!

Y Magallanes leyó, muy despacio, y marcando bien las palabras de su argumento:

—"Y si así lo exigieren las circuns-
"tancias, sin que de otro modo fuese
"posible salvar a la patria, matar a
"hierro al príncipe como enemigo pú-
"blico, y matarle por el mismo dere-
"cho de defensa, por la autoridad
"propia del pueblo, más legítima
"siempre y mejor que la del rey tira-
"no. Dado este caso..... (¡OIGAME
"USTED BIEN, PADRE!) no sólo reside
"esta facultad en el pueblo: RESIDE
"HASTA EN CUALQUIER PARTICULAR
"que abandonada toda especie de im-
"punidad y despreciando su propia
"vida, quiera empeñarse en ayudar
"de esta suerte a la república"

—¡Sí, no cabe duda!, exclama el capellán. ¡Eso dice el Padre Mariana!

—Y no es más que lo que usted mismo aceptaba ya. Permítame usted explicárselo.

—Explíquemelo usted. Me gusta oír a los hombres que piensan.

—Todos los católicos están llamados al ejército de la Guardia Nacional, como oficialmente nos llamamos los cristeros. Los que no pueden venirse a enrolar en nuestros actuales cuarteles, están autorizados para tomar las armas y operar en los campos que están a su alcance. Armarse y resolverse a cooperar con nosotros, eso es constituirse en cristeros. Un soldado cristero está latente en cada ciudadano y en cada ciudadana católicos. Cada particular, que emprenda la guerra sintética, es por ese mismo hecho, un soldado cristero, es un católico en pié de guerra..... ¡Ah, Padre mío! Si el ejército de que dispone la persecución cuenta con treinta y ocho mil hombres, la gue-

rra sintética, en un momento dado, contara con quinientos mil soldados. Cuando los perseguidores sepan que hay medio millón de soldados cristeros equipados, municionados, y lo que es más, emboscados, invisibles, ya entonces temblarán de piés a cabeza, se esfumarán, nos pedirán perdón, y nos rogarán que los ocupemos de limpiabotas en los pórticos del Congreso.

—¡Mi buen amigo!, exclamó el Padre Ochoa; me entusiasma la idea, pero no se aquieta mi entendimiento, y por tanto, ni mi conciencia. Yo propongo esta resolución: consultemos a todos los Prelados de la república; expongámosles el caso tal como se presenta a la conciencia moral, y escuchemos de sus labios pastorales, el sencillo LICES, VEL NONLICET; ES LICITO O NO ES LICITO.

El alma de Magallanes cayó a los piés.

Pedir una respuesta a los Obispos de Méjico, era en aquellos momentos, sensillamente, pedir peras al olmo. Dispersos, desterrados, escondidos, enmudecidos, atemorizados, no podían los victimados Jerarcas dar una respuesta pronta, en el caso, dudosísimo para Magallanes, de que la dieran. Y mientras tanto, día por día, los daños de la impunidad revolucionaria, aumentaban en desastrosa proporción ultrageométrica....

Atropellando el silencio de la noche y la desolación de Magallanes, un toque de clarín resonó en las selvas.....

Todos atendieron a la contraseña. Era una orden cristera. Toque de reunión para emprender una nueva marcha nocturna.....

—Vamos, dijo un jefe con displicencia, a matar unos cuantos soldados federales para hacernos de un poco de parque.

—Tengan paciencia, les dice Magalla-

nes; ya mañana les mandaremos matar peces más gordos para obtener nuestra completa libertad.....

Y un último cristero que salió de la choza, rascándose la cabeza, lanzó este heróico refunfuño:

—¡Pos que sea pronto....!

CAPITULO XXIII.

LOS DOS PULPITOS

El "cabildo cascarero" de la ciudad mejicana de Xoo estaba formado por una y media docena de devotas jubiladas, todas peleadas entre sí por celos póstumos, pues se declaraban todas amadoras del Padre Fulano y del misionero Sutano, muertos el año del caldo, en olor de santidad; viejitas airosas, erguidas al peso del chongo gris empingorotado sobre la nuca, en contrapeso con las narices de puntero, las más agravadas con anteojos del Antiguo Testamento. Enemigas de todo movimiento que no contara

con ellas, sólo vivían para criticar, para fisgar, para chismorrear, y para divulgar miles de cuentos que más de una vez trajeron serios dolores de cabeza a la Iglesia de Dios.

¿Cómo lo sabría el cabildo cascarero? Ello es que el asunto era ya público, y en términos claros y escuetos, decía así: que en esos días iban a matar al gobernador que había entrado a caballo a la Catedral, y al Diputado Orozco que había implantado la educación socialista, y al Inspector de Policía que había encarcelado a cincuenta padres de familia; que el Señor Obispo ya le había mandado quién sabe qué instrucciones al Vicario General, y que todos los del Gobierno estaban alarmadísimos.....

Eso supieron las viejillas, eso publicaron por todas partes.

Por supuesto que el rumor sólo excitó la hilaridad en las esferas oficiales. El Se-

cretario de Gobierno se conformó con telefonear al Vicario General, diciéndole estas palabras textuales:

—Dígales a esas viejas, que si no suspenden sus pitorreos, el Ejecutivo de nuestro cargo las hará tomarse una purga doble de aceite de recino.

El Señor Vicario General, hombre de gobierno, como luego se verá, convocó a las CORIFEAS del cascarero cabildo, y les metió en prosa y en verso, con acompañamiento de batería, una monstruosa filípica, que las hizo llorar a todas, y proponer la enmienda a ninguna.

Y como toda mentira tiene un pedazo de verdad, acabada la embestida, el Vicario General vino a sus habitaciones, y colocó en lugar secreto una carta misteriosa que había recibido unos días antes y que había andado rodando otros tantos por mecillas y

consolas, para estudiarla concienzudamente en el acuerdo de esa noche.

Era el Vicario General un ejemplar característico. Su tipo cobrizo de color y chaparro de formato, denunciaba su alcurnia zapoteca. Desvensijado al andar, amigo de pasos cortos, rapiditos y penosos, no inspiraba idea ninguna de consistencia ni espiritual -secreto de los caudillos,- ni material, de armazón maciza en la osamenta. La mirada era siempre de azoro; giratoria, como faro de aterrizaje. Ese hombre no podía ver lejos, mucho menos llegaría a ser un vidente. La única solemnidad que sus miradas ostentaban, era la postiza de unos lentes octógonos, a la última moda. Cuando estaba en pose, ahuecaba la voz. Como al Presidente Ortiz Rubio, le gustaba mucho retratarse, por doquiera vagaban sus efigies, enjaezadas con todos sus más relumbrosos capisayos.

¿Cómo aquel hombre había quedado con el timón de la Diócesis en sus manos, en los momentos más álgidos? ¡Nadie se lo explicaba!

Sus méritos como cura, no lo agigantaban. Su santidad no lo distinguía. Su perspicacia intelectual nunca había descollado. Era, eso sí, un hombre bueno, chapado a la antigua; servicial, campechano y amable. Y tuvo la atingencia de enderezar todas estas cualidades, en línea recta hacia la persona misma del Prelado. A esto hay que añadir que era un perfecto cocinero. Sabía hacer "birria" y "colonche de pitaya". Y en las visitas del Obispo a la parroquia, se ganaba todas las canonjías IN PECTORA, cuando disponía personalmente los "taquitos de Sayula" y el "pulque almendrado", que era todo el encanto de Su Ilustrísima.

Perseverando esta fidelísima filiación, y

abriendo el cura la compuerta de los elogios a quemarropa en presencia del Obispo, el grave Prelado no tuvo inconveniente en seguir los dictados de su corazón y cargar con el hombre aquel para la ciudad episcopal, para sentarlo entre los nobles y bienquistos canónigos de su iglesia.

Cuando sonó la estampida, cuando la expulsión radical no dejó ni un sólo sacerdote, el culinario canónigo obtuvo la concesión callista de ejercer el culto en el Estado. Tenía todos los requisitos: nacido en él mismo, sabía leer y escribir, pasaba de cincuenta años.

Ya único gato en casa, el Prelado, desde su lejano escondrijo, le encomendó el gobierno de la Diócesis desolada, y él se sintió honrado con el acertado y merecido (así lo decía él) nombramiento.

Es cierto que algunos meses más tarde

el problema se le complicó. La Legislatura del Estado, especialista en asuntos de sacristía, impuso a su único ministro de culto católico un nuevo requisito. Los ministros, para ser autorizados, debían ser casados. El buen Vicario General reflexionó por primera vez en su vida. Sentó estas dos proposiciones: Primera: el Papa no quiere que se suspenda el culto público. Segunda: el matrimonio civil es perfectamente nulo ante la Iglesia. Y sacó esta conclusión: Luego en este caso, así como se aceptó el registro civil de los sacerdotes, con mayor razón se puede aceptar el matrimonio civil de un sacerdote, para evitar mayores males.

Y procedió. Tomó por supuesto todas las precauciones. Escogió una mujer sin mancilla, de virtud acrisolada, con canas en la cabeza. La hizo jurar ante Dios y ante las once mil vírgenes que no alegaría más

tarde derechos ningunos matrimoniales, que sólo prestaría su nombre para una ceremonia civil que ante Dios y ante la Iglesia no era nada. Obtuvo del juez de lo civil que la audiencia fuera privadísima; pagó con quinientos pesos el silencio del periódico de la localidad; y con todos estos aguzados ardides, llenó el nuevo requisito, y sorteó la peligrosa marejada, conservando así el ejercicio del culto católico en aquella entidad federativa.

En la pobre vieja subintroducta ni volvió a pensar, dicho sea en honor de sus castos mondongos. Y como Dios interviene para remediar providencialmente las barbaridades de los hombres, un mes después la pobre vieja quedó tiesa de un golpe que se dió en la nuca al resbalarse con una cáscara de plátano.

El Señor Vicario respiró tranquilo cuan-

do recibió el pésame por lo del zaparrazo. Virgen, casado y viudo, ya quedaba expedito para seguir el escalafón de confesor y mártir.

Por aquellos días llegó a la ciudad donde el Señor Vicario vivía con humos de Obispo un avispado joven sacerdote acabadito de laurear en Roma. Este, por ser desconocido, logró trabajar ocultamente en su santo y heróico ministerio.

Las licencias para este nuevo sacerdote fueron las únicas letras apostólicas que le tocó firmar con toda la mano al Señor Vicario General. Aunque le chocaban los piolatinos, a quienes llamaba "doctorcitos babiecas", no le disgustó el adoptar a aquel simpático joven como figura ornamental de su cascarón de curia diocesana; aunque temía mucho que aquel muchacho le sacara el pié adelante, no por sus doctorados, que lo eran

y valían, sino que por añadidura había aprendido en Roma, con sus amigos sudamericanos, a aderezar la soculenta barbacoa de la escuela argentina.

El Padre Menéndez (tal se llamaba el doctorcito) estaba citado para el acuerdo de esa noche. Instalado ante una mesa, frente por frente del Señor Vicario, preparaba su carnet de notas para tomar la correspondencia.

El Vicario General solemnemente revisaba los papeles. Y hablaba así:

—Carta del Señor Obispo...., que dice que me va a mandar unos camotitos de dalia para su jardín. De enterado, y que sus conejitos de Castilla son ya muchos; que la coneja.....

—¿Le digo eso?, preguntó extrañado Menéndez: ¿que la coneja....?

—Sí, hombre, sí. ¿No ve que me pre-

gunta por ellos? ¡A los superiores hay que informarlos de todo! . .

—Estará preparando la visita AD LIMINA, murmuró entre dientes el doctorcito.

Siguió el Vicario General viendo papeles. Sacó luego la carta misteriosa, la secreta que ya conocían todas las viejas, y punto microscópico de partida de toda la chismografía cascarera.

—Me va usted a guardar el secreto, dijo a Menéndez. SECRETUM SANCTI OFFICH, ¿me entiende?

—Muy bien, Su Señoría.

—Esta carta es una sencilla barbaridad. Una consulta a boca de jarro, Quieren que responda el Prelado si es lícito matar a los tiranos en el caso actual de Méjico.

—¡Achi!, dijo el piolatino: ¿Y qué piensa contestar Su Señoría?

—Mi señoría piensa no contestar nada.

Esas cosas no se preguntan, ni mucho menos se contestan.

—Señor Vicario, alegó el joven. Yo rogaría a Su Señoría que diera su respuesta en serio. La consulta es de una conciencia que pregunta a quien debe preguntar, sobre la licitud o ilicitud de un acto. Conteste Su Señoría, ya que está en el puesto del Obispo que es el maestro autorizado por el DOCETE OMNES GENTES.

—¿Y no sabe usted que en estas consultas y respuestas peligra el pellejo?

—Sé que peligra todo; pero es más grave el cumplimiento del deber. También peligra el pellejo de un general, y sin embargo, es él quien debe conducir a sus tropas. Su Señoría es un general, y estamos en tiempo de guerra.

—¿Usted qué respondería?, interrogó el vicario, hurtando así el cuerpo.

—Si me obligara responder, yo respondería que en caso como éste, sí es lícito matar a los tiranos.....

—¡Qué barbaridad! ¡padrecito, doctorcito! ¡qué barbaridad! ¿Eso piensa usted? ¿Y no tiene miedo de que lo excomulguen?

—La verdad, yo sí temo con frecuencia que me caiga una excomunión casera.

—¡No! ¡casera no! ¡Una excomunión pontificia!

—Esa no temo que me caiga.

—Vamos a ver. ¿Con quién estudió usted Teología Moral en Roma?

—Con el Padre Vermeersch, de la Compañía de Jesús.

—¿Y con quién estudió usted Historia?

—Con el Padre Domenici, de la misma Compañía.

—Pues yo no estudié más que mi librito de Gury, y la Historia del Abate Postel,

ni fuí a Roma, ni tengo borlas ningunas, y sé perfectamente que el tiranicidio está condenado por el Concilio de Constanza.

Menéndez, siempre respetuoso, se conformó con mover silenciosamente la cabeza en un gesto de no anuencia.

—Es muy noche ya, Señor Vicario, repuso luego con calma. Y fatigaría a Su Señoría con una discusión que podría parecer irrespetuosa.

Creyó al punto el Vicario, que el imberbe rehuía la discusión por sentirse débil en sus razones.

—¡Andele, andele!, le dijo. Alegue lo que quiera, alegue cuanto usted sepa, que yo soy hombre que oigo con serenidad todas las sentencias.

—¡Gracias, Su Señoría! Pues permítame entonces hacer notar que el caso de Méjico está fuera de la condenación de los Pa-

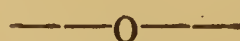
dres de Constanza. La mente de ellos fué condenar el tiranicidio en la extensión en que lo defendían Juan Hus y Juan le Petit. Estos defendían la muerte de cualquier tirano y hasta de cualquier inicuo superior, juzgado por tal tan solo por una persona particular. Pero el privar a los súbditos de defenderse en algunos casos con la muerte de sus opresores, eso nunca lo condenaron los Padres del Concilio de Constanza. Y digo "los Padres" porque ese decreto sobre el tiranicidio no fué aprobado después ni por Martín V, ni por Eugenio, ni por ningún sucesor en el Pontificado.

Alelado se quedó el buen Señor Vicario ante la improvisada graneada del laureado. Este viendo la brecha abierta y asomando por ella otro enemigo: el amor propio del superior que se siente revolcado por un inferior, procuró zanjar pacíficamente la cuestión.

—Concédame Su Señoría el permiso de estudiar esta delicada cuestión, y yo le traigo mi resolución para que Su Señoría tenga a bien considerarla y darme su parecer. Ya entonces Su Señoría dirá si se responde o no a esa consulta.

—¡Bien!, dijo el Vicario, hallando en ello una salida decorosa.

Cortó el tema, platicó sobre los camotitos de dalia que iba a enviar el Señor Obispo, y despidió después galantemente al bravuco secretario.



Al día siguiente, cuando el Señor Vicario tomaba el desayuno, la criada le dice:

—Ahí lo busca el padrecito Menéndez. Viene con unos librotes.

Al Vicario se le fué el resuello.

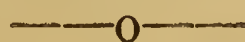
—¡Ay hija! Díle que me dispense, pero que AHORITA no lo puedo recibir.

Fué la criada, y dió el recado. Y volvió.

—¡Ya se fué! Ahí dejó los libros en la mesa del corredor.

Terminado el almuerzo, se levantó de la mesa el Señor Vicario para dar unos pasitos de reposo. Se acercó a la mesita. Ahí, junto a una fuentecilla de pececillos dorados, estaban los librotes de Menéndez. Sin soltar el cigarro de la boca, por curiosidad barata, el Señor Vicario se asomó a los lomos, y leyó estos tres nombres, supremos en el mundo de la Teología: Suárez, Santo Tomás, Belarmino.

Dejó los libros donde estaban, se divirtió un ratito con los "pescaditos" de colores, y continuó dando sus pasitos de reposo.



Dos horas más tarde, entróse al corredor solitario un ratero, y no hallando otra cosa fácil que robar, se peló con los libros...

CAPITULO XXIV.

EL GRITO A ROMA

Mientras tanto, en el selvático oriente de Ciudad Guzmán, entre convalescencias paupérrimas, y recaídas peligrosas, el Doctor Magallanes esperaba en vano la respuesta por el Padre Ochoa propuesta a los treinta y cuatro prelados mejicanos. ¿Estaría expuesto a esperar AD KALENDAS GRAECAS?

El festín canibalesco, por su parte, iba de perlas. Los padres de familia, aterrorizados, desforzados, después de tántas cárceles y allanamientos, comenzaban a rendirse ante la escuela socialista. Los cami-

sas rojas paseaban su descaro por todas las ciudades. Ya en una ciudad pretendían los acomodaticios hacerles un baile para ganárselos. La apostasía de la generación venidera se perfilaba cada hora con mayor claridad, frente al rictus de terror de la generación presente. El barco seguía hundiéndose, la casa seguía quemándose, fatal, inexorablemente.

—"¿Debo esperar esa respuesta para cuando el mal esté consumado? ¿Podré hacer la guerra sintética con las pavesas de un pueblo?"

Tal se preguntaba angustiado Magallanes.

De las treinta y tantas respuestas sólo una se escuchó, Era la de un Prelado amable y diplomático, que "ya procedía a nombrar una comisión de sacerdotes ilustrados para que estudiaran el caso y dieran su dictamen".

Todavía llegó una respuesta más: "Tratándose, decía, de un caso de tan tremenda responsabilidad práctica, nos abstenemos de contestar, sugiriendo a nuestro amado hijo el consultante proponga la cuestión ante la Santa Sede. Impartiéndole entretanto nuestra pastoral bendición".

—¿Lo ve usted, Padre Ochoa, lo ve usted?

—¿Lo ve usted, Doctor Magallanes lo ve usted?

Lo que los dos veían, se lo tragaban ambos. Pero había que darse alguna otra explicación.

—Rete que es lícito, y temen comprometerse, decía Magallanes.

—Tal vez no sea lícito, y no quieren errar, contestaba el Padre Ochoa.

—Pues cogeremos el consejo, y apelaremos a Roma.

—¿Al Papa?

—¡Al Papa!

El Padre Ochoa tembló. Acudir al Papa era meterse en camisa de once varas. El Prelado se disgustaría, y el Padre Ochoa perdería con toda seguridad su problemática carrera.....

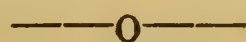
—Pues yo sí consultaré a Roma, dijo resuelto Magallanes. Y consulto para usted y para los sacerdotes todos de Méjico, que yo estoy perfectamente convencido de su licitud; sencillamente porque Cristo murió en la cruz para que nosotros tuviéramos su vida y la tuviéramos en abundancia; no nos entregó a Satanás, para que éste por mano de Calles, hiciera de nosotros carne manida de apóstatas.....

Magallanes era un hombre inmenso. El Padre Ochoa lo comprendía. Y lo ayudó, lo ayudó servicialmente a dar aquel paso im-

prescindible para la vitalidad de la república perseguida.

La consulta sería dirigida a la Santa Sede, representada para tal caso por el Tribunal de la Sagrada Penitenciaría Apostólica que, según el Código del Derecho Canónico, tiene a su cargo la solución de los graves problemas de conciencia que se le propongan.

En un dos por tres, que por cierto les llevó tres días de pensar y repensar, quedó fraguado el pliego de consulta. Este había que hacerlo llegar al Palacio de la Cancillería, en Roma; para lo cual había que echar mano de toda una serie de conductos; desde un arriero, de la región, hasta un joven eclesiástico, conejillo contrabandista del Colegio Pío Latino Americano, en Roma.



Una buena mañana de abril, en que so-

bre la Roma espléndida hacía su vendimia todo un cielo de Italia; una de esas mañanas prepascuales en que los arbolillos de las márgenes del Tíber comienzan a romper en flor; una esplendente mañana sin TRAMONTANA y sin CHIROCCO, rociada de pájaros, sembrada de muchachas bonitas, tachonada de bebés dorados, inundada de seminaristas, multicolores, aturdida por turistas vocingleros; a las puertas del Palacio de la Cancillería, obra maestra de la arquitectura medioeval, se detuvo el flamante automóvil del Cardenal Penitenciario Mayor, a quien acompañaban dos Prelados de la Signatura Apostólica. El chofer echó fuera su pierna enfundada en cuero negro y lustroso en seguida su total cuerpecillo elástico y flaco, vestido de chaquetín azul y tocado con gorra militar. Abrió la portezuela, y cuadró ceremonioso.

Bajó sonriente el Cardenal, llevándose los rayos del sol enredados en las hebillas de plata de sus chinelas, y las miradas de los vendimiadores vecinos robadas con la amabilidad de sus sonrisas y con el escándalo luminoso de su púrpura.

Una hora más tarde, en el amplio salón de acuerdos, en cuyas inmensas paredes se atropellan las creaciones de los grandes pintores; alrededor de extensa y maciza mesa, cubierta con damasco y ornamentada con carpetas y tinteros joyas del Renacimiento, están sentados, graves y meditabundos, los miembros del Supremo Tribunal de la Sagrada Penitenciaría Apostólica.

El Cardenal Penitenciario corona la nieve de su cabeza hermosa con la gota de fuego del solideo rojo. El Regente pasa y repasa unos papeles que frente a él han quedado. El Teólogo adscrito oficialmente al

Tribunal permenece en silencio, con los dedos entrelazados y los ojos semicerrados. Los cinco Prelados de la Signatura conversan en voz baja. El Secretario desenvuelve un pliego. Los Oficiales, sentados ante un pupitre adicional, observan el conjunto.

—"¡Andiamo!, dice el Cardenal, y todos los asistentes se ponen en guardia.

El Secretario habla así:

—La pregunta que viene de Méjico, sin recomendación del Ordinario y cuya copia se a enviado ayer a Vuestras Excelencias, dice así.....

Todos se acomodaron en sus sitiales tallados, y pusieron sus ojos en la copia transcrita que tenían delante.

El Secretario, con voz enfática, y marcando mucho las consonantes finales de cada palabra, leyó:

—"UTRUM LICEAT TITIO OCCIDERE

PERVERSOS TYRANNOS CUJUSDAM REIPUBLICAE EVIDENTER A TOTA NATIONE AB INITIO REJECTOS, ET A QUIBUS SPECIATIM PENDET POLITICA INFENSIO CONTRA DEUM, CONTRA ECCLESIAM, NECNOC CONTRA JURA NATURALIA CIVIUM, IMMO IMMINENS APOSTASIA TOTIUS COMMUNITATIS CIVILIS; ITA TAMEN UT DE HUJUSMODI SUPPRESSIONE MELIORATIO CUNDITIONUM SOCIALIUM EJUSDEM REIPUBICAE RATIONABILITER EXPECTETUR?" "¿Puede lícitamente Ticio, (esto es, alguna persona particular) dar muerte a los perversos tiranos de una república, llegados al poder y sostenidos en él con evidente repulsión de la nación entera; de los cuales tiranos pende la persecución oficial contra Dios, contra la Iglesia, contra los mismos dere-

chos naturales de los ciudadanos, más aún, de los cuales pende la inminente apostasía de toda la comunidad civil; tenido en cuenta que de la supresión de estos tiranos se espere racionalmente un mejoramiento notable en las condiciones sociales de la república?''

Aquellos hombres, acostumbrados a ver pasar ante sus ojos los más peliagudos problemas, escucharon impertérritos la enunciación. No eran en manojo de nervios que se distendían en un sacudimiento de escándalo; eran una cooperativa de cerebros que resolvían una ecuación con toda la calma y serenidad de un matemático.

El Cardenal fué el primero en hablar:

—Yo no sé por qué nos preguntan a nosotros esto, dijo.

—De veras, añadió el regente; ahí tienen a Moisés y a los Profetas.

—Bah! Bah!, agrega un gracioso Prelado de la Signatura. LASCIATE ANDARE, FASCIANO PURE! ¡Déjenlos que hagan lo que quieran!

—¡Hay que responder, dice el Teólogo, sencillamente con la doctrina perenne de la Iglesia!

—¡Bien!, dice el Cardenal. La doctrina de la Iglesia es conocida de todos nosotros; esa pues no entra en discusión. Callarnos no debemos. Discutamos tan sólo cuál forma, según el estilo de curia, debemos emplear en la respuesta, si la forma EXPLICITA, o la forma IMPLICITA.

—La forma explícita es muy peligrosa para nosotros. Ya véis, el otro día en el Vaticano le encontraron a un socialista mejicano un puñal sospechoso, dijo otro Prelado.

—Pero la forma implícita dá a la res-

puesta una lentitud horrorosa ante la urgencia mejicana, observa el Teólogo.

—A votación, pues: Forma EXPLICITA, o forma IMPLICITA. Tenemos diez minutos par reflexionar ante Dios y ante nuestra conciencia. Se suspende la sesión para reanudarse dentro de diez minutos.

Los miembros del Supremo Tribunal de la Penitenciaría Apostólica se dispersaron por la sala, graves, meditabundos..... El Cardenal y el Teólogo se metieron unos instantes a un pequeño oratorio.

Diez minutos más tarde se volvían a sentar en torno a la mesa. Ya en una urna que pasó el Secretario, depositaban suavemente sus votos.....

CAPITULO XXV.

EXPECTACION AGONICA

De mortal angustia para Magallanes fueron aquellos veinte días.

La entera nación mejicana trepidaba bajo la hecatombe. En la vecina Villa Escalante, a dos pasos del campamento de Magallanes, los indígenas habían sido ejecutados en masa en castigo de su angustia y su paz. La atmósfera nacional era toda un estertor de agonía. El cuchillo de la matanza no se embotaba. Se moría en medio de un anonimismo helado. Nadie sabía quien acusaba, quien delataba, quien ordenaba

aprehensiones; nadie sabía quien juzgaba, ni quien sentenciaba. ¡Ni siquiera se sabía quien moría! Sólo los custodios de cementerios, o los trotadores de camino real revelaban más tarde el asesinato oficial contra intachables ciudadanos.....

Lluvias de balas y hachas profanadas de bomberos seguían encarnizándose sobre miles de católicos, que en manifestaciones delirantes, por todas las ciudades de la república, pedían de nuevo, en un grito de desesperación, la libertad de conciencia para todos, la libertad de escuela para sus hijos.....

La escuela socialista, mientras tanto, no perdía el tiempo. Cobarde y menguada, parapetada tras un pabellón de bayonetas, iba tatuando el diabolismo de sus blasfemias en la frente cándida de los niños católicos. Cristo se escondía en la catacumba del ho-

gar cristiano o en el sótano de la escuela catequística, para llamar hacia sí a los niños, mientras allá afuera, bajo el sol robado a Dios, los sicarios de Herodes, el degollador de inocentes, allanaban moradas, atropellaban doncellas cristianas, desterraban profesoras que rechazaban la complicidad, y pisoteaban en las cárceles los derechos sacrosantos de los padres y madres de familia. Calles les había dado instrucciones terminantes: "Debemos entrar y apoderarnos de la conciencia de la niñez. La niñez y la juventud deben pertenecer a la revolución". Así, en esos días sucumbían treinta y cuatro colegios particulares más, y las restricciones mentales de los maestros indecisos, eran hechas añicos con la imposición de una formal protesta blasfema.

Sobre un marco de última miseria económica, en contraste con el boato de los op-

timates socialistas; en un ambiente de huelgas y de paros forzosos, levantaba su rostro lugubre el fantasma de la persecución religiosa, ya no estruendosa con repercuciones épicas, sino callada, sofocada, con un eco imperceptible de estertores de víctimas mudas, desoladas, abandonadas.....

Las huestes cristeras -el heroismo consolidado- mientras tanto, luchaban con denuedo en la lejana periferia, luchaban con su pobreza y su miseria, enaltecidas en el seno de una voluntad inquebrantable. Sorprendían aquí, asaltaban allá; aquí triunfaban, ahí eran traicionadas. Su misión heroica consistía en mantener en ignición la general protesta de la república; en dar la nota de audacia y de valentían a la santa resistencia católica; en clamar constantemente, a disparos de fusil, convocando a un pueblo sangrando a los tiranos: ¡levadura

ferviente predestinada a saturar la masa entera de la república, en el momento en que surgiera, sobre la pira de héroes victimados por la doblez revolucionaria y por el candor pacifista, el superhombre genial, arrollador, unificador, rectilíneo, audaz; sordo al escrúpulo que nunca fué cristiano, enérgico contra las indecisiones, medias tintas y paños calientes de los católicos cancochados; embrión divino que en gestación penosa iba tomando todos los perfiles de un renovador total, de un redentor definitivo, en el cerebro sin brumas y en el corazón sin doblez de aquel hombre tres veces muerto y tres veces resucitado que se llamaba el Doctor Rodolfo Magallanes!



La respuesta de Roma llegó por fin. Llegó en plena semana de Pascua.

Temblando de emoción, bajo un toldo de cafetos, ante un panorama de pinos gigantes disparados como saetas por montañas rascacielos, el Doctor Magallanes abrió el pliego ambicionado.

¡Y el alma se le fué al suelo!

¿Helaba Roma los piés al ahorcado pueblo mejicano?

La respuesta traía esta única frase:

"CONSULANTUR AUCTORES PROBATI, ET AMPLIUS....." "Consúltense los autores aprobados, y no se nos vuelva a tratar ese asunto".

—¿Qué quiere decir esto en buen castellano?, preguntaba Magallanes irritado al Padre Ochoa. ¿No hay ya luz en este mundo? ¿Roma misma habrá extinguido su lámpara eterna?

El Padre Ochoa tomó el pliego en sus manos, y meditó un poco.

—Anímese, doctor, dijo luego; esta respuesta va siendo buena.

—¿Es posible?, pregunta Magallanes resucitando por cuarta vez.

—¡Sí! Sí, esto contestan cuando la doctrina es clara sobre la materia: "Consúltense los autores católicos, y no se vuelva a preguntar".

Magallanes sospechó que el triunfo doctrinal de su idea se acercaba.

—Padre, dijo: ¿quienes son los autores universalmente reconocidos como mayores sobre toda excepción en Teología?

—¿No le parece a usted, contestó bromeando el Capellán, que le preguntemos tambien a Roma?

—Si ningún sacerdote de Méjico se atreve a decirme ni siquiera eso, yo volvería a preguntar a Roma. Pero afortunadamente, tanto usted como yo, podemos dar los nombres de los genios indiscutibles.

—¡Santo Tomás!, dice el Padre Ochoa.

—¡Y Suárez!, añade Magallanes.

Una brisa pascual, refrescante, meció las hojas del cafeto, y un rayo de sol besó las frentes de los dos investigadores. Magallanes volvió a la búsqueda, y atinadamente observó:

—¿Y en qué picacho de éstos, o en qué cueva de las nuestras o en que oquedad de árbol cree usted que podemos encontrar aquí a Suárez y a Santo Tomás?

En seguida, dando a su voz un tono de amable pero firme intimación, añadió:

—Si usted, señor Capellán, no me tiene aquí esos libros en el término de seis días, yo me vuelvo al matadero de la ciudad inerme a sacar esos libros y esa respuesta donde la encuentre. ¡Y que no me culpe a mí la Historia de la Iglesia de todas las nuevas víctimas que caigan, mientras andamos im-

plorando inútilmente las orientaciones salvadoras!

Dijo, y clavó su vista en los picachos enhiestos, verticales que se hundían voluptuosamente en el azul, cantando claramente para consuelo del caudillo; "¡Dios hablará!"

El Padre Ochoa obedeció. ¿A quién escribir? Pensó luego en el famoso doctorcito piolatino de la ciudad de Xooo.

—¡El, sí, él nos saca del apuro!

A los cinco días llegaba la respuesta. Pero no era del documentado joven eclesiastico: era de su hermanita. Decía así:

"Padre Ochoa:

Mi hermano ha desaparecido. Lo cogieron preso antenoche, y nadie dá razón de él.

Los libros que usted pide los perdió el Señor Vicario.

Besa su mano.

María de la Luz".

CAPITULO XXVI.

LA LUZ EN LAS TINIEBLAS

Magallanes no esperó más. Se desgreñó la cabellera, se enlodó el rostro, cargó con plátanos un borrico y, vestido de arriero, cubierta la cabeza genial con un sombrerote de palma y los pies con HUARACHES de cuero, salió en la madrugada rumbo a la ciudad de Morelia.

A los ocho días caía de rodillas ante la Virgen de Guadalupe, ante el cuadro deshecho a puñaladas por los socialistas, que había quedado arrumbado en la iglesia de San Diego.

Terminada su descentrada oración, salió de la iglesia glorioso en su atavío de mendigo campesino, y se internó en la ciudad. La ciudad estaba de fiesta. Era el 1o. de mayo, la fiesta socialista del Trabajo. El Jefe Máximo de la tiranía hacía una visita a la histórica ciudad, y en honor suyo, la procesión cívica debía tener carácter abiertamente "antifanático". Todos los empleados públicos habían sido amenazados con el "cese", si no respaldaban la persecución religiosa con su presencia en la manifestación.

Frente a la Plaza de Armas, los niños de las escuelas estaban formados. Vestían de blanco, y rodeaban un cartelón rojo que decía: "Los niños socialistas al gran hombre de Méjico".

En la esquina del antiguo Colegio Teresiano, un hombre bien trajeado reñía a una señorita vestida de enfermera.

—¡Usted sale, porque sale en la manifestación!.... ¡Aunque sea católica, nos importa eso muy poco!

La señorita lloraba, y angustiada, decía:

—¡Pero, señor....!

El hombre bien bestido, ya irritado, en medio de la multitud, dió un empellón a la señorita.

Magallanes reconoció a aquel hombre. Era Mambrú Ochoterena. Sin poder contenerse, se avalanzó contra el cobarde, y le plantó dos tremendas bofetadas. Un grupo de obreros y campesinos, sangre caldeada por los ultrajes de Ochoterena, se lanzaron sobre el golpeador de mujeres.....

Magallanes se escabulló providencialmente. Si con su vida no peligrara su idea, ahí habría castigado a uno de tantos hasta el fin.

Vagó por distintas calles. En una de

ellas, le cerró el paso la comitiva socialista que pasaba: soldados, coches, burócratas, agraristas traidos a fuerza y que al pasar por las iglesias se descubrían.....

Un enorme automóvil descubierto, repleto de semidamas, enarbolaba un estandarte con esta inscripción: "La mujer mejicana ha sacudido el fanatismo. ¡Dios no existe!"

Una ligera congestión de tráfico paró aquel carro frente a él. En aquel grupo de mujeres, estaba una de él bien conocida. ¡Adelina! Magallanes se abrió paso y quedó en primera fila. Clavó entonces su mirada de lumbre sobre ella. Adelina se sintió atraída por el imán de los ojos feroces, y se encontró con unos rasgos cadavéricos, maltratados, que envolvían en un tinte misterioso una fisonomía que ella recordó.....

¡Era el rostro de un muerto! ¡Era el

rostro de un hombre que ella amó, a quien ella ofendió, y a quien ella había pedido perdón sin obtenerlo....!. ¡Notable y terrible semejanza!

¡Pero los ojos candentes de aquel patán barbado seguían clavados sobre ella con insolente superioridad! Adelina palideció, aterrorizada al través de sus afeites. Y la duda macabra, superticiosa, le dió un agarrón en las entrañas. ¿Sería Rodolfo? ¿No sería?

Los segundos fueron siglos para Adelina. Aquella mirada le perforaba la chapa del alma. Sintió miedo. Pero se sobrepuso. El automóvil reanudó su marcha. Ya era tiempo. Pero en aquel momento, el hombre resucitado adelantó el busto, y sin soltar de los ojos a Adelina, le dirigió, encendido, este reproche irónico:

—¡Muy bien, Adelina!

¡Era él! El hombre inflexible, ¡el hombre asesinado!; una sombra de ultratumba que la increpaba, en pleno sol, en medio de la comedia infame de su vida. Adelina hizo una mueca de espanto y perdió el sentido.

Alarmas, gritos: fueron el distintivo de aquel carro de damas socialistas.

El fantasma reanudó su gira. El alma le ardía, se le incendiaba. Cada visión, cada sonido de la ciudad en fiesta, de la ciudad alquilada a la apostasía, le gritaba en la conciencia: ¡Apresúrate, devora!

Magallanes, disfrasado de campesino llegó a las puertas de la Biblioteca. ¡Sí: la que robó los libros de los institutos católicos..... Estaba cerrada.

Sólo encontró medio abierto un depósito de libros viejos en el antiguo Mercado de San Agustín.

Haciendo papel de payo, curioseó los

estantes. En una mesa, frente a un viejo de antiparras remendadas, se tendían tres volúmenes. Magallanes leyó los tejuelos, y sintió un extremecimiento de esperanza.

"Santo Tomás", "Suárez", "Belarmino": esos nombres le incendiaron las pupilas con sus reflejos de oro viejo. Eran los libros mismos que el muchacho rata se había robado de la casa del Señor Vicario de la ciudad Xooo.

—Señor, dice el Magallanes disfrazado al dueño del bazar, quiero unos libros grandes para regalárselos a un chico que salió premiado en la escuela, y me están gustando estos.....

El anticuario, viéndole salida a aquella mercancía "mula", se apresuró a contestar:

—Sí, buen hombre: estos están muy buenos.

—¿Cuánto quiere por ellos?

—Deme dieciocho reales por los tres.

—Déjeme llevarlos a ver si le gustan; si no, para cambíarselos por otros.

—Llévelos pues, y si me los devuelves, pierdes la mitad del dinero.

—Sí, señor.

Envolvió Magallanes rudamente los libros en el HUIPIL, y voló al oscuro cuarto del mesón en que posaba. Encendió una vela barata, necesaria ahí, a pesar del sol cenital que en la calle se despeñaba, y comenzó a hojear con devoción, con fe. Su espíritu le decía que la hora de la suprema liberación había llegado; que en medio del silencio de los maestros de la tierra, iba a hablar el mismo Dios del cielo.....

Y abrió uno de aquellos volúmenes. ¡La Providencia estaba ahí! ¡Suárez! Suárez, el Doctor Eximio, como le llaman las escuelas, el primer genio teológico de la genial

Compañía de Jesús, iba a levantar su voz dormida por siglos en las bibliotecas de Méjico y del mundo; iba a rugir, con un rugido de León de Judá, para señalar a los pueblos oprimidos la última brecha del triunfo, en la claridad de una disquisición teológica.

"Suárez"..... Al leer aquel nombre, labrado en el acordonado lomo del libro, Magallanes evocó todo el fondo de intelectualidad que aquel nombre significaba. Era un teólogo de cumbre quien se acercaba a él. Uno de esos genios sapientes que contemplan y estudian el flujo y reflujo de las condiciones humanas, colocados de pié en el inconmobible pedestal de una ciencia eterna. El jurista insuperable, autor del clásico tratado DE LEGIBUS, super-humano monumento de saber. Aquel libro que en sus manos tenía Magallanes era una parte, un bocado del opíparo banquete de saber que en sus 23

volúmenes IN FOLIO había Suárez brindado a la sociedad agitada del siglo XVI. Era el maestro escogido por el Rey Felipe II para la Universidad de Coimbra, y reclamado por el Papa para el Colegio Romano.

Magallanes, el eterno sediento de luz, el perpetuo hambriento de verdad práctica, redentora, social, abrió el volúmen como quien abre la puerta de un templo, y saludó con una reverencia de su cabeza candente el título de la obra venerada siglo por siglo, por siglo, por los sumos eruditos: "DEFENSIO FIDEI", escrita por orden del Papa Paulo V, y dedicada a los Príncipes de Europa.

La inteligencia tiene sus voluptuosidades. El espíritu se hunde tremante y excitado en la ola de ciencia que le acaricia rica, sabrosamente. Todos los deleites de la carne, todas las pobres satisfacciones de la materia, todos los goces del fardo humano,

son vanas sombras, humildes bosquejos de la plenitud de la fruición de la suprema caricia intelectual. El alma goza, paladea, se inunda de luz, camina sobre flores, aspira ambiente perfumado, posee, descansa..... ¡Verdad! ¡Verdad! La verdad es la vida. La vida eterna no es más que la posesión de la Suma Verdad, la beatitud suprema del alma intelectiva..... Por eso Cristo aceptó el dulcísimo título de maestro.....

Magallanes se inundó de ciencia y de verdad, Aquel autor no lo engañaba, no lo explotaba. Sereno y claro, veía los problemas en sí mismos, iluminaba todos los aspectos y llamaba a las cosas con sus nombres. Su obra estaba enderezada a exponer la fe católica con ocasión de un libro publicado oficialmente contra ella por el Serenísimo Rey de Inglaterra, Jacobo Etuardo.

Con la calma que un concienzudo estu-

dio le impone, Magallanes recorre los libros primeros de la DEFENSIO FIDEI. Admira la precisión con que el Doctor Eximio describe la historia de Inglaterra; entra luego Magallanes a los tratados político-sociales, y llega por último, con todo su interés creciente al Libro Sexto, que estudia LA DEGENERACION DE LA AUTORIDAD POLITICA.

Magallanes tenía en sus manos la edición de Vives, publicada en París el año de 1859.

> "Y puesto que el Rey, temiendo
> "por su seguridad, propone con fre-
> "cuencia aquel vulgar problema, de
> "si es lícito a una persona privada o
> "a un súbdito, matar al rey tirano y
> "ya que de la recta solución a este
> "problema depende de entender bien
> "ésta y las otras partes, he estimado
> "necesario poner antes algunas nocio-

"nes sobre la solución de tal proble-
"ma".

De esta manera el teólogo Francisco Suárez iniciaba su prelección ante la mente absorta de Magallanes.

Prosigue ahora la nítida exposición, en la que cada palabra está medida y pesada con aparato de precisión. Es el capítulo cuarto del Libro Sexto. Magallanes tiene ante sí la página 675:

"Los teólogos distinguen dos clases
"de tiranos: una es la de aquel que
"ocupa el reino no con título justo,
"sino por la fuerza e injustamente, y
"éste en realidad no es ni rey ni se-
"ñor, sino que está ocupando el pues-
"to de aquél y haciéndola de su som-
"bra.

"La otra clase de tirano es aquel
"que aunque sea verdadero goberna-

> "dor y reine en virtud de justo título,
> "gobierna sin embargo de un modo
> "tiránico en el uso del poder y en
> "realidad, o porque convierte todo en
> "utilidad propia despreciando el bien
> "común, o porque aflige injustamen-
> "te a los súbditos despojando, ma-
> "tando, pervirtíendo, o perpetrando
> "pública y frecuentemente otras se-
> "mejantes injusticias".

Clara y completa encontraba Magallanes la clasificación. Hay tiranos que nacen de una usurpación. Son usurpadores además de ser tiranos. Suben al poder elevados por un motín; burlaron las leyes en los comicios, desconocieron el voto de las mayorías. No son gobernantes legítimos: son USURPADORES; y todavía, para abundancia del crimen, tratan a la nación a puntapiés.

¿Qué enseña el grave teólogo sobre la liberación frente a estos tiranos?

Los ojos profundos de Magallanes se posan quietamente sobre la página que toma el aspecto de un sudario.

Habla el teólogo:

> ''Comunmente se admite una dife-
> ''rencia entre estos dos tipos de tira-
> ''nos; porque se afirma que el usur-
> ''pador puede ser muerto por cual-
> ''quier persona privada miembro del
> ''estado o patria que sufre la tiranía''.

Magallanes no se inmuta. Escucha, percibe. La vela barata, ante aquella intelectiva luz de sol, testifica su presencia con el crepitar de un chisporroteo funeral.

El maestro de los teólogos sabios no ha dado a la ligera aquella sentencia de muerte. Expone ahora su idea con amplia razón:

> ''El verdadero y propio usurpador,
> ''cuando retiene injustamente el go-

''bierno y domina con la fuerza, in-
''fiere constantemente una violencia
''actual contra el estado o nación, y
''ésta con aquel tirano está en estado
''actual o virtud de guerra no puniti-
''va, pero sí defensiva. Y mientras
''la nación no declare en contrario,
''siempre se reconoce que ella quiere
''que la defienda cualquiera de sus
''ciudadanos, más aún, hasta un ex-
''traño, y si no se puede defender
''más que matando al tirano, a cual-
''quiera le es lícito suprimirlo''.

Nítidas, claras, detonantes, como las balas que han matado a más de seiscientos sacerdotes mejicanos y a más de dos mil padres de familia y a tántos jóvenes nobilísimos, así resonaron en el oído intelectual de Magallanes las palabras del genio de la teología..... ''.....y si no se puede defender

más que matando al tirano, a cualquiera le es lícito suprimirlo''.

—''Los pueblos víctimas, pensó el estudioso, deben estar agradecidos. Nunca fueron cristianos la usurpación ni el absolutismo''.

Prosiguió su estudio. Con cuánta mesura el ponderado escritor enumera los casos en que el tirano usurpador tiene aún su vida protegida por la moral cristiana: si existe una autoridad superior, que escuche al oprimido y haga justicia; si la usurpación no es clara; si no es indispensable la eliminación del tirano para la libertad del pueblo; si el mismo pueblo ha perdonado la usurpación y ha revalidado al tirano con un pacto de aceptación; si se teme fundadamente empeorar la desgracia de la patria.

Pero todo el rigor de la sentencia teológica cae sobre la cabeza de este tirano.

cuando él se declara sumo en poder y tiranía, cuando es evidente su usurpación, cuando su presencia en el poder y la libertad del pueblo son dos cosas contradictorias; cuando el pueblo, de día y de noche, lo detesta y lo maldice. En este caso, el tirano no tiene perdón. El sabio lo ha dicho: "Puede ser muerto por cualquiera persona privada miembro del estado o patria que sufre la tiranía".

¡Temblad, usurpadores! ¡Temblad ante los pueblos católicos que obtengan el privilegio de una conciencia ilustrada!

Pero hay otros tiranos que no son usurpadores. Llegaron al poder por la legítima vía de la voluntad nacional. Es el rey consagrado por el óleo, es el gobernante ungido por el voto popular. El maestro teólogo enseña que este gobernante es intangible, para el simple súbdito, a pesar de sus rasgos de tirano.

Mas que no se envalentone el gobernante tiránico, porque esta tolerancia de parte del súbdito tiene su límite. Una tiranía ya insoportable, pone ya al mismo gobernante legítimo a merced del ciudadano justiciero, lo mismo que si fuera un usurpador.

Magallanes encuentra en el libro vital los casos expresos en que un ciudadano particular puede matar a un gobernante legítimo degenerado ya en tirano. Y continúa estudiando y rumiando el texto calmado y sereno del escritor español, profesor en Roma, y en Segobia, y en Valladolid, y en Coimbra:

> "La occisión del tirano no usurpa-
> "dor está permitida al particular
> "cuando éste defiende contra la vio-
> "lencia de aquél su propia vida, a sus
> "miembros, o a su cuerpo de alguna
> "grave mutilación".

El Doctor Magallanes reflexiona. Sus dedos nerviosos acarician el papel. Son los mismos dedos que curaron primitivamente la herida fallida allá en el cementerio de Uruapan. Sus ojos se clavan en las letras. Son los mismos ojos que vieron los cinco cadáveres de sus hermanos de cuerda asesinados ante él.....

—"Aún cuando el tirano hubiese sido legítimo, pudiéramos matarle por defender nuestras vidas..... ¿Y por defender algo más grande? ¿Por defender la vida misma de la patria agonizante bajo el azote apóstata de la revolución?"

El ferviente lector encuentra esta respuesta:

"Cuando se trata de defender a la
"misma república, la cual tiene lugar
"cuando se supone al que gobierna
"puesto en acto de agredir a la ciu-

‘‘dad para arruinarla injustamente o
‘‘matar a los ciudadanos o hacer algo
‘‘por el estilo. Entonces ciertamen-
‘‘te será lícito resistir al gobernante
‘‘aún matándolo, si no es posible otra
‘‘defensa. La razón es que si tal ac-
‘‘to es lícito cuando se trata de defen-
‘‘der la propia vida, más debe serlo
‘‘cuando se trata del bien común, y
‘‘también porque la ciudad misma y
‘‘la nación tienen título de justa gue-
‘‘rra defensiva contra el injusto agre-
‘‘sor, aunque sea el mismo gobernan-
‘‘te o señor, y cualquier ciudadano,
‘‘como miembro del estado, excitado
‘‘tácita o expresamente por la mis-
‘‘ma nación, puede defenderlo del
‘‘conflicto como esté en su mano’’.

Miraba Magallanes el número de la página elocuente: era el 677. Los guarismos

eran un símbolo. La revuelta del 6 significaba un movimiento de reflexión; los dos 7 caían verticales, como dos espadas, las dos espadas que pendían sobre tántos mandatarios de Méjico, que hacían pacto con el Jefe Máximo de la Tiranía para hacer trizas todo lo que hay de bueno y de honrado y de grande en una república.

La dosis de enseñanza era formidable. Magallanes estaba fatigado. Su cerebro rebosaba, superaba la plenitud. Su corazón se condolía..... ¡Cuántas víctimas caerían aún, mientras él daba cuerpo vivo a su idea, ahora más incontrovertible que nunca de la guerra sintética!

A la luz de la velucha humeante se envolvió en el manto de nueva meditación. En el cuarto contiguo, un campesino hablaba con ardor.

Magallanes escuchó sin querer, y a pe-

sar de estar curtido para todas las impresiones, todavía se estremeció....: El campesino describía horrorizado, enfurecido, cómo el diputado de su pueblo de Ixtlahuaca, llamado Mucio Cardoso, protegido por su fuero de legislador revolucionario, había matado hasta su propio tío, lo había cortado en trozos, había puesto éstos en botes de conserva, y los había remitido por EXPRESS a sus amigos....,

El abrumado observador se ahogaba, se asfixiaba; la atmósfera toda le mataba. Se echó a la calle. La Catedral sin culto, el Arzobispo y Delegado Apostólico habían sido aventados por el aire para Estados Unidos. El antiguo Seminario, convertido en cuartel. Ahí ahora se encarcelaban sacerdotes y se fusilaban cristianos. La Calzada de Guadalupe....sola y triste; el Acueducto, donde fueron asesinados en masa los obre-

ros católicos..... Magallanes llegó a la iglesia de San Diego. Unos chiquillos entraban y salían jugando a las escondidas. En el fondo, como un reproche para Méjico entero, el cuadro de la Virgen de Guadalupe rasgado a puñaladas.....

Con la sangre estuante y el espíritu febril, impaciente, Magallanes volvió al mesón. A la luz de la mísera candela, abrió otro de los libros, en cuyo lomo aparecía el nombre del gran genio italiano hoy elevado al honor de los altares: Belarmino, el cardenal orgullo de la Compañía de Jesús.

Leyó. No encontró nada nuevo. Su idea en todos los genios, aparecía inconmovible. Era un apotegma apoyado en el granito de los primos principios.

La obra que tenía ante sí era la titulada DE ROMANO PONTIFICE. Era el libro V, leía el Capítulo VII.

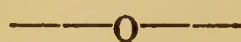
El Cardenal cuyo cuerpo cruzó ayer mismo en triunfo las calles de Roma, llevado en hombros de los sabios de la Universidad Gregoriana, hablaba con decisión contundente:

> ''No es lícito a los cristianos tolerar ''sobre sí a un rey infiel o herético ''que pretende arrastrar a los súbdi-''tos a la herejía o infidelidad. Esta ''proposición se prueba por el capítu-''lo 17 del Deuteronomio donde se ''prohibe al pueblo elegir un rey que ''no sea de sus hermanos. El mismo ''peligro hay en elegir un rey no cris-''tiano, que no deponerlo, como está ''claro. Luego los cristianos están ''obligados a no tolerar sobre sí al rey ''no cristiano, si éste intenta arran-''car al pueblo de su fe cristiana. Si ''estos príncipes, en cambio, aunque

"descreídos, no intentan quitar la fe
"a su pueblo, no creo que haya que
"echarlos entonces a b a j o, aunque
"Santo Tomás, en la Secunda Secun-
"dae, cuestión 10, artículo 10, aún en
"este caso lo permite. Pero si estos
"príncipes pretenden quitarle la fe al
"pueblo, todos los autores están de
"acuerdo en que pueden y deben ser
"despojados del poder. Y si los cris-
"tianos de otros tiempos no echaron
"abajo a Nerón, Dioclesiano, a Julia-
"no el Apóstata, a Valente Arriano y
"a otros semejantes, fué sencillamen-
"te porque los cristianos no tuvieron
"fuerza física o temporal para hacer-
"lo. Pero el que tuvieron derecho
"de hacerlo consta por San Pablo en
"en la Primera Epístola a los Corin-
"tios, capítulo 6, en que manda que

"los cristianos instituyan jueces nue-
"vos para las causas temporales para
"que no se vean obligados a presen-
"tarse en juicio ante un juez perse-
"guidor de Cristo. Tolerar a un rey
"herético o infiel, que pretende a-
"rrastrar al pueblo a la apostasía, es
"poner la religión en evidentísimo
"peligro. Los súbditos se manchan
"con el ejemplo de los príncipes. La
"experiencia lo confirma: reinando
"Enrique y después Eduardo, todo el
"reino de Inglaterra apostató de la fe.
"No están obligados los cristianos, ni
"deben tolerar un gobernante infiel,
"con evidente peligro de la religión.
"Cuando están en pugna el derecho
"divino y el humano, debe prevalecer
"el divino haciendo un lado el huma-
"no. Y es de derecho divino conser-

"var la verdadera fe y la verdadera
"religión, que es una sola, y es de
"derecho humano que el gobernante
"sea éste o aquel".



—"¡Basta, Señor, basta!", clamó Magallanes pasando la mano temblorosa por la sudorosa frente.

Se enderezó en la oscura mazmorra de su miseria, y volvió a salir del jonuco.

En el zaguán, un petimetre acompañado de un oficial y dos soldados, obsequiaban periódicos a los campesinos.

Magallanes no identificable en su vestido de ranchero, alargó la mano y cogió un fajo de impresos: "Izquierdas"..... "Maestros rurales, la Revolución necesita que el clero sea batido en todos los medios posibles. Nuestras obras teatrales son un arma for-

midable. En cada escuela funciones semanarias''..... ''Carteles revolucionarios''..... ''El pulque y la religión embrutecen''..... ''Dios no existe, es invención''..... ''La religión atonta a tus hijos; la Escuela Socialista los redime''

¿Quién ahogaba a la nación en ese veneno corrosivo? El hombre infame que el 20 de junio de 1934 ululó desde Guadalajara: ''Yo exhorto a todos los hombres de la Revolución a apoderarse de las conciencias de los niños''. El tirano corruptor llevaba en la frente oscura su título oprobioso, y sus lugartenientes y compinches se perecían por embadurnarse con tan glorioso fango....

Magallanes estaba en ascuas. La guerra sintética, su idea salvadora, debía imponerse. No había otro remedio para salvar a la patria de la hecatombe..... La guerra sintética, el golpe defensivo sobre las cabe-

zas de la agresión, le hormigueaba en las manos, y en el cerebro, y en las entrañas.

Fuése al corral, halló su borrico impávido en medio de la nacional catástrofe, pagó al mesonero, lió el grandioso tesoro de sus tres volúmenes en la propia manta, cargó con aquel fardo de luz al inocente jumento, se echó a la calle y salió de la ciudad.....

Al pasar por la antigua garita aduanal, le sorprendió un retén de soldados revolucionarios.

—¡Alto ahí! ¡A ver la carga!

Y como el burrito se asustara y echara a correr, un soldado le disparó. El pobrecillo animal, -caricatura de un pueblo,- cayó sangrando bajo la gloria de su carga luminosa.....

CAPITULO XXVII.

UN CEREBRO TRIUNFANTE

La iglesita abandonada corona un montículo, y en torno del montículo se acurruca un pueblo: es el pueblo de Aguililla.

A un lado del pueblo, frente a la inmensidad panorámica, dos muchachas de luengas trenzas, aretes de oro y mejillas frescachonas, dialogan de continuo:

—¿Ninguna noticia, Mariquilla?

—¡Ninguna!, Lucía.

—¿Pero pasará por aquí?

—¡Por supuesto!

—¿Y los de la Junta?

—¡Están ya listos!

—¿Cuántos vendrán?

—No muchos, pero representan toda la república.

—El PROFETA dijo que antes de un mes se celebraría la convención católica.

—Ese es el pendiente que tenemos.

—¿Qué dice el Padre Ochoa?

—Que el Profeta es invencible.

—Se conoce a leguas. ¿Y qué sabes de tu hermano?

—Que lo fusilaron en Zamora.

—¿Cuándo?

—Hace diez días.

—A mi novio lo mataron el sábado.

—¿Y ya saldría Petrita de la cárcel?

—¡No! Hasta que diga quien le vende el parque.

—¡Pero no dice!

—¡Claro!

—¿Y será cierto que se han rendido muchos jefes católicos?

—¡Mentiras! ¡Cuando se lucha por un ideal, no se rinde uno nunca! Hace poco escribieron los del Norte. Están intratables.

—¡Mira....!

—¿Qué?

—¿Ves aquel hombre que sube por la barranca?

—¡Oye. Sí lo veo....! ¡Es él!

—¡A pié!

—¡A pié!

—¡Pobrecito!

—Sí, es él; es el Profeta.....

—¡Andale!.... ¡Vamos a encontrarlo!

—Mira, y viene cargado.

—Y es carga pesada. ¡Córrele!

—Señor, señor, bienvenido..... Hace quince días que lo esperamos. A ver le ayudaremos.... ¡Mira, son libros!.... ¡Cuán-

tos..... ¿Son como aquel? ¡Bendito sea Dios!

—Muchos libros, una sola idea. Amiguitas, el triunfo se acerca.

—¡Bendito sea Dios y la Virgen de Guadalupe!.....

—Tenemos ya lista una casa para que descanse.

—Ya no hay descanso posible. Cada momento es fatal.

—También tenemos listo el caballo de mi padre.

—¡Eso sí! ¡Esta misma noche sigo mi camino!

—El Padre Ochoa dijo que lo esperaba de este lado de la barranca de Coalcomán.

—¿Ustedes no vienen?

—Sí, nomás esperamos a las delegadas de los Reyes. Las de Jalisco ya pasaron.

—Pero se va a hacer noche. Démonos prisa.

—Yo le ayudo con este libro.

—Tenga pues. Es el libro de Suárez.

—¿De Juárez?

—¡De Suárez!

—Y yo le ayudo con este otro.

—Este es Belarmino.

—¿Cómo?

—¡Belarmino!

—¡Qué bonito nombre! ¡Yo me quisiera llamar BELARMINA!

—¡Y yo me quedo con Santo Tomás!

¡Santo Tomás, Belarmino, Suárez! ¡Trinidad sabia! ¡Tres personas distintas: una sola idea. La idea ética, moral, cristiana. sobre la que Magallanes ve ahora descansar como sobre roca de silice, su plan inaplazable de la guerra sintética.....



"Yo me quedo con Santo Tomás"......

Qué sentido tan fecundo tenían aquellas palabras. Al pronunciarlas, Magallanes declaraba su firme adhesión a la doctrina católica, que tiene su exponente y sintetizador encarnado en el Angel de las Escuelas, Santo Tomás de Aquino. El mismo Suárez, el mismo Belarmino en su imperativo diáfano, alegaban en su apoyo la voz del supermaestro, Tomás de Aquino..... Cogidos por su mano caminaban los dos maestros que Magallanes escuchara.

Fácil le había sido a Magallanes hojear el libro de Tomás de Aquino en los obligados descansos tomados bajo el boscaje de pinos hieráticos. Su frente, refrescada por una naturaleza de cumbre, percibió el perfecto acuerdo de Suárez y de Belarmino, con el Doctor Angélico. Las tesis de Suárez se apoyaban en Santo Tomás. El mismo Suárez citaba en su favor a Tomás de Aquino.

Santo Tomás, en la SECUNDA SECUNDAE de la SUMMA THEOLOGICA, en la cuestión 42, artículo 2, dice:

> "El régimen tiránico no es justo, y "la perturbación de este régimen no "es sedición. Mas bien, el sedicioso "es el tirano".

Y esta perturbación la supone el Angélico a mano armada de dos maneras: CUM BELLO, en guerra desplegada: CUM RIXA, en ataque de pocos: ¡la guerra sintética!

En el capítulo 6 del libro DE REGIMINE PRINCIPUM, Santo Tomás aprueba el hecho que se lee en el libro sagrado de Los Jueces, capítulo 3o. verso 15 y siguientes, en que Aod de Gera, mató en su aposento de verano al rey Eglón que esclavizaba a los hijos de Israel.

Y en el Segundo Libro de las Sentencias, en la Distinción 44, cuestión 2 artículo

2, aprueba el Doctor de Aquino la opinión de Cicerón que alaba a los que mataron a César que había usurpado el poder y lo mantenía tiránicamente: "TUNC ENIM QUI AD LIBERATIONEM PATRIAE TYRANNUM OCCIDIT, LAUDATUR ET PRAEMIUN ACCIPIT";"En este caso, quien para libertar a la patria mata al tirano, merece alabanza y recompensa", eso concluye Santo Tomás.

Esto hablando del tirano usurpador, o sea del tirano QUOAD TITOLUM; hablando empero del gobernante legítimo que se vuelve tirano en su actuación, o sea del tirano QUOAD REGIMEN, pone el de Aquino las mismas limitaciones, un particular no puede matarlo por su particular iniciativa, sino que debe proceder por autoridad pública, la cual existe tácita o expresa cuando evidentemente toda la sociedad desea verse libre de una tiranía insoportable.

El Doctor Magallanes, a quien las muchachas de Aguililla llamaban "el Profeta", podía pues ya resumir su mentalidad irrebatible en estas palabras:

—"La moral católica no pone a un pueblo atado de piés y manos a los piés de un usurpador. Y aunque esta moral protege al gobernante legítimo, contra el atentado de un particular, esa protección cesa y el mismo gobernante queda expuesto a la muerte por parte de los súbditos, siempre que la tiranía evidentemente sobrepasa los límites de lo soportable, cuando, por ejemplo, se sacrifican ya las vidas de los ciudadanos y se expone la misma nación a una ruina, y no queda otro remedio. ¿Qué podrá decirse, cuando la tiranía ha usurpado cuantiosos bienes, matado a cientos de ciudadanos, y cuando lleva en sus planes la apostasía de una nación por medio de la llamada educación socialista?"

El sútil teólogo Francisco Suárez tiene otros pasajes en que casi con las mismas palabras expone la misma doctrina. Basta citar la Disputa 13, De Bello, lección 8.

Pero Magallanes no necesitaba más. Su idea de la guerra sintética estaba perfectamente legitimada. Sólo un Concilio Ecuménico, o el Papa hablando EX CATEDRA, serían capaces de convencerlo de error.

(FIN DEL LIBRO SEGUNDO)

LIBRO TERCERO

CAPITULO XXVIII.

D I A F A N I D A D

¡Bosques y cumbres! Pinos insuperables, copudos, erectos. En macizos ejércitos que marchan siempre hacia arriba, hacía los picachos excelsos. El cielo azul, rasgado en el vientre por el granito enhiesto, venda su herida con el cendal flotante de una nube..... En la hondura abismática, zumbar de torrentes; en el cauce lejano, dormitar de ríos anchurosos. En las macetas, lagos inmensos de campánulas moradas; nuevos

lagos inmensos de florecillas azules; nuevos lagos inmensos de jazmines amarillos: un mapa de colores tendido sobre el plano..... Montañas gigantescas en torno. Un sol pujante se asoma desde el cenit, con fiebre de complacencia..... Sobre el peñón ciclópico, veredas inverosímiles raídas en la roca. Abismo abajo, vértigo arriba. La muerte asomada por cada vericueto; la vida rebozando por cada hendedura..... Una piedra que rueda, que choca, que se hace añicos, que salta, que huye, es acogida por el remanso en el lecho del abismo. El remanso rompe su espejo, y contesta el saludo con retumbos profundos, graves, funerales, adornados con la corona de sus círculos concéntricos.

Miradas de pajarillos multicolores atruenan la soledad con sus trinos incesantes. Cada caverna puede ser vivienda de fieras. El

cielo, plancha la lapizlázuli, es zurcado por revuelos de águilas caudales. La tierra perfumada fumiga como pebetero de aromas. Las begonias opulentas se agolpan sobre las sombrías confluencias de los montes. Las veredas se dibujan como un listón en espiral, serpiente adherida a la mole titánica. Platanares y guayabos se deshacen en frutos en la hondura calurosa; encinos y pinares se yerguen inmóviles en la altura refrescante. Musgos y yedras tapizan las inmensas cañadas. Lajas y pedernales resplandecen entre el abanico de guirnaldas repudiadas. Piedras en equilibrio. Columnas colosales, prediluvianas. Todos los matices en el color, todos los grados en el pulimento. Oquedades tersas, suaves y finas, como manos de mujer; desgalgaderos, agrios, hoscos, que esperan víctimas con los puños crispados de sus penedos salientes. Hatos

de cabras montaraces, estatuas diminutas sobre gigantescos pedestales de cuarzo. La fuerza estupenda de la naturaleza manifestada en la magnitud de la materia inerte y en la pujanza de la entidad vital. Región de ensueño y de terror, soledad silente y estrepitosa. Alta y honda. Leche y ponzoña. Vida y muerte. Extasis de sol y tormentas de infierno. Lluvia fecunda y rayos calcinadores. La inmensidad de la creación; ¡la idea de Dios!

Allá lejos, muy lejos, las nieves perpetuas del Volcán de Colima. Más lejos, mucho más lejos, apenas visible en tiempo muy sereno, el horizonte azul del Océano Pacífico.....

Sobre la cumbre inaccesible lucharon, en perenne simbolismo mejicano, águilas y serpientes, cristeros y callistas..... Por las laderas verticales rodaron agonías de márti-

tires y de verdugos. Fué cada piedra baluarte de cristiano y tumba de perseguidor.

Ahí ofrendó el inmortal Luis Navarro Origel, como una amapola divina, el cuajarón de su sangre a Cristo Rey que le sonreía en la altura.

La elevación del picacho fué superada por la excelsitud del ideal. Y al desenlace grotesco de la gesta, con el MODUS MORIENDI de 1929, en aquellos parajes selváticos se posó la majestad de Dios.....

El Vallecito de Cristo Rey, en el cerro de las Higuerillas, preservado de la bota callista, antiguo cuartel general de los católicos armados, quedó consagrado como una región bendita, como un santuario abierto sin permiso de Gobernación, vecino al cielo, en cuyo centro se erguía al altar del fuego sagrado, en las convenciones periódicas de la Guardia Nacional integrada por

los soldados de Cristo Rey.



Sobre la peña un lienzo de lino blanquísimo. Más arriba un toldo de follajes aromosos. En la suprema altura un picacho agudo, vertical, como aguja de catedral gótica..... Sobre el lienzo una loseta de mármol. En la loseta un relicario con huesos de mártires. Luego otro paño de lino impoluto..... Un caliz de oro..... Un sacerdote ataviado con majestuosos ornamentos -oro y seda-..... El sol de oriente filtrado entre el follaje..... Humos de incienso, rumor de oración..... En la lejanía, charla de pajarillos inocentes.....

Musgo y roca..... Sobre ellos. silenciosa falange de creyentes..... Son hombres maduros y barbados, son muchachas pálidas y llorosas, son jóvenes inberbes que llevan trazas de largos caminos.....

Junto a los troncos, fusiles en reposo. Sobre los pechos, carrilleras brillantes, y sobre ellas un crucifijo.....

Dos sacerdotes oyen confesiones.... El celebrante eleva la Hostia Consagrada, nívea, purísima, como veste de Dios..... El cáliz de oro con sangre de Cristo, del Jefe, ¡del Rey!

La congregación observa los misterios silenciosa. ¡Allá lejos, la canción inocente de las aves, el arrullo incansable de un regato!

El sacerdote celebrante vuélvese hacia los fieles. Extiende sus manos ungidas como para abrazarlos a todos. Son pocos, apenas pasan de cincuenta.... Vienen de muy lejos: de Sonora, de Veracruz, de Tamaulipas, de Tabasco..... ¡Vienen de muy lejos: casi del infierno! El sacerdote les ofrece el Pan Eucarístico, y todos se acer-

can, se arrodillan, ponen las manos sobre el crucifijo, sobre la ringlera de cartuchos, sobre el corazón inquieto, levantan la cabeza, cierran los ojos y comulgan..... ¡Todos comulgan! Todos están en gracia de Dios. Así viven, así mueren. Son templos vivos del Espíritu Santo: son partícipes de la Esencia Divina. ¡Por eso son cristeros! Todos comulgan. De día y de noche, las puertas del cielo están abiertas para ellos.

Sobre la peña ha quedado la Hostia Eucarística expuesta en flamante ostensorio.. El turíbulo humea con fervor, el sacerdote entona un himno sagrado y bendice a la heroica falange.

Del fondo de la rústica capilla brotan dos voces femeninas. Son las voces virginales de Mariquilla y Lucía. A ellas se incorporan las demás voces femeninas, a ellas se suma el refuerzo de las recias voces varoniles.

Y los peñascos se enternecen al paladear el sentido de la canción ferviente:

"¡Que viva mi Cristo,
que viva mi Rey!
¡que impere doquiera
triunfante su Ley....!
¡Viva Cristo Rey!
¡Viva....!
¡Viva Cristo Rey....!"

CAPITULO XXIX.

LA MANO EN EL TIMON

Dos horas más tarde, en el poético rincón del valle, a las 10 de la mañana del domingo 12 de mayo de 1935, se habría la Convención Nacional de la Liga Defensora de la Libertad, convocada por el Jefe Pedroza Rocha, con fecha 13 de abril, fiesta del cristero español San Hermenegildo, Mártir.

Ocupa la presidencia de orden el mismo Jefe cristero de Colima y Sur de Jalisco, que, por ser caso de emergencia, la convocara. Como secretarios fungen un abogado

de Durango, y una muchacha de Los Altos, de Jalisco. Revisadas las credenciales, y confirmados los necesarios juramentos de no revelar, ni al confesor, planes ni nombres de personas, la representación quedó así constituida:

REPRESENTANTES CON VOZ Y VOTO

16 delegados, correspondientes a las 8 Grandes Zonas de la Liga Nacional Defensora de la Libertad, con un total de 60.000 representados.

18 Jefes Cristeros, delegados de los 12 Estados en guerra, de los 6 en preparación, con un total de 9000 soldados representados.

REPRESENTANTES CON VOZ, PERO SIN VOTO

2 delegados extra-oficiales del Comité Central de la Acción Católica. (Organismos Fundamentales y Asociaciones Confederadas).

2 delegados oficiales de la Unión Nacional de Padres de Familia.

1 delegado de la Unión Femenina de Jalisco.

1 delegado de las Brigadas Femeninas Jaliscienses.

2 profesores católicos de Colima.

1 delegado de la Unión Nacional de Estudiantes Católicos.

3 sacerdotes, representantes extra-oficiales del Clero de Méjico.

Abierta la sesión con una breve plegaria que el jefe cristero pidió al Padre Ochoa, el cristero habló en esta forma:

—El primer paso que debemos dar es elegir al nuevo Jefe Supremo de la Liga Nacional Defensora de la Libertad, que está prácticamente acéfala desde que fueron asesinados todos los componentes del Comité Central, en enero de este año. Propon-

go, desde luego, al conocido líder cuya hoja antigua de servicios todos conocemos, y cuya energía y cordura son necesarias para el triunfo.

Todos los ojos se volvieron complacientes hacia un hombre que estaba sentado a la vera del Padre Ochoa.

Este hombre era el Doctor Rodolfo Magallanes.

Todos los delegados se pusieron de pié, y, sin aplaudir (estaban prohibidos los mitotes), los rostros de todos se movieron en gesto aprobatorio, y por todas partes se oyeron voces.

—¡Muy bien!.... ¡Ese mero!.... ¡Ese es el hombre!.... ¡Magallanes!.... ¡Magallanes!....

El jefe que ocupaba la presidencia invitó a Magallanes a ocupar el puesto. Magallanes modesto, pero entero, se adelanta. El Padre Ochoa le abre paso.

El jefe cristero, antes de retirarse, hace esta declaratoria:

—La Convención Nacional de la Liga Defensora de la Libertad, en nombre de diez y seis millones de ciudadanos católicos mejicanos, reunida en el Vallecito de Cristo Rey, Michoacán, a las 11 de la mañana del domingo 12 de mayo de 1935, nombra Presidente General de la Liga Nacional Defensora de la Libertad, Jefe Supremo de la Guardia Nacional, organismo armado de los católicos, al Doctor Rodolfo Magallanes, en cuyas manos, en nombre de Cristo Rey y de la Virgen de Guadalupe, pone los intereses de la patria.

—Sea en el nombre de Cristo Rey y de la Virgen de Guadalupe, contestó sereno Magallanes.

Y luego, ya frente a la rústica mesilla, sin trepidaciones, sin titubeos, añadió:

—¡Compañeros! Acepto el puesto con todas sus responsabilidades, con todas sus amarguras, con todas sus glorias, con todas sus benditas esperanzas. En esta hora fecunda, en este girón de paraíso incontaminado, yo siento que nos acompañan las almas y los cuerpos de nuestros mártires, los suspiros angustiosos de las vírgenes exclaustradas, los clamores de millones de madres de familia, heridas en el fruto bendito de sus vientres, y la falange entera, mil veces heroica, de nuestros luchadores o prisioneros..... Méjico está aquí, bajo el solio de Cristo Rey; entre rocas: divina evocación del Tepeyac; desnudo y sin hogar: exacto simbolismo de su historia. ¡Somos la representación de un pueblo aherrojado! ¡Cumplamos pues con nuestro deber: luchar, luchar, no solo hasta morir, sino hasta romper las cadenas!

Los delegados escuchaban absortos. Aquel hombre se erguía.

—Esta convención, continuó Magallanes, tiene por objeto revisar nuestras fuerzas y nuestros procedimientos; perfeccionar nuestros planes para intensificar nuestra lucha, que nunca, nunca hemos pensado abandonar.

El eco profundo de los corazones cristeros repitió: ¡Nunca, nunca!

—Urge aprovechar ya todas nuestras energías atrofiadas. Aún tenemos mucha fuerza. Nuestros arsenales están intactos. Somos el derecho y somos el número. Somos la razón, y hasta somos la fuerza. Que sean también nuestras la estrategia y la táctica..... No nos deslumbre el fulgor de sus cañones ni el relumbrón de sus títulos usurpados. ¡El hecho no crea el derecho! La honda de David, oportuna y certera, venció

a miles de fiilisteos. En esta convención estudiaremos el plan que roe hace tiempo mi cerebro. Y una vez expuesto, cuando vosotros os percatéis de su eficacia evidente, no tendré que daros sino esta orden: ¡En marcha!

La figura de Magallanes estaba en plena apoteosis. Se trasfiguraba. Su rostro resplandecía como el sol. Más pleno aún, prosiguió:

—¡Oidme católicos perseguidos de Méjico! Los antiguos pueblos salvajes usaron la guerra muscular. Los pueblos modernos usan la guerra científica. Los ejércitos permanentes usan la guerra desplegada. Los pueblos oprimidos usamos hasta ayer la guerra de guerrillas. De hoy en adelante, en la historia de las luchas por la libertad figurará un nuevo género de guerra: los católicos agredidos de Méjico, para defender-

nos de la agresión, usaremos el sistema de LA GUERRA SINTETICA.... ¡Y triunfaremos!

Todos los hombres de hierro que escuchaban se cuadraron, en un sacudimiento espontáneo del cuerpo y del espíritu.

Magallanes soldó su entusiasmo con esta definición escalofriante:

—La guerra sintética se cifra en esto: ¡Poca sangre y mucha victoria! ¡Poca bala y mucho tino! ¡Siempre a las cabezas; a las cabezas siempre!

Dos de los sacerdotes temblaron. El Padre Ochoa ya no tembló.

—A la guerra sintética, prosiguió Magallanes, para apresurar el triunfo y la paz, están invitados todos los mejicanos. Los soldados cristeros, por disciplina militar; los católicos todos, por natural derecho; los demás ciudadanos honrados, por caridad para con la patria.

Pasando su mirada por el rostro pálido de los sacerdotes, Magallanes añadió con arrolladora convicción:

—La guerra sintética no es pecado; al contrario, es una virtud. La gloria del heroismo la envuelve. El momento histórico la justifica. La Iglesia la venera. El pueblo mejicano la ansía.

Y envolviendo su semblante en plácida luz sobrenatural, el macizo orador, habló así:

—El que perezca en la contienda se ha dicho que es un héroe. Yo añado que es un mártir. Y esto debe saberlo todo soldado cristero. Santo Tomás, el maestro de los teólogos, y lo digo ante tres sacerdotes, en el Libro Cuarto de las Sentencias, distinción 49, cuestión 5, artículo 3, dice: "Si alguno sufre la muerte por el bien común relacionado con Cristo, merecerá la aureola y será

mártir, como el que defiende la república contra los enemigos que maquinan corromper la fe de Cristo, y en tal defensa recibe la muerte''..... ¡Cristeros! Todos vosotros los caídos en los campos y en las montañas con el arma bendita en las manos, yo os miro en estos momentos desfilar gloriosos en torno del Cordero Celestial, agitando vuestras sangrientas palmas de triunfo. ¡Cristeros de hoy, vuestro destino es ser héroes en la historia y mártires en la Iglesia! ¡Una patria venturosa y un cielo eterno: esa es vuestra conquista!..... Un día, un sacerdote viejo y débil convocó al pueblo mejicano, al grito audaz de "¡Viva la religión y muera el mal gobierno!", y aquel gobierno tan macizo y tan cimentado, cayó y el sacerdote viejo y débil subió a los pedestales de la patria..... Hoy no es un sacerdote; es la Iglesia Universal, es la Virgen de Guadalu-

pe, es Cristo Rey quien nos repite sobre las palabras de Hidalgo, el grito sagrado de los Macabeos: "Reanimemos nuestro abatido pueblo, y peleemos por nuestra patria y por nuestra santa religión". ¡Cristeros hermanos, aún hay patria! ¡Dios no muere! ¡Viva Cristo Rey! ¡Viva Méjico, y mueran los injustos empedernidos agresores de un pueblo.....!

Aplaudieron los festones de los árboles y las alas de los pájaros y los rayos del sol y las brisas esbeltas, y las espumas del lejano torrente; sólo los jefes y soldados cristeros no aplaudieron, ni aplaudieron las muchachas de Los Altos, ni aplaudieron los sacerdotes. No aplaudieron; porque el aplauso ligero, el batir funambulesco de las palmas sólo indica el entusiasmo versátil, la impresión efímera. No era aquel un público del aplauso veleidoso: era un estado ma-

yor de viejos soldados, y de hombres maduros convencidos, y de jóvenes ascetas del ideal duro y sangriento. No aplaudían; porque el aplauso dice poco, muy poco, en comparación con lo que ansiaban decir sus cuerpos llagados y sus almas cristeras. No aplaudían..... pero apretaban los dientes y se mordían los labios, en cruel gesto de aceptación, de identificación. Algunos hombrazos lloraban, sintiendo en el espíritu el pinchazo de aquellas palabras cálidas, todas fe y verdad. Un viejo luchador, Don Trinidad Mora, jefe de las fuerzas cristeras de Nayarit y Durango, se acercó a Magallanes y le tendió la mano arrugada y recia:

—Mire, Señor Jefe, usted a dicho el Evangelio: ¡Todavia hay patria; Dios no muere!.... ¡Anímense, compañeros, y ante este nuevo jefe que Dios nos manda, repitamos el juramento que hemos hecho de lu-

char sin rendirnos ni doblegarnos, hasta vencer o morir!.... ¡Y que Dios nos oiga y nos bendiga!

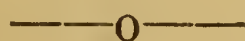
Fué entonces un rugido de leones rampantes el que repercutió de monte en monte, cuando la corta mesnada de cruzados, renovó ante el Doctor Magallanes, el juramento de la fe, del patriotismo y de la libertad.

A aquel rugido, contestó como con burla, un zumbido lejano, constante, potente, creciente. Un zumbido que aumentaba en volumen, con breves ondulaciones de intensidad, como acentuaciones cortas en la línea de su monotonía, Todos los cristeros reconocieron aquel zumbido. Magallanes por un claro del bosque, distinguió al pájaro fatídico. Era un gigantesco aeroplano larvado con los colores nacionales y marcado con las tres letras oprobiosas: "P. N. R." (Partido Nacional Revolucionario.)

Ebrio de sol y de cielo, el potente avión conducía a Colima a un grupo de perseguidores, borrachos de odio y de vino..... Era la misión socialista, patrocinada por Garrido, que hacia Manzanillo y Colima volaba a vencer, a fuerza de conferencias en los teatros y en los templos profanados, la resistencia que las familias cristianas y las profesoras incorruptibles habían opuesto a la escuela blasfema.

Magallanes tenía datos suficientes para comprenderlo todo.

—¡A ver!, exclamó con un tono legítimo de mando. Señor Pedroza Rocha, unos buenos tiradores que detengan a esos infames.



En la sala de espera del campo de aviación de Morelia.

—¿Conque dices que ese día viste a Magallanes, mujer?

—Te lo juro, Mambrú; como te miro a tí.

—¿Será posible que ese hombre se nos haya escapado de las uñas?

—¡No sé! Lo cierto es que yo lo ví. Y estoy cierta; porque oí sus palabras y conocí su voz.

—¡Hombre maldito, vivo o muerto! Lo cierto es que nos hechó a perder el MEETING de esa noche. Tu conferencia sobre el FANATISMO MATERNAL iba a ser lo mejor.

—Ya estaría de Dios que no hiciera yo la farsa esa noche.

—¡Mira a la socialista mentando a Dios!

—Ya vez que todos lo mentamos cuando no estamos en las tablas.

—¡Bueno! Sea lo que sea, ya sabes que esta noche, no me vas a salir en Colima con

que estás indispuesta. Echas tu SPEECH, quiera Dios o no quiera. ¿No vez que mientras más te luces tú, más me pagan a mí?

—¡Hasta cuando se acabarán estas pantomimas....!

—¡Hasta que desfanaticemos a Méjico!

—¡Imagínate! ¡Ni nosotros nos hemos desfanatizado todavía!

—¡Pero ahí la vamos pasando!

—¿Y qué vamos ganando?

—¡Quedar bien con Calles y con Garrido!

—¡Y quedar mal con Magallanes!

—¡Mira, mujer! ¡Te apura Magallanes! ¿Por qué suspiras?

—Porque te digo que lo ví, y me reprochó y yo sí creo que era alma del otro mundo.

—¿Comenzará de nuevo el patatús? ¡Mira, Adelina; mira, mujer, en la historia de la revolución no suele ser raro que sobre-

viva un fusilado. A veces coechan al jefe de la escolta; otras se fugan. Yo si creo que pueda vivir todavía Magallanes; pero, eso sí, que si vive es un elemento sumamente peligroso para la dinastía.....

—¿Por qué tan peligroso?

—Porque es un hombre que piensa..... Y donde los reaccionarios se chiflen con él, la amolamos. Por eso, volviendo de Colima, todas nuestras fuerzas subterráneas recibirán orden de localizar a ese individuo, para volverlo a fusilar como Dios manda.

—¡Fanático, cristero!

—¡Quiero decir: con todas las reglas del arte! Con su tiro de gracia, su constancia médica, su autopsia minuciosa, y su enterramiento con testigos..... ¡Y tú dormirás tranquila!

—¡Ni creas!

—¡Señores! ¡Cuando gusten!

—¡Ándale, el avión está listo! ¡Arriba!

—¡Licenciado Ochoterena.....: ¡Mucho cuidado con los cristeros!

—¡Ja, ja! Ya sabe el piloto: un poco cargadito al Sur.

—¡Buen viaje, y mucho éxito!.... ¡Adiós!

—¡Adiós!.... ¡Adiós!

El estruendo de las hélices.....Más fuerte, más fuerte. Atruena. Ensordece. El impulso enérgico hacia arriba. Hambre de nubes. Hambre de altura. Sed de sol. Inclinación. La ciudad bajo la ventanilla. Otro impulso hacia arriba. Parece vuelo vertical. Quietud..... Balanceo..... Otra vez quietud. ¡Un undimiento subitáneo! Nuevo balanceo. Nueva quietud. Inmovilidad absoluta. Los oídos aturdidos. Sobre la ventanilla, las alas se entienden majestuosas. Verde, blanco y coloroado: la ban-

dera. "P. N. R.": las letras de la dinastía. Partido Nacional Revolucionario.

Revista de pensares y sentires en la cabecita de una pasajera:

—¡Rodolfo, Rodolfo Magallanes....! ¡Qué hombre de hierro! ¡Firme en sus convicciones, firme en sus resoluciones! ¡Qué lindos esos hombres!..... ¡Rodolfo Magallanes..... con sus ojos profundos! ¡Con su negra barba de profeta, con su frente de sabio, con su porte todo de hombre de mundo!..... ¡Hace frío! Ochoterena ya se durmió. ¡Valiente parrandero!

Montañas, barrancos. ¡Qué sol más espléndido! Un nuevo balanceo.

—¡Si cayéramos....! ¡Horror! ¡La muerte es terrible! ¡Morir ASI, qué feo!.... Con Ochoterena, con éstos..... Camino del mal: rumbo a un meeting contra la Iglesia... ¡Ni pensarlo!..... Si aquí tengo mi medalli-

ta escapulario..... ¡Virgen del Carmen, tu promesa! ¡Qué feliz debe ser Magallanes! ¡Feliz aquí...,. y allá!.....

¡Un viaje extraño! ¡El piloto se retuerce para todos lados!

—¡Virgen del Carmen! ¡Virgen del Carmen!

Ocho hombres palidecen como muertos. Los ojos fuera de las órbitas. Las montañas suben, suben.

¡Virgen del Carmen!

Se quieren meter por las ventanas del avión..... El piloto se ha escapado. ¡El picacho! ¡El peñasco! ¡La muerte!

—¡¡Virgen del Carmen.....!!

——o——

—La orden está cumplida: el avión se ha estrellado, avisa el Jefe Pedroza Rocha.

—¡Muy bien!, responde Magallanes. ¡Continúa la sesión!

CAPITULO XXX.

MANE TECEL FARES

Los frutos de la convención no se hicieron esperar, el Doctor Magallanes era todo un caudillo, un conductor de masas, un electrizador de naciones.

Nadie sabía dónde Magallanes moraba, quien le ayudaba, cómo se comunicaba. Pero Méjico entero sentía correr por sus venas una nueva savia de valor, de ánimo de lucha, de fe en la victoria.

La quincena subsiguiente fué significativamente pródiga en manifestaciones populares. En la capital, en los Estados, en

los pueblos, multitudes de católicos inundaban las calles y plazas, pidiendo, en largos cartelones enarbolados, libertad religiosa y repudiando estruendosamente la nefanda educación socialista.....

De pronto, entre el ambiente irritado de los gobiernistas que aquí y allá rompían las manifestaciones con hachas de bombero y con tiros de fusil, o, cuando menos, con gases lacrimógenos, cae sobre la nación entera, estampándose en las esquinas, colándose por puertas y ventanas de gente oficial, y hasta llegándose en la correspondencia del día a las mismas oficinas de la máquina central y estatal revolucionaria, como un reto atrevido, como un ultimátum audaz, como un valiente desafío, como un trágico prenuncio de algo muy serio y muy grave, la siguiente:

INTIMACION A LOS TIRANOS

El Pueblo Católico Mejicano concede a los actuales detentadores del poder un plazo improrrogable de quince días, terminante a las doce meridiano del domingo 9 de junio de 1935; para que públicamente legitimen los puestos que ocupan. El Pueblo Mejicano les otorga su reconocimiento hasta hoy negado, si dentro del dicho plazo inician una marcha ostensible hacia el respeto a la libertad de conciencia, de culto, de enseñanza, de asociación y de sufragio.

Como signo de tal renovación o enmienda, el Pueblo Mejicano exige estas pruebas sensibles:

1a.—Abolición inmediata de la llamada escuela socialista.

2a.—Reforma satisfactoria para los católicos, de los artículos 3, 5, 27 y 130 de la Constitución de I917.

3a.—El desprohijamiento público del P. N. R.

4a.—La invitación a la vida cívica a los partidos de oposición.

El Pueblo Mejicano, formada ya perfectamente la conciencia de su derecho, está resuelto ahora, como nunca, a cumplir con el deber ineludible y urgente de sacudir la tiranía, y de castigar a los tiranos.

República Mejicana, 26 de mayo de 1935.

El chubasco de hilaridad que dicho volante provocó en las mal olientes esferas oficiales, no es para describirse. En el Palacio Nacional, nadie le dió lectura, en los palacios de las Secretarías, apenas si lo hicieron objeto de sus mofas, tres o cuatro jefes de sección. Un poco de más atención mereció en los departamentos inferiores, y en los pasillos de la Cámara, y en las gubernaturas de los Estodos, La apoteosis de la burla fué en las treinta y tantas Direcciones Estatales del Partido Nacional Revolucionario. Los grandes periódicos metropolitanos no dijeron nada de la ridícula intimación, unos por petulantes, otros por miedosos. Apenas EL HOMBRE LIBRE le dió cabida, con la diferencia de un león que acaricia la audacia de un ratoncillo.....

Unos cuantos días más tarde se dió un poco de atención a la minúscula hojilla en

los alcázarez del Ejecutivo. Los reportes de todo el país la mencionaban. Había pues síntomas de una valentonada ridícula sí, pero bien ramificada.

Mientras tanto, por todas partes, las manifestaciones públicas de los católicos, con su estribillo de "Pedimos Libertad" seguían haciendo la mosca a las declaraciones oficiales de vida y dulzura.....

Algo sí quebró la campante serenidad de la flor y nata revolucionaria de las provincias, repercutiendo la inquietud en el desagüadero central de las diversas dependencias federales.....

En tres o cuatro lugares de la república, de los más distantes entre sí, habían caído en manos del gobierno dos papeles que mutuamente se complementaban, papeles que con el mayor sigilio habían sido distribuidos en toda la república, y que en aque-

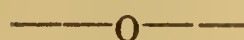
llos momentos era ya imposible detener ni contener.

Los razonamientos y exitativas que esos documentos contenían, la evidencia del descontento popular que sagazmente explotaban; el sigilo y uniformidad de la difusión, signo de un organismo bien puesto y mejor manejado, eran hechos que abultaban la gravedad del peligro que contra la pestilencia revolucionaria los dichos papeles representaban.

El mismo Presidente de la República; el mismo Calles, y los demás grandes peleles de la administración fácilmente se imaginaban cientos y cientos de conventículos, y miles y miles de católicos de las más variadas cataduras, que hacía ya una semana, en la soledad del gabinete, en la aridez del barbecho, en la íntima sobremesa, en la aislada alcoba, en la improvisada catacumba;

empleados de la misma administración, mujeres fanáticas, rancheros piadosos, jóvenes ardientes de gloria y de fama, viejos meditabundos y reservados, todos los tipos en todos los lugares, estudiando y meditando tan especioso, por no decir, claridoso documento de la reacción irreductible.

En uno de aquellos documentos, decía así:



"La Liga Nacional Defensora de la Libertad.

CONSIDERANDO: que nuestros actuales movimientos de defensa ya cívica, ya armada, no han bastado para hacer entrar a los hombres del poder en la senda de la justicia actual;

que la obra revolucionaria precipita a la nación entera cada vez más ostensiblemente en la catástrofe;

que es imprescindible intensificar la acción defensiva cuanto las leyes de la inconmovible moral nos permiten;

que el pueblo católico mejicano, por largo que sea ya el período de opresión, no ha renunciado ni puede renunciar a los derechos naturales que lo amparan ni a su superioridad indiscutible sobre cualquier grupo de individuos que detenten el poder;

que el clamor nacional, de mil evidentes modos manifestado, pide inútilmente justicia contra toda ésa casta de malhechores oficiales;

que la salud de la república y la represión del mal exigen la inmediata aplicación de la vindicta pública;

que esa Liga Nacional Defensora de la Libertad representa en estos momentos los intereses cívicos y sociales del pueblo católico mejicano;

RESUELVE Y DECRETA:

Los actuales perseguidores del pueblo católico mejicano, sea cual fuere el puesto oficial que ocupen, son reos convictos y confesos de los diversos delitos que a continuación se expresan, e incursos en las penas que, según las leyes perennes, a esos delitos de orden criminal corresponden, a saber:

Descripción Vulgar.	Delito.	Pena.
Ejecuciones físicas o morales de sacerdotes, o de otros ciudadanos católicos.	Homicidio calificado con premeditación alevosía y ventaja.	Pena de muerte.
Demoliciones de templos o aplicación a usos profanos.	Daño a la Historia Nacional, robo a la propiedad privada, des-	Muerte conmutable en pri-

	pojo de la herencia campesina.	sión perpetua y pago de indemnización.
Confiscadores de institutos de beneficencia, con previsión de miseria y muerte de ancianos y de enfermos y de niños.	Homicidio calificado, robo y corrupción de menores.	Pena de muerte.
Iniciadores y propagandistas de la escuela socialista.	Allanamiento de morada, corrupción de menores, traición a la patria.	Pena de muerte, piedra al cuello y bote al fondo del mar.

La nación entera, por conducto de la Liga Nacional Defensora de la Libertad, trasmite a todos y a cada uno de los habitantes de la república la facultad de ejecutar la sentencia, con el único requisito de la identificación del culpable.

La Liga Nacional Defensora de la Libertad se reserva el derecho de conceder el indulto o de mitigar la pena a los reos que personalmente, ya pública o secretamente, lo soliciten.

Dios y mi Derecho. Oficinas Generales de la L. N. D. L.

Mayo 12 de 1935

Dr. Rodolfo Magallanes,

"Presidente General de la L. N. D. L., y Comandante en Jefe de la Guardia Nacional".

Fanfarronada o verdad, aquel mensaje clandestino heló la sangre a más de cuatro jefes mayores y a buen número de equilibristas menores. Donde las ovejas se dieran por entendidas, la pelleja revolucionaria quedaba a merced de cualquier desalmado.

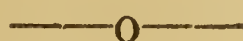
—¿Qué puede pasar?, decía un resignado jefe de sección en una Secretaría federal. ¡Que paguemos las que debemos! Al cabo ya la hemos gozado bastante. Es mejor que nos mate un reaccionario, y no que mañana o pasado nos mate el mismo Calles o Garrido, o el mismo gobierno socialista, como a Serrano y a Gómez.....

—Y como a Villa y a Carranza.....

—Y como a la No Reelección.

El otro documento, de profusa circulación clandestina, decía en otros términos lo mismo. El mismo toro por otra puerta.

Venía dirigido al pueblo mejicano, por la que pudiera llamarse la Jefatura Suprema de los cristeros. Helo aquí:



COMANDO SUPREMO DE LA GUARDIA NACIONAL, CUERPO ARMADO DE LA LIGA NACIONAL DEFENSORA DE LA LIBERTAD.

La Guardia Nacional, Cuerpo Armado de los católicos mejicanos, invita con mayor insistencia que nunca a todos los católicos y a todos los mejicanos honrados, a darse de alta en sus filas justicieras. Para dicho enrolamiento basta la decisión privada tomada ante la simpatía por nuestros ideales, la cual decisión constituye desde luego al ciudadano en un soldado en pié de guerra defensiva contra los tiranos. Dicho soldado, mientras no esté en contacto externo con

alguno de los jefes reconocidos, queda autorizado por este Comando Supremo para proveerse de armas, escoger su particular punto estratégico, y atacar al enemigo en el lugar, tiempo y oportunidad también escogidos por el mismo soldado.

Es enemigo al frente de cada soldado nuestro, toda persona, militar o civil, que física o moralmente haya sido causa de algún acto grave persecutorio, y que no haya dado muestras externas de retractación eficaz.

¡Nuestros soldados ocultos o de línea, deben saber que cada victoria nos acerca a la libertad, y que cada fracaso personal nos convertirá en mártires gloriosos de Cristo!

¡Viva Cristo Rey! Cuartel
del Comando Supremo.
Mayo 12 de 1935.

Dr. Rodolfo Magallanes,
Pte. Gral. de la L. N. D. L.
Comandante en Jefe de la Guardia Nacional.

Estos dos mensajes constituían los dos filos de una misma espada legítima. Cada católico, si no quería aceptar el duro papel de agente punitivo, sí podía, con júbilo heroico, aceptar el papel glorioso de soldado de Cristo Rey.

No fué esa la única labor coordinadora emanada del cerebro de Magallanes, el Profeta de la Resurrección. También los sacerdotes recibieron su circular mensaje secreto.

¡La cara que puso el Señor Vicario de Xooo cuando le llegó el suyo!

"La Liga Nacional Defensora de la Libertad, en la espera de los acontecimientos que pronto se desarrollarán, ruega encarecidamente, por las entrañas de Cristo, a todos los sacerdotes, se abstengan de dar su opinión sobre las determinaciones de la misma Liga, antes de leer detenidamente lo que

en torno a esas determinaciones enseñan teólogos como el Padre Mariana, en DE REGE ET DE REGIS INSTITUTIONES; Suárez, DEFENSIO FIDEI: Belarmino, DE ROMANO PONTIFICE, y Santo Tomás, en la SUMMA THEOLOGICA y en los COMENTARIOS Á LAS SENTENCIAS....."

CAPITULO XXXI.

INSTANTANEAS

En una oficina del Palacio Nacional.

—¿Ahora sí lo ha creído el Presidente?

—Sí; pero Calles y Garrido se siguen riendo.

—¿Y tú que dices?

—Que ya corrí de mi casa a todos los criados.

—¿Y Cárdenas qué medidas a tomado?

—El Presidente Cárdenas ha mandado escoger escrupulosamente la guardia y fisgar toda la correspondencia de la República.

—Pero eso debió haber sido antes.

—Sí; pero nos la pegaron.

—¿Y tú crees que los MOCHOS se arriesgan?

—Pues quién sabe.... Por las dudas....

—Por las dudas. ¿Qué?

—Yo voy a buscar a un amigo cura que tengo.

—Y yo a una madrina monja.

—¡Y si te la huele Calles!

—¡La fregamos!

—¡Estamos entre la espada y la pared!

——o——

¡Chapultepec..... Frondoso, heroico!

—¡Sin contemplaciones, señor Presidente; eso aconseja el General Calles!

—Ya conozco el sistema; MADRUGAR, ahogar en sangre, como Pancho Villa.....

—¡Pues no hay remedio! ¡Si no apretamos todo el cincho, nos amuelan!

—¿Usted no cree que sean puras brabatas?

—Sí lo creo, Señor Presidente; pero esas brabatas deben castigarse severamente.

—¿Usted conoce a ese Magallanes?

—Sé que es un médico que fusilamos en Uruapan, y que resucitó.

—¡Apale!.... ¿Lo han localizado ya?

—Las fuerzas y la policía secreta de cinco zonas lo buscan con microscopio.

—¿Cuándo se cumple el plazo?

—Los papeluchos dicen que el día 9 de junio a las 12 del día. Pero hay enormes síntomas de impaciencia. En Río Grande, Zacatecas, mataron antenoche al enviado socialista; en Chihuahua cayeron dos diputados; en Tabasco, dispararon sobre un grupo de políticos..... ¡Mano de hierro, señor Presidente!

—¡Así lo estamos haciendo; pero los verdaderos temibles esos no caen! ¡Quizá fuera mejor dar un cambio de frente, un medio paso atrás.....

—¡Señor Presidente, la Revolución no debe retroceder!

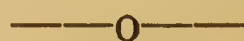
—¡Es muy cierto! Pero sí puede aparentar que retrocede. Esto pararía por completo el golpe en toda la república.....

Pero el General Calles se disgustaría.

—Más se disgustará cuando le apliquen la GUERRA SINTETICA, a él que es el Jefe Máximo. Ya verá, a nosotros siempre nos sale bien el sistema de dar atole con el dedo.....

—¡Pero sin aflojar nada la cuerda....!

—¡Por supuesto! ¡Oh, por supuesto!



En un cuartel de la Capital. El guardia con su prisionera.

—¡Oye cabo!, pues ¿por qué me trajeron, tú?

—Porque tienes los ojos muy azules, güera,

—¡Anda malcriado! ¿Conque no sabes por qué?

—Porque mataron a tus amos en el avión pa Colima.

—Lo malo es que me quedaron debiendo dos años de salario.....

—¡Cállate, ahí viene el sargento!

—¡Circasiana!.... ¡A la declaración!

La antigua doncella de Adelina ilumina la sala de banderas con el brochazo veneciano de sus melenas de oro..... Tiembla un poquillo.

—Oye, Circasiana; tú hablaste mucho con aquel Doctor Magallanes que estuvo prisionero en casa de Ochoterena.....

—¿Yo?..... ¡No, señor! Nomás le llevaba la comida.

—Tú eras amiga de él, ¿verdad?

—¡No, mi coronel! ¡Nada!

--Y te platicó de la GUERRA SINTETICA

—¿De la guerra sin qué....?

—Tú sabes dónde vivía, y con quién vivía. Tienes que decirnos.

—¡No sé nada, mi coronel!

—Mira, no niegues. Tú has dicho que ese doctor era muy bueno y que platicabas mucho con él.... ¿Qué te platicó?

—¡Nada! ¡Pues no me acuerdo!

—Pero si te escribió, ¿verdad?

—¡No, señor; nada!

—Tú le dijiste a tu padre que te bendijera, porque ibas a dar un buen golpe....

—¿A mi padre?.... ¿Dónde está mi padre? ¿Dónde?.....

—Contesta primero a lo que te pregunto.

—Dónde está mi padre, dónde?

—¿Qué golpe era ese que ibas a dar?

—¡Ningún golpe! ¡Yo le dije que los iba a acusar a Conciliación porque nunca me pagaban mi salario ni todo lo que me debían!

—¿Por qué tu no quisiste ir con ellos a Colima?

—Porque le tengo miedo al avión.

—¿Sabías que había cristeros en la ruta?

—¡No sabía nada!.... ¡Mi padre! ¿Dónde está mi padre?

—¡No alborotes, gatita!... ¿Tu padre?... ¡Mira donde va tu padre!

Una camilla que pasa balancéandose.... El cadáver de un viejo con la frente hecha pedazos.

Circasiana, en el paroxismo del espanto y el dolor, se avalanza sobre el cadáver:

—¡Padre mío....! ¡Mi padre!

Y volviéndose al coronel....

—¡Malditos!.... ¡Maldito usted, maldito Ochoterena y su vieja....! ¡Maldito Calles..! ¡Asesinos de los pobres.....!

CAPITULO XXXII

SOBRE LA RUTA DE LA VICTORIA

Un ambiente de zozobra y de inquietud se masticaba por doquier. La república entera, expectante, contenía la respiración, hundida en la amenaza de formidables acontecimientos.

En las filas gobiernistas cundía el sabroso calosfrío de los peligros inminentes. La proverbial impunidad de los delitos oficiales se transformaba en una espada vengadora que pendía sobre todos los cuellos...

Magallanes invisible, pero dominador, tenía ya distribuidos sus cristeros, por miles,

por millones, en cada palmo estratégico de de la república. A cada perseguidor lo atisbaban veinte ojos sin parpadear, y diez ciudadanos armados le aguardaban en diez emboscadas escalonadas. En cada ventana, en cada azotea, en las alcobas, en las oficinas, teatros, automóviles; en ciudades grandes y pequeñas; tras los andrajos del mendigo, en la bolsita vanidosa de las damas, en todas partes, se podía ocultar el arma de la GUERRA SINTETICA, que se dirigía rectilínea sobre las cabezas mismas de la persecución.....

A media cuadra, a cada esquina, soldados revolucionarios y agentes de policía detenían a los transeuntes para revisarlos de pies a cabeza, en busca de armas de fuego.... A los boticarios se les intimó la orden de no vender drogas venenosas, sin levantar un acta y mandar el duplicado a la

respectiva comandancia de policía. Los cateos y examinaciones se multiplicaban hasta lo indecible.....

Magallanes, por su parte, estaba bien afianzado en su timón. Podía conducir eficazmente toda su república en marcha defensiva. Poseía las dos cualidades esenciales de un jefe en campaña: información constante y comunicación perfecta con todos los frentes. La complicidad sagaz de un buen número de telefonistas, en diversos y distintos lugares, mantenía al alcance de Magallanes un hilo de larga distancia, y con tan excelente recurso, la presencia de Magallanes se transformaba en ubicuidad, mediante el precioso uso de la estación radiodifusora K. G. E. R., de Long Beach, California, rentada para este uso por la misma Liga al través de sus representantes de Estados Unidos.

El Doctor Magallanes estaba pues capacitado para anunciar que sus órdenes, como Presidente General de la Liga, serían comunicadas oficialmente y sus mensajes transmitidos personalmente al través de dicha estación, todos los días a las cinco de la tarde en punto, hora de la ciudad de Méjico.

Inútil resultó al Cónsul de Méjico en los Angeles, California, solicitar del Mayor de aquella ciudad la mordaza para la radiodifusora. Imposible le fué también al gobierno de Méjico localizar el contacto de los hilos telefónicos, entre la radiodifusora y Magallanes.

Oportunamente todos los radios de la república estaban sincronizados a esa hora. Católicos y perseguidores esperaban el mensaje.

A las cinco en punto de la tarde, hora

de la ciudad de Méjico, del día sábado 8 de junio de 1935, sobre los oídos abiertos en flor, de toda una república hambrienta y sedienta, cayó como explosivo, un toque de corneta.... ¡La melodía marcial, retumbante, crispó todos los nervios! El pueblo radioescucha reconoció al punto el coro del Himno a Cristo Rey.... En seguida, una voz potente, vibrante, cálida y firme, pronunciaba estas palabras:

—El Doctor Rodolfo Magallanes, Presidente General de la Liga Nacional Defensora de la Libertad, de Méjico, y Comandante en Jefe de la Guardia Nacional, órgano armado de los católicos mejicanos, habla personalmente a los hijos de su patria: Católicos de Méjico, redimidos de todos los yugos por la Sangre de Cristo, y de todas las esclavitudes, por la Virgen de Guadalupe, no olvidéis nunca vuestra alcurnia. Mé-

jico, nuestra patria, no debe ser una cueva de ladrones, sino una antesala para el cielo. Oid y retened: el plazo que hemos señalado a los detentadores del poder expira mañana, domingo 9 de junio de 1935, a las 12 del día. Desde ese momento, vosotros los que os habéis enrolado pública o secretamente en el ejército de la Guardia Nacional, avanzad en vuestras posiciones; y vosotros los que para bien del país y de la libertad, habéis aceptado la comisión de ejecutar las sentencias por el pueblo y por Dios dictadas contra los tiranos, caed sin vacilaciones contra los culpables. La razón suprema es la salvación de la patria. No vaciléis, no temáis. A vuestro lado, están combatiendo en los campos y montañas de doce Estados de la república nueve mil cristeros invencibles, coordinados y equipados y dieciseis millones de ciudadanos están levantando sus brazos

al cielo, orando por nuestro triunfo. Nuestro grito repercute de uno a otro confín: ¡Viva Cristo Rey! Este grito sagrado tiene su perfecto simbolismo social y religioso. Y es menester que vosotros y hasta los perseguidores, lo sepan perfectamente. Es nuestro grito índice del anhelo de inspirar la vida nacional en las ideas progresistas que a todas las naciones cultas ha brindado esa ciencia que se llama el catolicismo social. Nuestro programa es nítido, intachable. Se funda en estos tres postulados; la mayor moralidad posible en el mayor número posible [de mejicanos; la mayor intelectualidad posible, en el mayor número posible; el mayor bienestar económico posible, en el mayor número posible. Y sobre estos tres postulados católicos sociales, que nadie puede tachar de estrechos ni de retrógrados, los católicos queremos poseer amplio abierto ca-

mino para una vida celestial, que es la herencia brindada por Cristo y por María de Guadalupe a nuestras almas inmortales.... ¡Mejicanos oprimidos, prisioneros de mil cárceles, cristeros invictos, juventudes heroicas, miembros lejanos de la épica Liga Nacional Defensora de la Libertad, padres de familia cristianos, la hora de LA GUERRA SINTETICA se acerca! ¡Todos en vuestros puestos! Alta la frente, sereno el pulso. ¡Adelante! Nuestra gloriosa misión es ésta: ¡Sacudir la tiranía y castigar a los tiranos!.. ¡Viva Cristo Rey!

El botafuego electrizó a la república. Aquella tarde, aquella noche, Méjico entero se sintió valiente, se sintió casi redimido. Los casinos y garitos se vieron desiertos de callistas. Hasta las prostitutas sentían ímpetus de purificar sus vidas, sofocando al callista en turno.

Al día siguiente, domingo 9 de junio, en que el plazo se cumplía, en la Capital de la República, Babel de todas las septisemias políticas, el hormiguero humano estaba en pleno hervor. A las once del día todo mundo se había hechado a la calle. El Zócalo o Plaza Mayor, las arterias adyacentes, la Alameda, todo rebosaba, negreaba. Cada esquina era un motín en gestación. Las oficinas públicas se atrancaban, los guardias se seleccionaban y se doblaban. Todos eran sospechosos para todos; pero nadie se encerraba, nadie se aislaba. Un secreto deseo, una comezón no confesada de presenciar algo sorprendente, algo inaudito, se rebullía en todos los espíritus. Miles y miles de personas se agolpaban en la Plaza Mayor, entre el marco señalado por la gigantesca Catedral y el monumental Palacio de los antiguos virreyes. Allá, en aquella, la cruz

de Cristo; en éste la campana de la Independencia; Dios y un cura.... Por todas partes la idea religiosa.

Las doce del día sonaron quietas y pausadas.... Un absurdo silencio envolvió a la revuelta ciudad. La multitud expectante, apiñada, enmudeció, presa de un sortilegio imponente. ¡Magallanes!..... El nombre de Magallanes se transformaba en una garra invisible que estrujaba todos los corazones ¡La catástrofe! ¿Por dónde comenzaría la catástrofe salvadora?

El hondo, el absurdo silencio es turbado de pronto por el zumbido de un avión.... Es un avión del fatídico Partido Nacional Revolucionario, con la burla de su tricolor manchado con las tres iniciales oprobiosas... Un millón de ojos se clavan en el aparato. Las hélices aturden con rugidos prepotentes. Súbitamente, cual magnetizado por la

visión fija del monstruo humano volcado sobre la plaza, el aparato se inclina y traza una línea descendente. La multitud con los ojos desencajados, espera la hecatombe. El avión de pronto, se endereza, y emprende un vuelo recto ascendente. Sobre el lapizlázuli de un cielo excepcionalmente limpio ha quedado una estela de humo rotatoria, acordonada, nívea, deslumbrante.... ¡Sensación! Sobre la inmensa pantalla celeste el avión delínea.... El poderoso pájaro prosigue su raudo vuelo acrobático, sube y baja, quebrando las líneas en peligrosos voltejeos. ¡Son letras! ¡El avión escribe!.... La compacta masa humana, estupefacta, impaciente, lee en un murmullo único: "Viva....! El enloquecido cóndor prosigue el juego de sus rápidas cabriolas. Ahora delínea en curvas vertiginosas. La estela deslumbrante, en bien torneadas volutas, va

dejando nuevas letras. La multitud, un racimo de medio millón de almas, hechas un solo block macizo, comienza a rugir.... De pronto, el grito estrepitoso explota, como un volcán, una corriente eléctrica ha galvanizado todos los espíritus. Sobre el cielo metropolitano, el avión desafiante, a pesar de sus iniciales nefastas, ha dejado prendido este grito formidable: "VIVA CRISTO REY", y ya vuela en inverosimil fuga hacia el Oeste.....

—¡Viva Cristo Rey!, clama la multitud, con resonancias de erupción geológica. ¡Queremos libertad! ¡Viva Magallanes!.... ¡Vivan los cristeros!

¿Quién ha sido aquel héroe de los cielos?

Hacía apenas media hora que en el campo de Valbuena, aterrizaba un joven mejicano, profesor de aviación de la Academia de Santa María, en California, lograba em-

baucar al aviador del P. N. R., lo sustituía en el timón, y se lanzaba a los espacios a escribir el nombre de Cristo en el cielo de la patria profanada. Aquel hombre joven era un fogueado cristero, exiliado más tarde, que había prometido a Magallanes presentarse en Méjico en el momento de iniciarse la guerra sintética. ¡Y cumplía! Lo conocían todos los antiguos y los nuevos luchadores. ¡Se llamaba Héctor Martínez de los Ríos!

Mientras tanto, frente al bamboleo amenazante de las masas católicas, efervescentes, las puertas del Palacio Nacional se cierran. En aquel momento, de la celda de un portero, sale una bala que hiere al comandante de la guardia. Al mismo tiempo, una linda muchacha aparece en el balcón central de Palacio, y toca a rebato, asiéndose a la cuerda de la Campana de la Independencia.

—¡La guerra sintética!, rugen medio millón de gargantas, levantados los brazos y haciendo retemblar en su centro la tierra.....

La muchacha que ha sonado la campana de la Independencia está ya en manos de los guardias presidenciales.

—¿Quién es usted?, le pregunta brusca y ansiosamente el oficial.

—Soy Consuelo Madrigal, la esposa de Héctor; respondió señalando la inscripción que brillaba en el cielo....

A las 12 y diez minutos, de ocho dependencias gobiernistas distintas están llamando por teléfono al cuartel de aviación de Valbuena. Pero de Valbuena no contestan. Los hilos telefónicos están de antemano cortados.....

El Secretario de Guerra dá órdenes por inalámbrica a las Jefaturas de Zona, de

aprehender al avión escandaloso. Morelia y Toluca derraman la orden por telégrafo. Media hora más tarde Zitácuaro ve pasar el avión indiferente, inaccesible.... Una hora más tarde comunican de Ciudad Guzmán, Jalisco, que el avión se ha estrellado en las cercanías, pero que el aviador lo había abandonado algún tiempo antes....

A las dos de la tarde, meridiano de Méjico, todos los periódicos del mundo tienen noticia de una sorda conspiración que amenaza al gobierno tiránico de Méjico, con el nombre de la guerra sintética.

A las cinco de la tarde, sobre el mar de lava hirviente de toda una república, cae el segundo mensaje radiofónico del caudillo:

''La Liga Nacional Defensora de la Libertad, de Méjico, intima enérgicamente a todos los hombres que tengan algún oficio en la actual administración, a desempeñar

honestamente su cargo con un carácter provisional, mientras el pueblo mejicano escoge libre y razonadamente a los legítimos funcionarios. La misma Liga hace un llamamiento a todos los hombres honrados del país, a prepararse con el estudio, con la acción, y con el ejercicio de las virtudes cristianas y ciudadanas, para el momento en que sean llamados a desplegar sus actividades, desde los puestos elevados de la república.''

A las 8 de la noche de ese mismo domingo, el Presidente de la República está en Chapultepec custodiado con guardia selecta de solos jefes de alta graduación. Nadie sabe en dónde están los dos personajes más connotados de la revolución: Calles y Garrido.

A las 12 de la noche, radiogramas del interior comunican los asaltos intempesti-

vos que han sufrido algunas poblaciones de Zacatecas, de Colima y de Michoacán.

La avalancha de los acontecimientos se echa de bruces sobre la nación atacada de sagrada epilepsia.

A la una de la mañana (es ya lunes 10 de junio), se tienen ya en Méjico los siguientes reportes: En una cantina de Juchitán han sido muertos los dos agentes de la educación socialista. El gobernador de Colima ha escapado milagrosamente de un asalto en plena calle. Tres diputados han caído heridos por manos desconocidas, en un hotel de Aguascalientes.

En un lupanar de Guadalajara, ese mismo lunes ha amanecido muerto, sin herida visible, el secretario estatal del P. N. R., que se había reído de la guerra sintética. Ese mismo día, el jefe de un sector de la Zona Militar de Durango es muerto por un

hombre que estaba detenido en el mismo cuartel. Un destacamento de Ocotlán defecciona, incorporándose a las fuerzas cristeras de Rocha.

A las 10 a. m., se sabe que el General Calles pretende ir a parcharse de nuevo el redaño con las monjitas de San Vicente, en los Angeles.

A las 3 p. m., se rumora que el Presidente Cárdenas será quien salga a tomar un curso de verano en la Universidad de Leningrado, y Calles "el hombre fuerte", ocupará el puesto para domar el potro ridículo de la reacción.

Las veinticuatro horas del martes transcurren en formidable exitación.

—¡La guerra sintética! ¡La guerra sintética!, se oye por todas partes, en secreteos brevísimos de labios resecos.

¡Magallanes, Magallanes!: ese nombre llena todos los espíritus.

En Chapingo caen muertos José Lobato y un puño de sus camisas rojas. Los cristeros de Jovita Baldovinos asaltan las goteras de Aguascalientes, y los de Alcibiades de la Torre se mueven muy cerca de Jalapa.

A las 12 del día se habla de un serio distanciamiento entre el Presidente y el General Calles, con motivo de los sucesos del día.

El miércoles 12, aprehensiones de católicos en todo el país. Son ejecutados "en caliente" muchos ciudadanos indefensos. ¡Si se hubieran dado de alta en el ejército de la guerra sintética.....!

A las 5 p. m., el nuevo mensaje del rampante caudillo es transmitido al través de la K G E R.

"¡Mejicanos, adelante! El andamiaje revolucionario se desvencija por toda la re-

pública. Estamos satisfechos de nuestros soldados. La guerra sintética en 72 horas, nos ha dado más victorias que nuestros largos años de paciente brega. ¡Duro y macizo contra el injusto agresor! ¡Nada de escrúpulos, nada de titubeos, nada de contemplaciones! ¡Basta de esclavitud; seamos dueños de nuestros propios destinos!"

A las 9 de la noche, de ese martes fatal, en Chapultepec pululan caudillejos y achechinques. El automóvil del Jefe del Inicuo Ejecutivo ha sido balaceado en el bosque. A la misma hora, en el escondite de Calles, hervor de sabandijas y rechinadera de dientes. El feroz Garrido, entre las sombras de la noche, en un automóvil blindado, busca al Presidente.

A las 12 de la noche, los partes de Guerra anuncian, por todas partes, merodeos inquietantes de partidas armadas. Gober-

nación es informada de innumerables cateos infructuosos. En Tacubaya, al salir de una cantina, ha sido muerto un secretario de Garrido. Un gendarme de Xoo acaba de matar a un inspector saqueador de iglesias.

El jueves 13 amanece muerto en su automóvil, metido en su garage, en Ciudad Juárez, el más radical de los diputados locales. Todos los diputados, senadores, maestros socialistas y altos miembros del P.N.R. piden infantilmente por telégrafo protección para sus vidas y personas. De todas las principales ciudades de la república informan la aparición de letreros en tinta roja, que dicen: "¡Viva la Guerra Sintética!"

¡Ninguno de los gobiernistas más habladores ha dormido esa noche en su cama!

A las seis de la mañana de ese jueves la prensa metropolitana anuncia la desgracia de una maniobra con la que no se con-

taba: ¡Los obispos mejicanos han condenado la guerra sintética!... ¡Titubeo desastroso en todas las filas católicas!

A las nueve de la mañana, un extra de los periódicos clandestinos y de los intrépidos anuncia un telegrama urgente del Obispo de Huejutla. Millones de manos lo arrebatan; dobles millones de ojos lo deboran:

"Yo no he condenado dice, ninguna guerra sintética, ni creo que mis venerables hermanos cometieran tan inverosímil desacierto. Repito, con esta ocasión lo que ya públicamente he dicho. Si cada hogar se transformara en una trinchera, difícilmente podría el bandidaje comunista destruir la sociedad en que vivimos. El pueblo debe de ir despertando de su letargo y afilando sus garras. Cada hombre, cada ciudadano, haga de cuenta que no existe gobierno en México, y, cuando se vea agredido

en sus derechos, defiéndase como pueda, aún contra la fuerza material: no importa que el agresor sea el mismo llamado gobierno."

A las 5 p. m. todo mundo espera ancioso el radiograma de Magallanes. Este llega por fin:

"Son mentiras que el Venerable Episcopado haya condenado la guerra sintética. Cualquier noticia tendente a turbar nuestra ya formada conciencia, debe ser inmediatamente rechazada como una burda mentira. ¡Adelante, soldados y ciudadanos cristeros! !Adelante, caiga quien cayere! Nuestro terror se impone para acabar con esta pesadilla de veinte años. ¡Viva Cristo Rey! ¡Orden irrevocable: sacudir la tiranía y castigar a los tiranos! ¡Viva Méjico católico y libre."

A las 6 p. m. de todas las provincias

han desaparecido los líderes del P. N. R. y de la escuela socialista. No se sabe si están escondidos, o si han sido ya suprimidos.

A las 7 de la noche la prensa de Méjico anuncia un cambio radical que sufrirá la política del país.

A las 10 de la noche corre como reguero de pólvora la noticia sorprendente: ¡el Presidente Cárdenas ha pedido la renuncia a todos los ministros!

A las 12 de la noche los voceadores atruenan con los extras de prensa. ¡Anuncian la inesperada, la ruidosa caída política del General Calles, Jefe Máximo de la Revolución, y la de su discípulo amado Garrido Canabal! El Presidente anuncia una reforma efectiva en su Gabinete.

Toda la nación pasa la noche con los ojos y los oídos bien abiertos.

Se rumora ya por la mañana del viernes 14, que los católicos apoyarán al Presidente que acaba de sacudirse a Calles. ¡Nuevo conato desorientador entre las audacias católicas!

A las 5 p. m., sobre una ola de espectación febril, peligrosísima, Magallanes, el rectilíneo, lanza la radiodifusión de su mensaje:

"¡Católicos mejicanos! ¡adelante! ¡Nuestra guerra sintética se corona de triunfo! ¡Nuestra marcha será arrolladora! Estamos preparados contra los embustes y las falsas promesas. ¡Calles ha caído! ¡Pero la caída de Calles no es para nosotros la caída de la tiranía! Lo repetimos con toda la energía de nuestras fuerzas: las únicas señales que aceptamos de una eficaz enmienda en los hombres del poder son éstos: Inmediata suspensión de la escuela socialis-

ta; reforma inmediata de los artículos persecutorios de la Constitución de 1917, en el sentido propuesto por los Prelados en 1926; acogotamiento inmediato de esos dos hombres nefandos Calles y Garrido; desprohijamiento evidente del P. N. R.; invitación leal, sincera y garantizada para la vida cívica a los partidos de oposición..... Sólo a la vista de tales signos pensaremos en conceder el indulto a los tiranos u ordenar el armisticio a nuestras fuerzas. Una cosa, empero, deben tener todos muy presente: que nada ni nadie nos desvirtuará nuestro plan de la guerra sintética; que seremos inexorables en nuestra justicia, y que nuestra orden del día, constante y tenaz, será ésta: ¡Católicos mejicanos, audacia, audacia, audacia! Revestíos de gloria en la epopeya de la guerra sintética..... Nuestro objetivo es bendito, es santo, es inmortalizador ante

Dios y ante la historia. Es éste: sacudir la tiranía y castigar a los tiranos''.

Esa noche el Presidente Cárdenas se pasea a lo largo de su oficina, solo y desesperado. ¡Sin Calles, sin Garrido sin ministros! Su revolucionarismo obtuso todavía le impide ver que la libertad religiosa sería una prenda de gloria fácil de obtenerse en aquellos momentos! Por otra parte, el grito de Magallanes le atenaza el cerebro.

El Presidente, no sabiendo ser frío ni caliente, prefiere mostrarse tibio. A las 6 de la mañana del sábado se da la noticia de que se abrirán en el Distrito Federal los templos que estaban clausurados. La Legislatura de Colima y la de Chihuahua anuncian que aflojarán el radicalismo de sus leyes antireligiosas. Más aún, a las 10 de la mañana cunde por toda la nación la noticia de que Garrido ha volado en su ''Gua-

camayo'' para Tabasco, y ¡otra más! que Calles amarra a toda prisa sus chivas con destino a Honolulú......!

A la 1 p. m., sobre la boca abierta de toda una república, cae la noticia inverosímil de que el mismo General Cedillo, acusado por los callistas de simpatizador con el fanatismo religioso, es llamado por Cárdenas a ocupar el lugar del monstruoso Garrido.

¿Estará el Presidente Cárdenas dispuesto a entrar en razón? ¡Flujo y reflujo de vacilaciones en todos los frentes católicos! ¿Será ya el triunfo? ¿Qué ordenará el Doctor Magallanes?

A las 5 p. m., el urgente mensaje de Magallanes, el irreductible, el conductor de la defensa católica, truena así:

''Los católicos mejicanos tomamos nota de la expulsión de Calles y de Garrido, y de

la renovación del Gabinete, como un ligero indicio, apenas incipiente, de una enmienda formal y satisfactoria. Pero declaramos enfáticamente que la guerra sintética no admite atole con el dedo, y seguirá adelante hasta acabar con el último enemigo de la cristiana libertad. ¡Católicos mejicanos!, para muestra de nuestra actitud y resolución mañana domingo a las 12 meridiano, os presentaréis en masa ante el Palacio Nacional para testificar que estáis muy lejos de conformaros con trapos calientes, cuando queréis el respeto íntegro de vuestros derechos, y de una buena vez, la restitución completa de vuestra libertad. ¡Viva Cristo Rey! ¡Viva la Virgen de Guadalupe! ¡Viva Méjico libertado por la guerra sintética!"

Domingo 15 de junio de 1935. A las ocho de la mañana, ni un callista para remedio. A las 12 del día, un millón de ciu-

dadanos, obedientes a la consigna de Magallanes, se estampan contra el viejo y renovado palacio de los virreyes.

Los Rotarios de la Convención Internacional están espantados. Reunidos en el Palacio de Bellas Artes, comienzan a ver que Méjico no es todavía, como les decían, "un pueblo feliz".

Mas masas indómitas, heterogéneas, rugientes, candentes representan un solo corazón, un solo anhelo. Los rótulos que portan, los puños crispados que enarbolan, se concentran en un solo grito vibrante, trepidante que aturde los cielos y la tierra, con rugidos y con sollozos.

Hay algo impalpable, que resucita la fe y la esperanza en el millón de los corazones opresos. ¿Será la mole erecta de la gigante Catedral impávida, que recuerda el catolisismo pétreo de la raza? ¿Será la vivara-

cha Campana de la Independencia, que sonó un día heróicamente, por la libertad, por la religión y contra el mal gobierno?

¡Quizá!

Pero es también que en cada espíritu palpitante, y en la plancha cerúlea del cielo, y sobre el fondo níveo de los volcanes, el alma mejicana contempla, bendice, y presta juramento de fidelidad, a la figura enhiesta del caudillo, el del ceño fruncido, el del puño crispado, el del cerebro sin brumas, el hombre que sabrá defender a todo un pueblo, encajándolo con decisión sobre la ruta indefectible de la victoria.....

(Octubre 28 de 1935.)

FIN.


5


3 1158 01204 7097